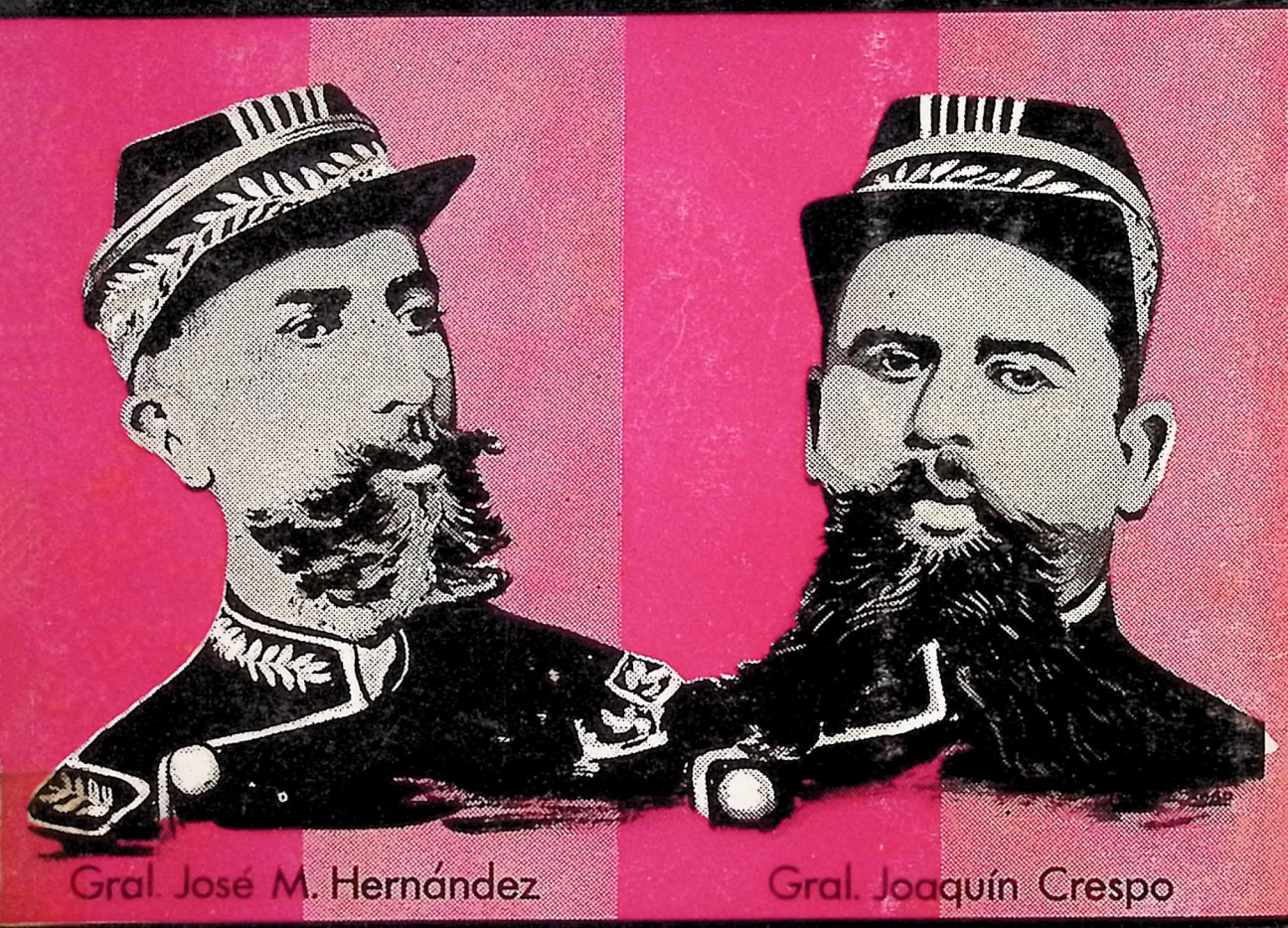
Vicente Lecuna

LA REVOLUCION DE QUEIPA



Gral. José M. Hernández

Gral. Joaquín Crespo

La campaña desde Queipa hasta el combate de El Carmelero

CARACAS - EDICIONES GARRIDO - 1954

La Tipografía Garrido prosigue con entusiasmo su empeño de darle impulso al plan editorial que se ha trazado, haciendo caso omiso de los obstáculos que son inherentes a estas labores, convencida de que con ello hace obra de Patria. Hoy lanza a la luz pública la importante narración histórica de nuestro gran bolivariano, Don Vicente Lecuna, lo cual es para esta Empresa, motivo de orgullo y satisfacción.

LA REVOLUCION DE QUEIPA

Una de las últimas fotografías del Dr. Vicente Lecuna.

VICENTE LECUNA

LA REVOLUCION DE QUEIPA

PROLOGO DE

RAMON DIAZ SANCHEZ

EDICIONES GARRIDO - CARACAS - 1954

Los datos referentes a
La campaña desde Queipa hasta el combate de El Carmelero, me fueron suministrados por el Doctor Salvador Lima, ayudante del jefe de la revolución.

V. L.

PROLOGO

Aparece este libro de Don Vicente Lecuna cuando aun están frescas las flores que cubrieron su tumba el domingo 21 de febrero del año en curso. Es un aporte veraz que el ilustre bolivariano quiso hacer a la historiografía nacional para el estudio de nuestras contiendas políticas en una de las etapas más significativas de los últimos sesenta años.

Quizá no pueda definirse al doctor Lecuna como un historiador profesional ya que no hizo de la historiografía una profesión en el sentido clásico de la palabra. Esto quiere decir que los sucesos históricos generales no tuvieron para él sino una atracción relativa o, lo que es lo mismo, polarizada por un gran tema que absorbió sus afanes de investigador y que le llevó a hacer una honda bifurcación en la actividad de su vida: el tema de Simón Bolívar. Consecuente con esta conducta hija de un sentimiento vital, Lecuna apenas trató en su prolongada existencia otros asuntos de historia que no fuesen los que de algún modo afectaran la obra del Libertador, y de allí que el trabajo que ahora se da a la estampa tenga el atrayente significado que le imprimen su caracter excepcional, el intrínseco interés de su contenido y la circunstancia de haber sido su autor uno de los actores del drama que en él se relata.

PROLOGO

Nació Don Vicente Lecuna en Caracas, en 1870, o sea en el mismo año en que iniciaba su predominio autocrático el general Guzmán Blanco. Tuvo una juventud muy activa, muy metódica y circunspecta. Inclinado desde el comienzo al comercio, pronto se orientó hacia las finanzas e intervino en la estructuración de nuestro moderno sistema bancario. Su nombre está vinculado al del Banco de Venezuela cuyo florecimiento se debe en gran parte a su sagacidad y energía. Precisamente uno de los libros más serios que se han escrito sobre nuestro proceso bancario es la historia de este instituto redactada por el escritor Leopoldo Landaeta bajo le inspiración y el asesoramiento de Don Vicente.

No pocas tribulaciones había de ocasionar a Lecuna esta faz de su vida en ciertos momentos de nuestra historia en los que una política loca y devastadora ocurría con frecuencia a las arcas particulares en demanda de auxilio para su pervivencia, pero tampoco fue escaso el provecho que su experiencia de historiador derivó del contacto con personajes que como el general Joaquín Crespo y don Manuel Antonio Matos ejercieron, por ese tiempo, decisiva influencia en la economía nacional. Es, pues, una etapa fecunda en enseñanzas de todas clases en la que el autor de este libro prefirió compartir las vicisitudes de la oposición ora en los comicios ora en los campos de guerra bajo el romántico caudillaje de esa especie de Boulanger venezolano que fue el general José Manuel Hernández, llamado "El Mocho".

No creo que haya arbitrariedad en afirmar que si Don Vicente Lecuna no hubiese experimentado el deslumbramiento bolivariano nunca habría escrito una línea destinada a la imprenta. Fue este impulso, este chispazo vehemente e irresistible, el que determinó en su persona la singularísima duali-

dad del hombre de números desdoblado en hombre de letras. La lucidez, el dinámico y extravertido equilibrio que este desdoblamiento le reclamó desde entonces, tiene pocos paralelos en la historia de nuestra historia y sólo puede medirse por el caudal de sus conocimientos en la materia de su predilección y por la cantidad de libros y documentos que necesitó acumular para producir una obra tan densa y fehaciente como la suya. (1)

El Dr. Lecuna entró en esta liza en una época en la que todavía la figura de Bolívar estaba adherida a los intereses más vivos de la política en casi todos los países americanos y cuando la historiografía americana se caracterizaba por su empirismo y sus explosiones sentimentales. Había elegido precisamente la figura más discutida, la más deformada por

---

(1) He aquí la lista de las obras del Dr. Lecuna y de las que se han publicado por gestiones suyas: "Papeles de Bolívar", un volúmen, 1917; "Creación de Bolivia", dos vol. 1924; "Atlas de Venezuela"; "El Panamericanismo de Lockey"; "Cartas del Libertador", diez vol. 1930; Tomo XI de las "Cartas del Libertador", 1947; "Proclamas y discursos del Libertador", un vol. 1939; "Cartas de Santander", tres vol. 1924; "Historia del Banco de Venezuela" (redacción de Leopoldo Landaeta); "Estudios Militares", (en treinta y seis números del Boletín de la Academia Nacional de la Historia); "Crónica Razonada de las Guerras de Bolívar", tres vol. 1950; "Selected Writings of Bolivar" (en colaboración con Harold A. Bierck), 1950; Obras Completas de Bolívar, dos vol. 1947; "Historia de Venezuela" por Baralt y Díaz, con notas, tres vol; "Historia de Venezuela" por Francisco Javier Yanez, con notas, tres vol.; "Historia de Margarita", un vol.; "Gaceta de Caracas" y "Correo del Orinoco" (reproducción fascimilar de ambos periódicos); Obras Completas de Bolívar, seg. edición, tres vol. 1950; "Cartas apócrifas sobre la Conferencia de Guayaquil", 1945; "La Entrevista de Guayaquil.—Restablecimiento de la Verdad Histórica", Buenos Aires, 1948. (Esta edición fue embargada por el gobierno argentino pero la medida sólo pudo ejercerse sobre un ejemplar pues ya los demás habían sido enviados a Caracas); "La Entrevista de Guayaquil, Restablecimiento de la Verdad Histórica", edición de Caracas, 1952; "La Casa Natal del Libertador", edit. por la Sociedad Bolivariana de Venezuela, 1954. (De esta obra de Lecuna aparecerá próximamente una nueva edición más completa, en la que se da cuenta de las gestiones realizadas por el autor para llevar la Casa del Héroe a su estado actual). Lecuna dejó listas para su publicación, además de "La Revolución de Queipa", dos importantes obras: "Bolívar y el Arte Militar" y "Catálogo de Errores y Calumnias en la Historia de Bolívar".

el oleaje de las pasiones, (2) y su decisión tuvo desde un principio los caracteres de un duelo a muerte. Pero él no vaciló. No podía vacilar. El accidente que le ocurriera en los alrededores de 1887, cuando vino a sus manos la carta del Libertador que le lanzó por el camino de la escritura, tuvo una resonancia revelatoria tan honda que llenaría toda su vida y que se haría progresivamente más vasta y deslumbradora a medida que el investigador se fuese internando en las entrañas de aquella inagotable cantera.

Hay algo singularmente admirable en el problema bolivariano tal como se lo planteó Don Vicente Lecuna. Otro que él hubiese enfocado la personalidad de Bolívar desde los mismos ángulos de la teoría o del sentimiento que habían preferido ya, y que preferirían después, los más de sus panegiristas y detractores. Pero él era un espíritu práctico, una mentalidad matemática orientada hacia las comprobaciones más objetivas, y procedió de otro modo. Predominaba ya en él, cuando le ocurrió el memorable accidente, el hombre de números que maduraría más tarde en el ingeniero y el financista. Y así, en vez de rodear su concepción moral del Héroe de una atmósfera de lucubraciones abstractas, la sometió al rigorismo del dato que es la característica resaltante de sus trabajos de historiador.

Una frase que tuve oportunidad de oirle cierta vez que le visité en su biblioteca, vino a ratificar el criterio que ya me

---

(2) La polémica más ruidosa sostenida por el Dr. Lecuna, y también la más memorable, fue la que emprendió apropósito de las cartas apócrifas publicadas por el diplomático argentino Colombres Mármol. En el Boletín de la Academia Nacional de la Historia, Nº 87 (julio-setiembre de 1939), en un artículo sobre el Archivo de Sucre, denunció por primera vez la falsedad de la carta de Lafond. En 1940 apareció el libro de Colombres conteniendo no sólo esa carta sino otras diez también falsas. La polémica propiamente dicha se inicia en el Boletín de la Academia, Nº 91 (julio-setiembre de 1940) para culminar en los libros sobre las Cartas apócrifas y "La Entrevista de Guayaquil". Fue un debate que conmovió a la opinión pública de toda la América y en el que la autoridad del Dr. Lecuna adquirió solidez y renombre definitivos.

había formado de él: "No soy un literato. Soy un hombre de cifras y de comprobaciones exactas. Si mi labor como historiador no hubiese hallado una justificación tan concreta en el ambiente mental en que me he movido, jamás habría escrito una línea para el público ni habría dedicado tantas horas a esta laboriosa investigación". Estas palabras sinceras y casi bruscas tienen el valor lapidario de una doctrina. En el núcleo de la obra bolivariana realizada por él a lo largo de casi setenta años, hay un deslumbramiento, un destello revelatorio, un impulso de pura inmanencia ética, pero hay también un inconmovible sentido práctico. Mientras otros se hubiesen dedicado a convertir esa chispa en un poema o una teoría, él la convirtió en un teorema, esto es, en una proposición que afirma una verdad demostrable.

Es singular, y de no fácil explicación, el linaje de las reacciones que ha provocado en algunas mentalidades selectas la orientación y la forma del bolivarianismo de Vicente Lecuna. "Más que un historiador, suele decirse, es un adorador de Bolívar. Ha querido convertir la gloria bolivariana en un dogma, y al despojarla de sus posibles defectos humanos ha hecho de ella un fetiche". Pero esta objeción, que aparentemente envuelve también una verdad demostrable, implica a su vez un vicio de apreciación en cuanto proyecta el concepto moral de la historia en una dirección asaz negativa.

Hay un momento en el que los valores históricos se desprenden de sus vinculaciones humanas para convertirse en objeto de pura y abstracta ejemplaridad. Es cuando esos valores trascienden del campo de la peripecia y de la anécdota para convertirse en el eje vital de los pueblos. Quizá es la deslumbrante proximidad en que Bolívar está todavía con relación a nosotros lo que nos induce a mirarle con excesivo realismo y a ponerle a compartir nuestras propias debilidades. Pero dígase lo que se quiera de ello, no es ese Bolívar munici-

pal y anecdótico, reducido a las dimensiones de nuestras querellas, el que puede irradiar toda la fuerza ejemplarizante y todo el fervor integrativo que nuestros pueblos reclaman para coronar el proceso de la ecuación nacional en medio de las vicisitudes propias de su adolescencia social.

Es cierto que Lecuna fue un bolivariano exaltado y con frecuencia duro e intransigente. Su estilo seco y directo le dió la apariencia de un dogmático. Pero no existe tal dogmatismo. No puede haberlo en quien sólo usó para respaldar su argumentación hechos históricos comprobados. Por esto he dicho que su Bolívar no es una teoría sino un teorema, una figura moral tratada por un matemático. Lecuna debió plantearse su proposición partiendo de lo abstracto hacia lo concreto como un ingeniero que va a edificar un templo para alojar a una nueva divinidad y que sabe que las virtudes de ésta se arruinarían si la techumbre le cayese encima. Si detenemos nuestra atención con más perspicacia en este aspecto de la realidad del Libertador, admitiremos que él tuvo razón. Porque la realidad del Libertador no es la realidad de sus teorizantes sino la de los pueblos, la de estos pueblos que comienzan a vivir, que luchan con sus complejos históricos y que necesitan ser orientados por las luces más puras a través de los caminos más sólidos.

La que ahora va a hojear el lector no es una obra reciente de Don Vicente Lecuna sino un recuerdo de su juventud. Escrita desde hace ya luengos años, cuando todavía alentaba en él la emoción de los hechos que narra, permaneció en sus gavetas postergada por el oleaje de sus investigaciones bolivarianas. En medio de esta incesante labor, movido siempre por el anhelo de verla colmada, no es extraño que las vivencias de la campaña de Queipa hubiesen sufrido en las pers-

pectivas de su memoria cierta desvaidura que el autor no pudo o no quiso después someter al retoque. Por esto aparecen hoy las páginas de este libro con el mismo laconismo febril, con las mismas vacilaciones relativas a ciertas fechas (3) e incluso con las propias incorrecciones con que fueron escritas hace quizá medio siglo. Pasados los años, quebrantado por el peso inexorable de éstos y presintiendo cercana la hora del reposo definitivo, un día el narrador volvió sus ojos a estos recuerdos y decidió incorporarlos a la corriente espiritual que dominaba su vida. Y cosa curiosa: fué el modesto amigo que traza estas líneas el elegido por él para que tomara a su cargo la misión de ofrecerlas al público. (4) Naturalmente el encargo fue recibido con devoción y, como un homenaje de sincero respeto, se ha procurado cumplirlo fielmente, sin alteraciones ni enmendaturas que puedan adulterar el carácter del escrito no ya en su contenido sino en la forma que se le dió en el momento de la escritura. Es un relato sencillo, un diario más bien, en el que se van anotando los hechos a medida que van ocurriendo, y en el que las reflexiones surgen de la misma manera, sin arrequives ni afeites de ningún género. Su valor es documental y el autor seguramente no pretendió quo fuera otra cosa, pero ¡qué rico en enseñanzas y en proyecciones para la historia de nuestro país! Dentro de su personalísima arquitectura, la introducción que precede a lo narrativo contiene uno de los juicios más perspicaces que se hayan ensayado hasta hoy sobre la prolongada influencia de Guzmán Blanco y sobre las circunstancias que produjeron su rompimiento con Crespo y que fueron origen de las perturbaciones producidas después en la maquinaria política que Gil Fortoul llamó con acierto la "Oligarquía Liberal". Este

(3) Nótense sus interrogantes puestos entre paréntesis.

(4) Con la anuencia de la familia Lecuna y la colaboración de la Empresa Garrido que ha tomado a su cargo esta edición.

libro no tiene con la obra bolivariana otro vínculo que el de las resonancias morales que la figura del Héroe ha dejado en la historia de los pueblos de América, y acaso sea en definitiva este vínculo el que sirva para explicar la participación del propio Lecuna en los acontecimientos políticos de los que luego se hizo cronista y en cuyo recuento afloran, con la energía característica de su obra, el juicio austero y el análisis acertado.

Quizá no sea ocioso añadir que el Dr. Lecuna no fue un político militante. Tampoco un ideólogo al uso. Sin embargo, hombre idealista y patriota sincero, dentro de la estructura de sus ideas sintió en aquella oportunidad el acicate que exasperaba la red nerviosa de la nación y que congregó alrededor de la romancesca figura del "Mocho" a las nueve décimas partes de la población del país. Entonces empuñó el fusil, montó a caballo y marchó a las llanuras a compartir la suerte de tantos otros jóvenes entusiastas. A su lado, oyéndole conversar, el lector de este libro hallará breve el camino que conduce de Caracas a Queipa, en la Sierra de Carabobo, y de Queipa a la Mata Carmelera, lugar donde un ciego destino apagaría para siempre la estrella de Joaquín Crespo sin que por ello brillase más la de su adversario y sin que las fuerzas que parecían regir el curso de la República adquiriesen mejor consciencia de lo que a ésta tenía reservado el futuro.

Hecho insólito, obscuro y desorbitado, aquel acto del drama venezolano abrió un nuevo capítulo en la historia de Venezuela. En este capítulo el testimonio de Don Vicente Lecuna tiene un valor documental de notoria importancia.

RAMON DIAZ SANCHEZ.

Caracas, marzo de 1954.

INTRODUCCION

¿Cuáles fueron los métodos de gobierno del partido liberal desde 1870? No es fácil enunciar una fórmula que abarque todos los períodos presidenciales. Hubo diferencias de unos a otros, pero en términos generales se puede decir que los diversos presidentes mandaron cada uno con su grupo personal, aprovechando el impulso de reacciones políticas y concediendo mayor o menor participación en el poder a los círculos locales, según las circunstancias. En las luchas por el poder empleáronse diversos medios, desde los procedimientos cortesanos de uso corriente ante todos los gobiernos, hasta los alzamientos a mano armada, siempre bajo la bandera de los intereses públicos, interpretados según los particulares de cada grupo político o cada caudillo; hubo macheteros locales que para asentar su autoridad eliminaron a rivales y opositores al estilo de pueblos primitivos, pero en general predominaban en las luchas políticas, y aun en las

guerras, procedimientos civilizados, y con frecuencia acciones humanitarias y actos caballerescos. No es aventurado afirmar que los presidentes de la república, fuera de las represiones empleadas para imponerse, no usaron el crimen como arma política. Dos hombres —Guzmán Blanco y Crespo— llenaron este período; imponiendo ambos su voluntad cuidaban los intereses públicos, pero posponiéndolos en ciertos casos a los suyos personales.

En este largo período de elecciones embrionarias no hubo elecciones propiamente dichas y la imprenta sólo fué libre, en períodos determinados, al comenzar los gobiernos. El poder designaba sus candidatos haciendo algunas concesiones entre límites modestos a las influencias lugareñas, mientras a los adversarios y a los disidentes del mismo partido dominante no se les permitía ejercer derechos políticos sino en raras ocasiones. Cuando lo intentaban les caía la represión en diferentes formas. La vida pública activa y las iniciativas independientes sólo se manifestaban en la guerra. Cuando el régimen se asentaba la nación se convertía en masa neutra.

Crespo, nombrado presidente por Guzmán Blanco, gobernó de 1884 a 1886, y aunque se negó a reaccionar contra su **jefe, compadre y amigo** residente en Europa durante ese perío-

do, le entregó el poder dentro de un anillo de hierro. Esta frase del principal consejero y agente de Crespo, Barret de Nazarís, tomada del nombre de una zarzuela en boga, era la expresión de la verdad. Guzmán Blanco cayó en las redes de la Constitución, mejor dicho, del armadijo político que él mismo había formado.

Los cuerpos políticos, el Congreso y las legislaturas, duraban cuatro años mientras el período presidencial era de dos años, y como a Crespo le tocara nombrar al Congreso de los dos períodos siguientes, designó amigos suyos que asegurasen su reelección. Del mismo modo nombró los presidentes, legislaturas de los estados y demás corporaciones políticas del nuevo período de Guzmán Blanco, conocido con el nombre de gobierno de la Aclamación. Con este motivo el sagaz llanero escribió, en estilo oriental, a Guzmán Blanco comunicándole las elecciones: "Por una de esas intuiciones providenciales de nuestro glorioso partido liberal, la opinión pública ha venido formando en los Estados de la Federación situaciones simpáticas que han coincidido perfectamente con mi manera de pensar, entregando la dirección de sus destinos a hombres verdaderamente competentes e incuestionablemente amigos de usted y míos". (1) Como era de esperarse

(1) Carta de 24 de octubre, terminada el 7 de noviembre de 1885.

el Jefe, Centro y Director del Gran Partido Liberal protestó haciendo notar el hecho muy singular de que el país entero lo estaba aclamando y sin embargo nombraba para sus representantes a personas que no le eran adictas; pero lo hecho ya no tenía remedio, y esta fué la causa principal de la ruptura de los dos caudillos. Crespo, confiado en la fuerza política que había adquirido en el ejercicio del poder, quería desempeñar otra vez la presidencia y suplantar a su antiguo jefe en el dominio absoluto que éste venía ejerciendo desde tantos años, mientras Guzmán Blanco aspiraba a continuar dirigiendo la república desde Europa y sustituir a la larga su influencia por la de una convención de candidatos o de representantes de caudillos del partido liberal, el cual, desgraciadamente, por la lógica de los hechos, no era en realidad un partido político sino una organización gubernamental que para funcionar necesitaba la presencia de un jefe temido y reconocido por la mayoría de los políticos en acción. Agriaron más todavía las relaciones de los dos jefes las medidas necesarias, tomadas por Guzmán Blanco al encargarse del poder, para romper el **anillo de hierro** y anular contratos y concesiones inconvenientes de la administración de Crespo, y aunque el Ilustre Americano trató de halagar a su teniente de todos modos, no

logró apartarlo de su propósito de luchar por la reelección.

A pesar de que Guzmán Blanco, por su influjo decisivo, había hecho renunciar a varios presidentes de Estado, nombrándolos ministros, y se había atraído a algunos congresantes, el camino todavía se presentaba amplio a Crespo por la resolución de Guzmán Blanco de retirarse definitivamente a Europa (2). Crespo tenía valor, carácter, dinero, prestigio, la mayoría del Congreso, amigos prontos a ayudarlo a una revolución militar, y la autoridad moral del que ha desempeñado la presidencia de la república.

Retirados a Europa Guzmán Blanco y Crespo, y ejerciendo el poder Hermógenes López en nombre del primero, para lo cual fué necesario cambiar la numeración del Consejo Federal establecida por Crespo, aparecieron varios candidatos a la futura presidencia, y entre ellos algunos lanzaron sus candidaturas por instigación del jefe del partido con el pro-

(2) Se ha dicho y se repite que Guzmán Blanco se fué a Europa huído a causa del espíritu levantisco que promovió el periódico titulado "El Yunque". González Guinán atribuye el viaje a la actitud de Crespo. Ni una ni otra cosa son exactas. En la correspondencia de Guzmán Blanco y Crespo, que hemos tenido ocasión de estudiar, consta la resolución firme de Guzmán Blanco, tomada desde mucho antes de regresar al país, de no aceptar el poder sino por cortos meses. Mas todavía, su deseo era elegir presidente a Hermógenes López y quedarse en Europa, pero el movimiento de la Aclamación y el temor de que Crespo no entregara el poder a López, lo decidieron a ejercer de nuevo la presidencia.

pósito de que en la convención eleccionaria concebida por Guzmán Blanco como medio de designar al candidato único del partido, el candidato oficial tuviera asegurada la mayoría de votos. Simultáneamente fué lanzada a la discusión pública la candidatura de Crespo, y sus partidarios, teniendo de su parte la mayoría del Congreso, no aceptaron el sistema de la convención. En la discusión epistolar seguida por los dos caudillos, ambos procuraban evitar la ruptura sin ceder en sus propósitos antagónicos. Crespo, momentos antes de llegar Guzmán Blanco a París, se fué a Barcelona de España, y aunque Guzmán Blanco dió cartas de recomendación a Barret de Nazarís, éste no encontró en Venezuela, en la propaganda en favor de Crespo, sino la hostilidad oficial y por último la cárcel y la expulsión del país. El hecho es que la candidatura de Crespo, indiferente al pueblo y acogida con calor por los enemigos de Guzmán Blanco y cuantos deseaban un cambio gubernamental, convirtióse en motor de una reacción política. La convención, según Crespo, no tenía más objeto que ahogar su candidatura, y Guzmán Blanco replicaba que todo hubiera marchado bien si Barret de Nazarís, negándose a aceptar aquella fórmula, no hubiera levantado la bandera de la reacción e intentado romper la disciplina del partido. De

la copiosa correspondencia sostenida por los caudillos insertamos dos cartas suficientes a exponer los puntos de vista respectivos y el conflicto irremediable de sus aspiraciones. En suma, Guzmán Blanco, comprendiendo todos los inconvenientes de un prolongado dominio sobre el país, quiso establecer un sistema regular dentro de los principios republicanos, reemplazando su autoridad con la del partido liberal, pero fracasó en este propósito por el vicio orgánico de este partido que él mismo no pudo modificar en sus dictaduras; y a Crespo, por esta vez, le convenía el cumplimiento de las prácticas legales, tal como estaban pautadas en la Constitución, y protestaba contra las arbitrariedades del poder en frases sinceras y justas, no hay duda, pero que han podido dirigirse a él mismo después de los acontecimientos del 1° de setiembre de 1897, como veremos adelante. He aquí las cartas:

"París, 15 de diciembre de 1887 — Señor General Joaquín Crespo. Barcelona. — Mi estimado amigo y compadre: He tenido el gusto de recibir tus apreciables cartas fechas 4, 7 y 12 del presente.

Cuando en una de mis anteriores te dije que la Asamblea de Versalles había decidido felizmente la cuestión Presidencia de la República Francesa, nombrando a Monsieur Carnot,

que era uno de los que menos votos tenían al principio, lo que quise significarte fué que esos cuerpos colectivos, casi siempre se inspiraban en el patriotismo para resolver las cuestiones más inminentes de política trascendental, tan rápida como inesperada y acertadamente.

De aquí que siendo la Convención del partido liberal una fórmula adoptada para impedir la escisión del partido, presentándonos todos ante el Congreso con un solo y mismo candidato, yo te recomendase la Asamblea de Versalles como un ejemplo práctico de la conveniencia de nuestra Convención de partido.

O lo que es igual: te decía, que la Convención sería para los liberales de Venezuela lo que para los republicanos franceses ha sido la Asamblea de Versalles.

El que tu hayas pensado antes y pienses ahora que no hay necesidad de la Convención porque el Congreso es en definitiva el que ha de elegir, no quiere decir sino que tu te sustraes del orden de proceder que los liberales hemos adoptado para salvar la unidad del partido.

Que yo hubiera coincidido contigo en la manera de hacer las elecciones de 1884, tampoco es contradictorio con lo que estoy haciendo ahora. En aquellas circunstancias ese proceder fué discreto, porque de lo que se trataba solamente era de sustituir al Presidente: ahora

no lo sería porque de lo que trato es de separarme de la vida política activa por estar cumplida mi misión y necesitarse, por ello, que entre a reemplazarme el criterio de los liberales, que es el de la mayoría de la República.

Yo deseaba (y así se lo expliqué a Barret de Nazarís para que te lo trasmitiese) que fueses Candidato, que entrases como los demás en la Convención y que todos nos sometiésemos a lo que ella decidiese, en lo cual lejos de excluirte, te incorporaba a ese republicano desenvolvimiento que estoy procurando. El haber dicho que no estoy por tí como no estoy por Matos, no quiere decir que si la Convención decidía otra cosa, no fuese esa decisión la consigna de todos los liberales y por consiguiente la mía.

Desgraciadamente Barret llegó a Caracas e hizo todo lo contrario de lo que yo creo que debió hacer. En lugar de proponer la candidatura Crespo, como una de tantas candidaturas liberales, y someterla a la Convención eleccionaria del partido, levantó su prensa, organizó su Comité y emprendió su propaganda prescindiendo de la Convención y, por tanto, rompiendo con la disciplina proclamada.

De ahí todas las consecuencias, inclusive la de tenerlo como reaccionario, y la de que los

liberales lo hayan tratado como enemigo, en cuyo camino, es imposible preveer a donde nos conduzcan los sucesos.

Mi única esperanza, era que tu rectificases aquel error cometido por Barret. ¿Cuál es ahora el porvenir? De un lado los liberales y del otro lado la reacción. Triunfen los unos o triunfe la otra, ese Gobierno será un Gobierno de combate en que todas las conquistas de la Regeneración, de la Reivindicación, de la Tradición y de la Aclamación, quedarán eliminadas. La peña de Sísifo rodará hasta la sima por la centésima vez.... Pobre Patria!.... Pobre causa liberal!... Cómo se perderán mis 20 años de trabajos tan asiduos como afortunados! Es el despertar de una pesadilla....

Te acompaño copias de mis notas al Dr. Borges y Ortega Martínez, y otra a los candidatos, que explican al menos la lealtad con que estoy procediendo.

Verás en esos documentos como es que cuando yo quería incorporarte a la Convención, no era para excluirte de la elección de este Cuerpo, lo que está ratificado por carta mía que se ha publicado en que digo además, que si no estoy por tí es por la sola razón de habernos relevado recíprocamente en los dos últimos períodos.

Por J. M. Manrique, que acaba de llegar con el encargo de explicarme todo lo pasado en Venezuela últimamente, sé que en efecto se han levantado fuerzas y tomado medidas militares, pero no por las elecciones, ni para las elecciones, sino porque, en virtud de datos fehacientes, se sabe que hay una revolución cuyo foco es Trinidad.

Acabo de recibir carta de Barret desde Fort de France. Se muestra, como es natural, muy quejoso del Gobierno, y me insinúa la conveniencia de que yo intervenga. Pienso contestarle que lo haré, aunque con el temor de que mi intervención sea ya ineficaz de ese lado, como han sido ineficaces mis consejos del lado suyo.

Y en verdad, temo que ya nadie me haga caso. Si él llegó a Venezuela prescindiendo de la Convención que sintetiza la disciplina del partido, los otros dirán que, por defender la una y someterse a la otra, han tenido que tratarlo como reaccionario, tanto más cuanto que él trasparenta claramente que, detrás de todo eso, tus partidarios apelarán a las armas...

Cómo es posible que cosas tan graves se traten con tanta ligereza!

Barret se queja de que se estén levantando fuerzas, y de que el Gobierno esté influyendo para asegurar a su manera los Estados del

Centro; pero lo primero, me dicen de Venezuela que son preparativos contra una revolución que se fragua en Trinidad, según te he dicho arriba, y lo segundo, es un propósito inherente a todo Gobierno el asegurar los Estados que circundan a Caracas, para contar con la indispensable tranquilidad.

Por más que medito siempre concluyo por la creencia de que todo lo ocurrido depende de la actitud asumida por Barret, el Comité y la prensa crespista, y no encuentro más remedio eficaz que rectificar lo hecho, sometiéndonos todos a la Convención del partido.

Tu afmo. amigo y compadre.

GUZMAN BLANCO".

"Barcelona, diciembre 21 de 1887 — Señor General Guzmán Blanco, &., &., París. Mi estimado amigo y compadre: He recibido su apreciable carta del 15 de los corrientes y las copias adjuntas a ella.

El porvenir de Venezuela me preocupa también en alto grado, y como he dicho a usted en más de una ocasión, debe preocuparme más a mí porque todos mis intereses están radicados allí, y porque no puedo vivir lejos del país.

Creo firmemente que usted se haya venido de Venezuela con un fin patriótico y que lo

haya guiado en el propósito de la Convención el deseo que me manifiesta de impedir la división del partido liberal; pero no puede usted negarme que los Gobernantes actuales lejos de corroborar su pensamiento han tratado de hacer ineficaz toda tendencia a una conciliación. Prueban lo que afirmo, las persecusiones ejercidas contra mis amigos por las autoridades, mucho antes de iniciarse los trabajos eleccionarios, la enérgica actitud de los agentes del Gobierno en todas las localidades contra todo elemento que pudiera serme simpático, y que se ha traducido por la prisión de varios periodistas, de Diputados a las Legislaturas en varios Estados, el implacable reclutamiento de los partidarios de mi candidatura y las constantes agresiones de la prensa ministerial que colide tánto con el espíritu moderado y tolerante de la nuestra. Y añada usted las amenazas y ese propósito permanente del Gobierno de tratar como sospechoso y revolucionario el partido que en el país recomienda mi nombre, y añada usted la creación de esas múltiples candidaturas por la acción oficial, encaminadas todas a ahogar la mía en el seno de una convención hostil, formada **ad hoc** por el Poder no para apoyar el pensamiento patriótico de usted sino para proscribirme a mi. Estos son hechos notorios, tangibles para todos en Venezuela.

Para los otros candidatos la prensa ha sido respetada, patrocinada y hasta pagada por el mismo Gobierno: los puestos públicos se han distribuído como recompensa de trabajos eleccionarios y el proceso de la Convención no ha resultado obra espontánea de los pueblos sino que ha sido obra realizada por los Ministros Candidatos, promulgada por el Gobernador del Distrito y comunicada por él a todas las autoridades de la República en solicitud de adhesiones, de todo lo cual puede usted convencerse dándose la pena de leer los periódicos que ponen de bulto los graves acontecimientos a que me refiero.

El Secretario del Presidente de la República dirige a Domingo Monagas y a otros enemigos connotados de la causa y de usted, la carta oficial que a continuación copio:

"Telégrafo Nacional de Caracas a Barcelona — Octubre 29 de 1887 a las 4 hs. p. m. — Señores General Domingo Monagas, A. Caballero, J. V. Fernández, Blas A. Fariñas, Magin Silva, etc. Se ha recibido el telegrama que ustedes han dirigido, referente a la venida al país de los Generales Barret de Nazarís y José Antonio Velutini y a la comisión que dicen por allá han traído, y para contestarles basta, para que ustedes formen juicio y sepan a que atenerse, insertarles la carta que ha dirigido el Ge-

neral López a los Presidentes de los Estados y es como sigue: "Señor General Presidente del Estado. — Estimado amigo: El señor General Barret de Nazarís ha regresado a la República, después de haber obtenido del General Guzmán Blanco en París la promesa de que bajo mi administración no tendría nada que temer. En tal virtud y como el primero de mis deberes es otorgar a los ciudadanos las garantías que les conceden la Constitución y leyes del país, se lo recomiendo a usted eficazmente a fin de que dicho General goce en ese Estado de toda la libertad permitida en el ejercicio de sus derechos constitucionales. Soy su amigo. Hermógenes López" — Por el contenido de esta carta fácilmente comprenderán ustedes que no a otra cosa se refiere la recomendación y por tanto no hay motivo para que el espíritu público se extravíe ni se exalte. El Secretario, Rafael González Delgado". (Telegrama publicado por el General Domingo Monagas en Barcelona).

Esta inserción que le hago prueba a usted, como todo lo demás que le dejo expuesto, la flagrante hostilidad del Gobierno y me presenta la oportunidad de demostrarle hasta qué punto llega la animadversión de aquel, cuando los enemigos por mi adquiridos defendiendo a usted privan en el ánimo de los Directores

actuales de la política y alcanzan posición a expensas de servidores definidos del partido liberal.

Por tales caminos, creo como usted, que sobrevendrán disidencias funestas para el país, la creación de nuevos partidos que surgirán, no en la órbita legal, sino del seno de las violencias, e inminente la lucha de los liberales traicionados en su confianza por los depositarios del Poder Público, contra la insensata reacción en que se ha lanzado el Gobierno sin freno ni miramiento alguno.

Y temo que fingiéndose, como se fingen, órganos suyos, lo arrastren a usted en sus responsabilidades, enloden el prestigio de su nombre y lo comprometan a figurar en esta dolorosa etapa del país, cuando usted puede con la repulsa de esas indignidades y escudado por el recuerdo de esas buenas obras realizadas por usted, situarse en cumbre tan empinada donde no puedan alcanzarle los tiros de sus adversarios. Y tal es mi ingenuo deseo porque usted sabe que mi cariño hacia usted ha sido más que un lazo de compañerismo político, un sentimiento de adhesión y hasta de filial afecto. Así, he hecho gala y ostentación pública de mi adhesión a usted, he compartido todas sus responsabilidades y por eso el país todo, amigos y enemigos suyos, me ha reputado siempre con-

GRAL. JOAQUIN CRESPO,
Presidente de Venezuela en dos oportunidades: 1884-86 y 1892-98.
(Cortesía de la familia Crespo.—Foto del Dr. Pedro Antonio Yanes).

sustancial con usted. Su propio Padre moribundo me hizo acercar a su lecho, y llamándome el mejor amigo de su hijo, me legó, para trasmitirlo a usted, su último pensamiento que contiene un consejo de Padre y de Patriota, digno por tanto de que usted lo recuerde en estos momentos tan solemnes de su historia política.

Sálveme mi General, mi compadre y mi amigo; salve la República, sálveme a mi, su mejor amigo, del tremendo conflicto en que me encuentro entre la amistad y el deber. Desoiga esa voz de traición y de infamia que le viene de Venezuela disfrazada con adhesiones y alabanzas.

Todo eso es mentira, oiga mi voz honrada que no lo ha engañado jamás: lo que el país quiere y pide es paz, orden y garantías, y leyes. ¿Soy yo un inconveniente para que logre la Nación lo que reclama con tanto derecho? Pues bien, apártese mi nombre de la discusión pública, que no hago en ello sacrificio alguno; quiero conservarme ileso de todo cargo futuro, en este hogar feliz que usted conoce y donde se rinde culto a la Patria, al honor, al deber y a la amistad.

Y al apartarme yo, apartemos esos candidatos oficiales que son verdaderamente el gérmen de las disenciones que tratamos de evitar. Supóngalos usted buenos ciudadanos pero su

elección estaría viciada en su origen por las imposiciones del poder y los compromisos reaccionarios que contra mi y la mayoría de los liberales tienen contraídos. Si yo significo reacción contra ellos, naturalmente, ellos significan reacción contra mí y mis amigos.

Busquemos pues la solución de la crisis en el sentido que el país la reclama y fijémonos en otro miembro de la mayoría del Congreso, cosa facil, compuesto como está éste de liberales connotados y cuyo candidato tendría por consigna el justo equilibrio de todos los intereses; y puede exigírseme más? ¿no me encuentra usted correcto con el país, con usted y con mi modo de ser?

Inspírese, General, en el sentimiento que me ha dictado esta carta. Quiero evitarle conflictos a mi Patria, quiero ver a usted en el pináculo de la gloria, sirviendo de escudo a las Instituciones, amenazadas de muerte por los mismos encargados de defenderlas, quiero que estemos todos los venezolanos acordes para que celemos juntos el crédito y honra de la Patria; y quedemos garantizados todos bajo la égida de un Gobierno paternal, nacido en la Ley y apoyado en la unión y fuerte en la autoridad de su origen.

Soy su leal amigo y compadre

JOAQUIN CRESPO".

Apesar de la situación tirante de sus relaciones, los dos Caudillos no habían roto todavía. Se dirigían cartas amistosas. En los mismos días de las protestas que insertamos, el 8 de diciembre, Guzmán Blanco le decía así desde París:

"Necesito con urgencia me digas cuánto has recibido por el negocio de la sal, porque según los datos que tengo recibidos últimamente, me parece que debo mandarte un saldo que complete tu parte".

Ante los procedimientos de fuerza (prisión de algunos diputados, represión de propagandistas etc) la candidatura de Crespo desapareció de la escena política y Rojas Paul, candidato designado por la convención liberal, fué electo Presidente.

¿Cómo se explica la Aclamación y apenas dos años después la popular reacción de Rojas Paúl? Guzmán Blanco, profundo político y dotado de los talentos del guerrero, propios del soberano que puede dirigir con acierto los acontecimientos, sin llevar personalmente las tropas a la lucha, fué, además, administrador eminente. En los dos años del gobierno de Crespo se desorganizaron las rentas de aduana, mantúvose exhausto el tesoro y reinó la desconfianza en el comercio como consecuencia del desorden en la hacienda pública y del contra-

bando oficial. El país sufrió además las consecuencias de una terrible plaga de langostas y de la revolución promovida por el valiente geneeral Pulgar, caudillo liberal, de origen aristocrático, de hazañas novelescas y de arbitrariedades sin cuento. Dadas las fuerzas políticas en acción no había otro medio práctico de mejorar la situación del país sino la vuelta del dictador, y en efecto, a la llegada de Guzmán Blanco se reanimó el comercio, aumentaron los pedidos de mercancías al exterior, la renta de aduanas, principal fuente de ingresos del fisco, llenó las cajas públicas, volvió la actividad comercial y se hizo sentir la acción benéfica del gobierno en las obras públicas; pero ciertos contratos dados a favoritos, especialmente los concedidos al duque de Morny, yerno de Guzmán Blanco, y la aspiración contenida desde años atrás, hacia un régimen de ley, produjeron la explosión que estalló cuando la república se vió de pronto gobernada por un presidente civil deseoso de atender la opinión pública.

En resumen: La marcha de los negocios públicos, antes de las campañas de Castro, se puede describir así: Cuando se organizaba un nuevo gobierno se formaban capas de diferente capacidad. Abajo los comisarios de barrio, luego los jefes civiles de los municipios. Enseguida los jefes civiles de los distritos.

Más arriba los presidentes de Estado y por último el presidente de la República.

El tren gubernamental se convertía en una pirámide como las de Egipto en medio de uno de sus desiertos.

GIRA ELECTORAL

Durante el gobierno de Rojas Paúl concibiéronse esperanzas de establecer la república efectiva y asegurar la libertad. Era una aspiración que se había venido renovando cada vez que las circunstancias habían permitido ensayos en los períodos más o menos anárquicos que han sucedido a las dictaduras. El mismo Guzmán Blanco declaró varias veces que por su carácter y hábitos de mando no podía ejercer el poder sin facultades extraordinarias, y al inaugurar el gobierno de la Aclamación manifestó que era llegado el momento de que se practicaran los principios republicanos en toda su amplitud. Ya hemos dicho que él tenía resuelto abandonar el mando directo, pero aspiraba a seguir influyendo en la política del país por medio de presidentes bienales designados por la convención del partido, pero que en realidad elegiría él mismo desde Europa, y que debían seguir lo que él llamaba la "política tradicionista", es decir, sostener en el poder a su

partido sin introducir cambios sustanciales ni en el personal, ni en las prácticas políticas, ni en las tendencias administrativas trazadas al poder. Sorprende que tan certero político, que nunca diera un paso falso en su larga y brillante carrera, concibiera semejante sistema de inmovilidad, sostenido a larga distancia, del cual no se conoce ejemplo en la historia. A ese propósito respondió la elección de Rojas Paúl, pero pronto el hábil e ilustrado presidente civil, dando satisfacción a la opinión pública, reemplazó a funcionarios declarados **incondicionales** de Guzmán Blanco, dió libertad a la prensa, admitió a todos los ciudadanos en los puestos públicos, cualesquiera que fueran sus opiniones, sin exigir que renegaran de ellas, como quería Guzmán Blanco, prescindió de los contratos, en parte onerosos, celebrados por este último como ministro en Europa y no sancionados por el Congreso; decretó y realizó obras útiles, atendió cuanto pudo los intereses generales y particulares y suprimió el aparato de fuerza que hasta entonces rodeaba al Presidente. Bajo su gobierno el ciudadano se sintió garantizado. La popularidad de Rojas Paúl, odiado y despreciado en los días que precedieron a la elección, crecía día por día, hasta llegar a adquirir influencia avasalladora, y fué tal la confianza que inspiró el nuevo régimen que la

actividad, los negocios y las rentas se doblaron de un año para otro; pero desgraciadamente el Presidente se detuvo en las reformas, y en cuanto a elecciones, siguió el mismo sistema de su antecesor. Por otra parte, Rojas Paúl conservó la excelente organización de la hacienda establecida por Guzmán Blanco, pero aunque protegió los ferrocarriles en construcción, contratados por este último, como elementos importantes de la prosperidad general, no propendió al establecimiento de otros nuevos, error grave, una de las causas del inaudito atraso que ha sufrido el país dirigido por administraciones sin miras vastas y acertadas.

Andueza Palacio mantuvo la política de tolerancia ilustrada de Rojas Paúl, sin introducir mejoras y con mayores defectos en la administración; y fundado en los inconvenientes del período de dos años, pretendió prorrogar su período presidencial a cuatro años, juzgando suficiente para mantenerse en el mando enarbolar la bandera federalista de la autonomía de las secciones. El país, harto de dictaduras, aspiraba a un régimen de ley, y en consecuencia la revolución estalló de uno a otro extremo de la República, animándola la mayoría del Congreso y las Cortes de Justicia al protestar

contra la usurpación del poder, a tiempo que dos estados, los Andes y Zamora, declaraban la guerra al Gobierno.

La revolución tomó el nombre de **legalista** y el triunfo fué relativamente fácil, bajo el punto de vista militar, aunque costoso por la sangre derramada en siete meses de lucha; mas no surgió la ley sino un gobierno mucho más autoritario que el de Andueza Palacio, semejante al de Guzmán Blanco, presidido por el general Joaquín Crespo, con las variantes que imponían el carácter y las tendencias del nuevo director de los destinos públicos, personalidad tan fuerte como su antiguo **jefe, compadre y amigo,** a quien había estado sometido tantos años. Para lograr el dominio del país, el caudillo desconoció la autoridad del Congreso.

Crespo era más inclinado que Guzmán Blanco al juego de la política, pero el sistema adoptado no le permitía usar de esta tendencia sino en límites muy restringidos; sin embargo, en este su segundo período, en el que gobernó libremente, se notaron dos hechos políticos de gran trascendencia, que han podido producir progresos notables en el mecanismo político, y también cierta tolerancia del poder respecto a la prensa independiente, siempre que no atacara el sistema, tolerancia que permitía la defensa de muchos intereses públicos. Uno de aque-

llos hechos fué la designación de Matos para formar un gabinete de representantes de diversos círculos oposicionistas, pero no revolucionarios, (3) con el doble objeto de apaciguar tendencias hostiles y de aprovechar en el Ministerio de Hacienda los conocimientos, el buen sentido económico y la energía de Matos; pero apenas se logró detener la bancarrota del Tesoro y reunir una suma para cancelar parte de las deudas y garantías de los ferrocarriles, cuando el gabinete fué derribado por el empuje de algunos políticos celosos del influjo de Matos e impacientes por disponer de los fondos reunidos. El otro hecho notable consistió en la propaganda eleccionaria autorizada por Crespo y realizada personalmente por el general José Manuel Hernández y sus numerosas juntas eleccionarias, con plenas garantías otorgadas por el gobierno. Este era un acontecimiento que no se había visto en Venezuela desde los tiempos de la presidencia del honorable general Soublette. Su importancia requiere presentar al personaje que llevó a cabo la propaganda y exponer algunos antecedentes.

Durante los gobiernos progresistas de Guzmán Blanco la oposición ocurrió con frecuencia a la lucha armada, bien por pasiones

(3) Se ha dicho que el objeto de Crespo fué el de desbaratar la revolución tramada por Matos.

mezquinas e intereses heridos, o bien por restablecer prácticas republicanas desatendidas por el Dictador y opuestas al régimen imperante, y también por la natural oposición a métodos y a ciertos actos administrativos notoriamente contrarios a los intereses públicos. (4)

Entre los opositores de ideas puras, que pudiéramos llamar sentimentales, se hallaba el joven José Manuel Hernández, quien a los 17 años fué dejado por muerto en el combate de los Lirios a principios del Septenio y milagrosamente salvado al día siguiente. Al término de este combate, hallándose Hernández en el suelo, herido de un balazo, fué macheteado en el cuello y en un brazo, quedándole la mano derecha desfigurada, de donde se le designó con el apodo de El Mocho.

Hijo de isleños trabajadores y honrados, había nacido en el barrio de San Juan, en Caracas. No tuvo otra educación que la corriente en escuelas primarias, pero por su rápida comprensión de las cosas y sus viajes, adquirió instrucción suficiente para desenvolverse atinadamente en sociedad.

De carácter activo y emprendedor no pudo nunca dedicarse con calma a ningún ne-

(4) Monopolios de navegación, cuantiosos cobros indebidos al tesoro, cambios injustificables a la Constitución, embargos de todos los hatos de Apure y del Bajo Guárico, embargo de propiedades de enemigos, persecuciones policíacas, etc.

gocio particular por su impaciencia de oposicionista apasionado y conspirador. Su padre era un buen carpintero y a su muerte Hernández, que nunca aprendió el oficio, tuvo que encargarse del taller, pero a poco, embargado por la política, lo dejó a otro. En cierta ocasión se salvó, en la calle de San Juan, saltando a caballo por encima de los agentes de policía que fueron a prenderlo. Se casó y sólo tuvo un hijo; enviudó pronto, estuvo en la cárcel y se vió obligado a huir de Caracas. De aquí en adelante su vida fué una serie de aventuras. En el interior del país y en algunas Antillas ejerció de carpintero, y en La Habana de repartidor de pan. Vuelto a Venezuela estuvo varias veces en la cárcel, siempre por motivos políticos. En 1887 fué al Yuruary a trabajar en las minas de oro y tomó parte activa y principal en la revolución contra la arbitraria y codiciosa administración de Pedro Vicente Mijares y después del triunfo defendió con calor ante el gobierno las reivindicaciones del Territorio; (5) en la revolución de 1892 se alzó con un puñado de hombres, triunfó gloriosamente en Guayana y dueño del Estado Bolívar, hizo una honrada administra-

(5) Detalle significativo. En esa época se publicó un folleto narrando extensamente la Revolución del Yuruary, pero como el autor era del partido liberal amarillo, no nombra a Hernández ni una sola vez aunque él fué el alma de esa revolución.

ción, pero no pudo seguir adelante la guerra por haber recibido orden del general Crespo, nombrado por los disidentes del Congreso general en jefe, de entregar al general Velutini el ejército y los fondos del Estado y de la Aduana, para la campaña de Cumaná.

Triunfante la revolución fué reemplazado en el Gobierno de Guayana y nombrado diputado, y con tal carácter cometió el error de defender en la Asamblea el embargo y secuestro propuesto por funcionarios del gobierno, que se decían liberales, de los bienes de cuantos tomaron parte directa o indirectamente en la última usurpación, castigo quizá oportuno en otro medio y en otras circunstancias, pero absurdo cuando casi todos los políticos habían cometido las mismas faltas u otras equivalentes o peores a las que se imputaban a los amigos de Andueza Palacio.

Luego pasó una larga temporada en los Estados Unidos, sostenido por su amigo el honorable señor Manuel Cadenas Delgado, comerciante venezolano establecido en New York, y tuvo que defenderse ante los tribunales americanos en el ruidoso proceso promovido por un yanki a quien Hernández había anulado legalmente el odiado contrato del acue-

ducto de que disfrutaba el norteamericano en Ciudad Bolívar. (6). Este hecho aumentó su prestigio de patriota y su fama de hombre honrado, unánimemente celebrada y aplaudida. Ya Hernández era una esperanza para los que aspiraban a un gobierno de ley.

Muchas personas ilustradas, entre las que sobresalía el doctor Alejandro Urbaneja, habían formado, en los días del gobierno de Rojas Paúl, el partido democrático, limitándose por diversas circunstancias la propaganda de prensa en favor del cumplimiento de los preceptos republicanos, pero sin acción política efectiva.

Llegada la época del proceso eleccionario en 1897, Urbaneja promovió la fundación de un partido que se llamó liberal nacionalista y lanzó la candidatura de Hernández en la plaza Washington, hoy de Henry Clay, ante muy pocas personas. Entonces inauguró Hernández la serie de giras electorales cada vez más extensas y con más éxito, venciendo con su carácter optimista y enérgico las resistencias que le oponían nuestra incuria criolla, la falta de hábitos electorales y casi todas las autoridades locales; debiéndose el éxito siempre creciente de las giras a la habilidad, espíritu de abnega-

(6). No conocemos documentos de estos sucesos. Escribimos lo que se decía en público.

ción y desinterés que mostraba Hernández en sus actos. Como un apostol hizo toda la propaganda sin disponer de dinero. El nuevo partido adoptó los principios liberales y el sistema federal, proclamados por el partido liberal histórico o amarillo, prometiendo hacer efectivas las prácticas democráticas que no se habían cumplido y suprimir el peculado y los negocios lucrativos considerados durante largos años como finalidad del ejercicio del poder.

En el programa que predicaba Hernández de palabra no había ninguna idea fundamental administrativa, fuera de la supresión del peculado y de los contratos onerosos inspirados siempre en intereses privados; y el programa publicado por la prensa se contrae exclusivamente a ideas políticas. Entonces se creía que estas tierras tropicales podían progresar tan fácilmente como las situadas en las zonas templadas, error en que incurrió el mismo Guzmán Blanco. Se olvidaba la trascendencia del desmonte y consiguiente disminución de las aguas, apesar de haber tratado este problema magistralmente el Barón de Humbolt y de que fuera planteado como fundamental y de urgente solución por el doctor Vargas. No se tenía idea de los que envuelve el saneamiento del país.

Durante los gobiernos liberales siguióse el sistema de otorgar concesiones con monopolios

por largo número de años para explotaciones, cuando se referían a producciones naturales, o por contratos absurdos como el de las aguas de Caracas y el mercado de la misma ciudad, sin otro resultado que las cuantiosas reclamaciones diplomáticas que por diversas razones intentaron los concesionarios y que tuvo que aceptar Venezuela con motivo del bloqueo de 1902 y 1903. También se otorgaron concesiones a título gratuito, sin ningún beneficio para el Estado, tales como la de explotación de asfalto en el Oriente, de donde se originó que el lago de asfalto de Guanoco pasara a poder de los concesionarios sin que el país derivase ninguna utilidad. A toda esta clase de contratos ruinosos y a las diversas formas del peculado se refería Hernández en su propaganda.

El candidato oficial, general Ignacio Andrade, tuvo también partidarios, aunque en mucho menor número, contándose entre ellos los políticos profesionales y personas que creían que Andrade reaccionaría contra Crespo y haría buena administración. Más popularidad tuvo la candidatura de Rojas Paúl, asilado en Curazao a causa de la hostilidad oficial, pero apesar de los recuerdos inolvidables de su actuación presidencial, fué casi abandonado por sus partidarios cuando expresó en un manifiesto que gobernaría teniendo a un lado a

Guzmán Blanco y al otro a Crespo, interpretando el público que dado caso de llegar al poder conservaría, por lo menos en parte, los mismos métodos políticos que rechazaba la opinión. Hubo otro candidato independiente, el general Pedro Arismendi Brito, hombre honrado a toda prueba, literato, soldado valeroso y caballero arrogante, pero sin dotes para la acción política; y dos candidatos más del partido liberal histórico, Francisco Tosta García y Juan Francisco Castillo, políticos veteranos, de los que sin el favor oficial no podían prosperar.

Jacinta Parejo de Crespo, honorable esposa del caudillo, tomaba parte activa en la política. Ella era opuesta a la candidatura de Andrade y patrocinó, durante algún tiempo, primero la del doctor Claudio Bruzual Serra, jurista distinguido, orador notable, quien como ministro de Obras Públicas, por amplias protecciones personales, había sabido captarse las voluntades de numerosos políticos y aspirantes a tomar parte en la cosa pública; y luego la de Custodio Milano, individuo particular de Parapara, amigo de la familia Crespo. En la corte presidencial muy pocos eran partidarios de Andrade; muchos de los íntimos trabajaban por la continuación del caudillo en el poder y aún cuando ya estaba elegido Andrade, hicieron

esfuerzos en ese sentido. Crespo se mantuvo firme en su propósito de no reelegirse.

Desde el comienzo de la propaganda, Hernández mostró asombrosa actividad. De sus cartas al honrado y entusiasta ciudadano Angel María López, principal animador del partido en Puerto Cabello, tomamos los datos que siguen. El 29 de marzo, Hernández se preparaba en Caracas a marchar a Valencia y Puerto Cabello. Ya habían aparecido varios periódicos, entre ellos "El Criterio Nacional" en la capital y "El Constitucional" en Coro. En aquellas ciudades organizó juntas y logró aumentar los partidarios. El 19 de abril se hallaba en Tucacas y el 20 presidió el pronunciamiento de Barquisimeto, en la plaza pública, en la que cada ciudadano, como ensayo, consignó su firma al estilo americano. "Contamos, escribía el candidato aparentemente siempre optimista, con las tres cuartas partes de los larenses, y antes de ocho días tendremos cuatro periódicos en este Estado. Las autoridades continúan dándole plenas garantías a nuestros amigos". Naturalmente estas frases, fueran o no exactas, estaban destinadas a producir efecto.

El 28 de abril anunció las entusiastas manifestaciones de Quibor, Sanare y el Tocuyo; mientras que los pronunciamientos, por Andra-

de, de los empleados públicos en los mismos lugares, fueron tristes y deslucidos. El 7 de mayo se hallaba otra vez en Barquisimeto, el 17 en Acarigua, el 22 en Tinaquillo, el 23 en Valencia, el 30 en las Trincheras; luego regresó por los Valles de Aragua y fué a la Guaira, Macuto y Maiquetía, y el 16 de junio se hallaba en Caracas, habiendo recibido en todas partes demostraciones cada vez más numerosas. Constantemente Hernández escribía animando los trabajos eleccionarios y la publicación de nuevos periódicos. El 15 de junio la Junta Directiva presidida por Urbaneja tuvo una conferencia con el general Crespo, quien debía recibir a Hernández dos o tres días después. No hemos podido averiguar lo que trataron.

Luego volvió a salir Hernández hacia Occidente. El 26 de junio Puerto Cabello le hizo una manifestación extraordinaria, mayor de lo que podían esperar los más entusiastas partidarios, y el 28 se hallaba en Coro. El recibimiento fué solamente regular, por restricciones de las autoridades locales, y después de la organización de juntas partió el 2 de julio hacia el interior del Estado. Recorrió varios pueblos, con éxito creciente en todos ellos, y el 15 se hallaba ya en Maracaibo en donde 2.000 ciudadanos lo condujeron en triunfo al hotel, habiendo llegado a dicha ciudad marchando

por tierra a través de los pueblos de la costa de Casicure. El Gobierno de Maracaibo puso cuantos obstáculos pudo a las manifestaciones y se preparó militarmente como si fuera a combatir al pueblo. Pero estos hechos avivaron más bien el sentimiento público. Hernández siguió embarcado a la Ceiba y por Trujillo, Barinas y Apure marchó a Ciudad Bolívar adonde llegó el 1° de agosto, recibiendo en todas partes, especialmente en esta última plaza, aclamaciones numerosas. Hombres, mujeres y niños de todas las clases sociales acudieron en tropel al muelle apenas supieron la aproximación de Hernández. En todas partes su persona despertaba fé y entusiasmo por la franca actitud, firmeza y energía que revelaba. Gobierno de ley, supresión absoluta del peculado y de monopolios oficiales, garantías. Tal era su prédica. Creyendo, o mejor dicho fingiendo creer, en la palabra de Crespo, amonestaba a los que le insinuaban la conveniencia de prepararse para la guerra, y así logró que sus partidarios tomaran en serio las prácticas electorales. Ya para esta fecha el partido había crecido notablemente.

El candidato, aunque hombre activo y trabajador, nunca tuvo capital. Emprendió la propaganda con dos bolívares en el bolsillo, y no le faltó nada en ninguna parte. Este hecho prueba el entusiasmo y la confianza que supo

inspirar. Referiremos una anécdota para dar idea del carácter de Hernández. En cierta ocasión, un guapo de arrabal trataba de estorbar, en Puerto Cabello, desde la calle, una sesión de nacionalistas. Hernández sale de la casucha en que se reunían sus amigos, toma por el brazo al guapo y lo lleva a alguna distancia en la callejuela oscura. A poco regresan muy amigos y el guapo, aunque conserva sus convicciones de liberal amarillo, entra respetuosamente y se sienta tranquilo a presenciar el acto.

A pesar de las garantías ofrecidas y cumplidas por Crespo, las autoridades locales, sobre todo en las capitales de Estado, hacían cuanto podían contra los liberales nacionalistas, guardando ciertas formas y respetando las órdenes ostensibles de Caracas. En Ciudad Bolívar, por ejemplo, pusieron obstáculos a las reuniones e intentaron romper los retratos de Hernández. En Valencia disponían reclutamientos para que los hombres se escondieran cada vez que proyectaban reuniones los liberales nacionalistas, y así en otras partes, pero es justo reconocer que el general Crespo toleraba protestas, como la que hizo en Valencia contra los reclutamientos, en 7 de agosto de 1897, el eminente institutor doctor J. de J. Arocha, candidato liberal nacionalista a la presidencia de Carabobo; y amparaba la libertad

absoluta de la prensa eleccionaria, dando así ejemplos que no se habían visto, como hemos dicho, desde los tiempos de Soublette. ¿Qué proporciones habría adquirido la personalidad histórica del valiente llanero, si hubiera llevado este sistema hasta el fin?

En la propaganda Hernández se empeñaba en que se hicieran ensayos con el objeto de que el día de los comicios los hombres supieran lo que debían hacer y los requisitos que se requerían para votar, precaución fácilmente explicable con sólo considerar que en los últimos 50 años no se habían efectuado elecciones, salvo raros simulacros siempre irritantes por la falsedad y descaro de las autoridades. El doctor Arocha decía: "Nuestra misión es educar y preparar a los hombres para el día de los comicios". En todo el país se trabajaba con actividad. En agosto ya el partido contaba 35 periódicos.

De Ciudad Bolívar marchó Hernández por el Oriente del Guárico hacia los Valles de Aragua y Carabobo: estuvo en Calabozo, Ortíz, Villa de Cura y Valencia, a donde llegó el 28 de agosto; el 30 entraba a Caracas.

Cuando Hernández fué puesto en libertad, después de la campaña de Queipa, durante la presidencia de Andrade, dijo en un manifiesto que sus partidarios sumaban las nueve décimas

partes de la población; mas un inteligente liberal histórico, el Dr. Carlos Tamayo, en una reunión de nacionalistas amigos suyos personales, replicó: "y **nosotros somos la décima parte, pero con bayonetas**". El episodio tuvo lugar en La India, célebre café de Caracas, día domingo, cuando muchos nacionalistas celebraban el manifiesto. No aludía solamente el liberal amarillo a las fuerzas armadas del Gobierno, sino a la estructura política del país, especie de pirámide formada por los comisarios de caseríos, barrios y veredas, jefes civiles de municipios y distritos, presidentes de estado, caudillos locales y empleados públicos, pirámide que corona el presidente de la república y resulta impenetrable cuando el poder está bien asentado. Este conjunto de funcionarios, en lo político, por regla general, considera que su principal deber es el cumplimiento de las órdenes que bajen de arriba aún cuando vayan contra la ley; y mueve fácilmente a la masa ignorante, en la que se reclutan los ejércitos. La población consciente se extiende a los pies de la pirámide, sin cohesión alguna, como las arenas del desierto....

De aquí se deduce que la fórmula de Hernández no era exacta. Ha debido decir que su partido sumaba las nueve décimas partes de la población consciente, y, aunque este nume-

roso partido abarcaba todas las clases sociales, desde las más ilustradas hasta la más pobre e ignorante, no tenía engarce en la estructura política dominante, única fuerza que mueve la clase ignara o neutra, por lo que los partidarios de Hernández, cuando fueron a la guerra, siempre encontraron en los campos de batalla fuerzas superiores, aunque sus adversarios no gozaran de prestigio político.

BURLA DE LAS ELECCIONES

Llegado el día de las elecciones, el 1° de setiembre de 1897, las plazas públicas amanecieron llenas de hombres de los campos, traídos por sus comisarios y jefes civiles, cada uno con su **cobija de calar** y un machete. El procedimiento de la recluta no era nuevo: lo había usado Monagas el 24 de enero llenando la víspera los caminos inmediatos a la capital de hombres de esta clase, y Guzmán Blanco y otros presidentes también lo usaron en diversas ocasiones, especialmente **para llenar las barras del Congreso.**

El honorable hombre público doctor Juan José Abreu nos ha referido que él presenció la organización de estas bandas en el pueblo de San Antonio de los Altos. El general Víctor Rodríguez llegó solo al pueblo la antevíspera de las elecciones, llamó al jefe civil y a los co-

misarios y en pocas horas éstos recogieron a los ciudadanos, cada uno armado de su machete, y convenientemente racionados fueron conducidos a la capital. Lo mismo se hizo en todos los alrededores de Caracas, y se dió el caso de que uno de estos grupos, procedente del Tuy, que había oído las prédicas nacionalistas, cuando recibía orden de gritar "Viva Andrade", gritaba maquinalmente "Viva el Mocho Andrade".

En el momento de la elección todos estos hombres del campo llevaban el machete debajo de la cobija. Hernández trató de entrar con sus amigos a la plaza de Candelaria, a cuya parroquia pertenecía, y no pudo porque los hombres del campo la ocupaban toda. Entonces levantando la cobija de uno de aquellos hombres y dirigiéndose al jefe civil, general Antonio Ramos, le dijo: "general Ramos, conste que estos hombres son del campo, y están armados de machete". Idéntico espectáculo se vió en las otras plazas de la capital y en algunas ciudades. En el resto del país, donde el ciudadano independiente inspira menos respeto, los procedimientos fueron todavía más sencillos. En Puerto Cabello, por ejemplo, los nacionalistas admirablemente bien organizados por Angel María López, idealista tan puro, activo y constante como Hernández, acudieron en

Candidatos presidenciales para 1898.
1º—Gral. Ignacio Andrade. 2º—Dr. Juan Pablo Rojas Paúl. 3º—Dr. Juan Francisco Castillo. 4º—Gral. F. Tosta García. 5º—Gral. José Manuel Hernández (El Mocho).

gran número a las plazas públicas, pero no se dejaron ver las autoridades civiles, y sin estar éstas presentes, según reciente ley, los electores no podían designar quien los presidiese. Poco después las autoridades publicaron el resultado favorable a Andrade, y decían cínicamente que los andradistas habían asistido a las plazas en la madrugada.

Por dar aspecto de legalidad a su gobierno, permitió Crespo la propaganda electoral, pero después de conmovida la república fué un grave error el método brutal empleado para impedir que los ciudadanos fueran a depositar sus votos. El mismo Crespo, cuando lanzó su candidatura en 1887, protestó contra la represión empleada con sus partidarios, como ya lo hemos expuesto páginas atrás extensamente.

Dichas protestas en aquel año no tuvieron consecuencia; Rojas Paúl fué electo presidente, y Crespo, que a la sazón no encarnaba ninguna reforma política, fracasó en sus intentonas revolucionarias. Ahora la situación era distinta. La propaganda eleccionaria había creado solidaridad. Frente al poder se levantaba un partido empeñado en cambiar los procedimientos arbitrarios que impedían el ejercicio de todo derecho, el país había concebido esperanzas de un mejoramiento en las prácticas políti-

cas y administrativas, y un hombre enérgico, que había sabido inspirar confianza, estaba resuelto a vindicar los derechos del pueblo.

El mismo 1° de setiembre, Hernández escribió al señor Angel María López: "Por las noticias que tengo de diversos puntos y lo que he presenciado en Caracas, deduzco que la coacción del libre sufragio de los pueblos ha sido general en todo el territorio de Venezuela. La actitud del partido en el Distrito Federal debe servir de norma a todos los electores que me honran con sus votos, actitud que puede sintetizarse en una protesta formal contra las vías de hecho, y en los recursos judiciales que la ley nos concede". A la vez el presidente de la Junta Directiva, doctor Alejandro Urbaneja, quien ya se destacaba en primer término por su consecuencia y constancia, pasó una circular pidiendo a cada localidad los documentos en que constase todo lo sucedido el día de las elecciones para intentar las acciones legales del caso.

Dos días después Hernández telegrafió a las juntas seccionales que se ocupaban en reclamar nuestros derechos ante la Corte Federal, telegramas que en su mayoría no llegaron a su destino. Desde este momento se observó en las autoridades un cambio completo en su conducta hacia los nacionalistas, lo que no dejó

duda de que apelarían a la fuerza para impedir los procedimientos anunciados, y naturalmente esto produjo la necesidad de la defensa. A mediados de octubre ya los nacionalistas conspiraban y Hernández y centenares de sus partidarios fueron reducidos a prisión.

El Congreso reunido en febrero de 1898 encontró que Andrade había obtenido casi todos los votos y fué declarado presidente electo de la República. La guasa popular dijo que Hernández se quedó con las **masas,** Andrade con las **mesas,** Rojas Paúl con las **misas,** Tosta García con las **mozas** y Arismendi Brito con las **musas.**

Crespo quería que en el momento de la ceremonia de la entrega del poder estuvieran las cárceles vacías, y el día que se reunió el Congreso, el 20 de febrero, puso en libertad a Hernández y demás presos. Pero la casita del candidato popular, entre las esquinas de Miguelacho y la Misericordia, pequeña y llena de gente a todas horas, estaba estrechamente vigilada. Un grupo de policías en la esquina observaba constantemente la casa, otro los alrededores de la manzana, y muchos espías, entre los visitantes, no perdían de vista al dueño de la casa.

¿Qué partido tomar en estas circunstancias? Esperar cuatro años para repetir el en-

sayo era inútil, ante la perspectiva de la futura candidatura del general Crespo. Este, en previsión de una guerra, había dividido el país, el 1° de febrero, en cinco circunscripciones militares y se había atribuído la más importante que abarcaba todo el centro de la República. En sus manos estaban la pirámide oficial, los parques y todas las fuerzas armadas del país. Andrade era un hombre de paja.

Hernández, empeñado en establecer una práctica desconocida en la república, habíase limitado de buena fé a la propaganda pacífica, y así lo esperaba Crespo, el cual al despedir a Hernández en los corredores de Santa Inés, en el momento de empezar éste la gira, le había dicho recalcando las últimas palabras: "Usted tendrá garantías **para el pro ce so e lec cio na rio**" (6) y al gobierno no se le hubiera escapado ningún preparativo bélico. Pero había regiones donde se podía improvisar un alzamiento. Una de ellas era la sierra de Carabobo y los llanos inmediatos que demoran al Sur, llamados Los Hatos Barreteros. Aquí, como en otras partes, las poblaciones habían sufrido mucho con el triunfo de la revolución de 1892, el embargo de propiedades y persecuciones consiguientes. Tanto en la sierra como en la parte llana inmediata existían muchísimos hom-

(6) En presencia del joven Emigdio Daboín.

bres de todas las clases sociales que se habían adscrito al partido liberal nacionalista. Es una región rica en caballos y ganados, de hombres trabajadores y de población guerrera. La propaganda revolucionaria se hizo en cuatro meses, de octubre a febrero.

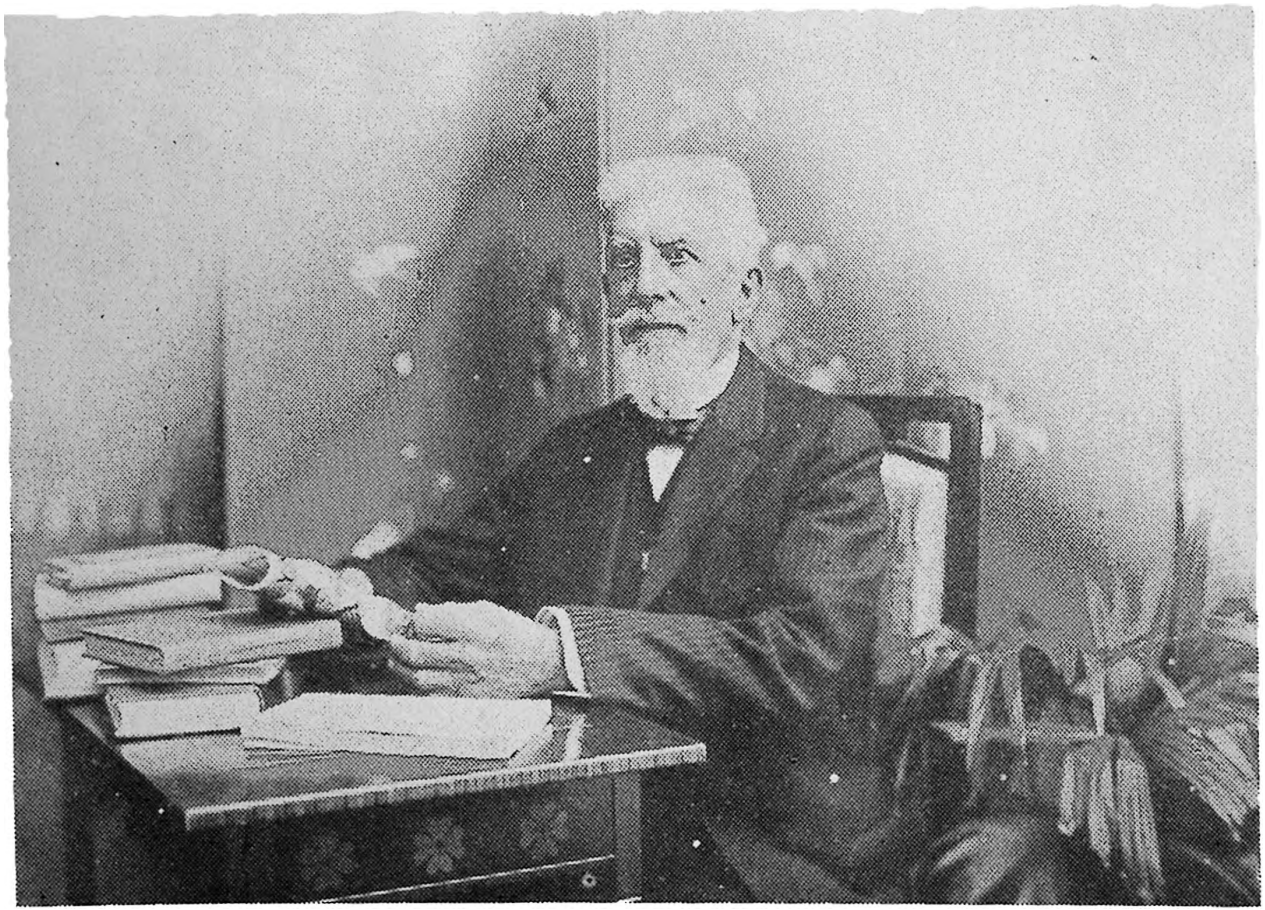
Pero ¿cómo dirigirse Hernández de su casa, donde estaba vigilado constantemente por dos secciones de policías y por espías que se remudaban como oficiales de guardia, a la sierra de Carabobo? Después de discutir otros métodos, se adoptó el siguiente: Hernández se fingió enfermo el 23 de febrero y sólo entró a verlo su médico el doctor David Lobo. A los amigos íntimos se les decía que no podía recibir. Poco después de la oración llegó el señor Eloy Escobar, quien secundaba a Urbaneja en todos sus trabajos, disfrazado con anteojos oscuros, espesa barba, levita y sombrero alto, acompañado por dos señoras de edad. Pasaron al cuarto. Un rato después volvieron a salir las señoras con Hernández, que se había puesto el disfraz de Escobar tan bien arreglado que no inspiró sospecha alguna a los espías. El mismo coche de alquiler que había llevado a Escobar, condujo a Hernández y a las dos señoras casa del señor Felipe Llamozas, de la esquina de Piñango a la de Camino Nuevo, a mano izquierda. Allí cambió de coche y fué

a la casa de Escobar, Reducto a Miranda Nro. 24, de donde se había despedido el servicio, y una sola persona, el autor de este relato, lo esperaba. Luego llegaron David Lobo, Eloy y José María Escobar y Juan José Michelena. Hernández firmó muchas cartas preparadas de antemano, y a la una de la madrugada salió a pié acompañado de Eloy Escobar y Michelena hacia Palo Grande, cerca de la estación del ferrocarril, a la casa del conductor del tren Rafael Ramos, hombre honrado y partidario decidido, natural de Trujillo, que se había prestado a conducirlo a Valencia. Un incidente estuvo a punto de trastornar el proyecto, y fué que en la oscuridad de la noche no encontraban la casita de Ramos, situada en un barrio irregular y de casas sin número. Hernández resueltamente tocó en la botica de San Juan cuyo dueño, el señor Enrique Tejera, le era adicto y por fortuna conocía la casa. Llegados a ella, se retiraron los acompañantes, y Hernández y Ramos se dirigieron a la estación de Palo Grande, solitaria en aquella hora. Ramos introdujo a Hernández en el wagon de equipajes y cuando éste fué conducido, a las 6 de la mañana, a la estación de Santa Inés, en el tren ya formado, Hernández quedó acostado en una especie de escaparate muy ancho en que se guardan palas y azadas para trabajos de emergencia.

A las 7 llegó Eloy Escobar. En la estación estaban el jefe de policía Hipólito Acosta y muchos agentes que iban de ordinario a vigilar el tren. Crespo se había dejado ver en el jardín de su casa, frente a la estación, rodeado de oficiales armados y de retenes de tropa en el cerro inmediato, y no sospechaba el drama que germinaba a su vista y a pocos pasos de él, a pesar de sus guardias y de la activa vigilancia de la policía, ni las tremendas consecuencias de haber estorbado las elecciones después de consentir el ejercicio de la propaganda electoral. Contradicción manifiesta sólo explicable por el hábito de resolver las cuestiones políticas a gusto del poder sin encontrar las resistencias que en pueblos avanzados opone la opinión pública. Quizás influyó en la conducta de Crespo al consentir la propaganda, el recuerdo de sus protestas a que nos hemos referido, contra la represión empleada por Hermógenes López sobre sus amigos en los días en que debió efectuarse el proceso eleccionario de 1887, represión que produjo, como va dicho, su ruptura con Guzmán Blanco. La tranquila presencia de Crespo en el jardín de Santa Inés en aquella fría mañana de febrero, era un reflejo de la seguridad del gobierno respecto al candidato popular estrechamente vigilado por el espionaje y la policía, en la casita de la es-

quina de Miguelacho, y naturalmente destinado a volver a la cárcel. Júzguese del asombro que produjo, primero su desaparición de la capital y enseguida el alzamiento en el corazón de la sierra de Carabobo. Hernández, acostado en el ancho y chato escaparate del wagon de equipajes, sobre un lecho de palas y azadones, daba la impresión de esas estatuas yacentes de heroes y santos de siglos pasados; pero lleno de vida y rebosando energía debía presidir uno de los esfuerzos armados más grandes que ha realizado el país en favor de los principios republicanos. Dos veces, a la entrada a la estación a las 6 de la mañana, y a la salida del tren a las 8 a. m., desfiló Hernández encerrado en su escaparate, a muy pocos pasos del jardín de Santa Inés. Cuando la primera, Crespo no se había asomado todavía y cuando la segunda, ya se había retirado a sus habitaciones.

Partió el tren sin novedad, yendo en él de pasajeros José María Escobar y Vicente Lecuna, comisionados de Hernández, el primero al Guárico y Apure, y el segundo a Falcón y a Lara. Más allá de los Teques, Ramos introdujo a Lecuna en el wagón de equipajes, y cerrado éste con llave, Hernández pudo descan-



Excelente fotografía del Gral. José Manuel Hernández, ante su mesa de trabajo. Fue hecha en San Juan de Puerto Rico en Febrero de 1918.

sar por un rato de la incómoda posición en que se hallaba. En la estación de Maracay muchos policías de Valencia, armados de carabinas invadieron repentina y ruidosamente el tren, en busca de un político ageno al nacionalismo, que viajaba en wagón de segunda clase. Al llegar el tren a Valencia a las 3 p. m. y sacados los equipajes, Hernández quedó libre dentro del wagón cerrado, hasta las 8 de la noche, hora en que lo fué a buscar un correligionario político, el honorable señor Arocha. en el coche manejado por un amigo, y de allí partió a Queipa, a pocas leguas de distancia al sur. Luego salieron de Caracas otros comisionados, entre estos Angel María López, hacia el Occidente de Carabobo y Costa de Puerto Cabello.

REVOLUCION DE QUEIPA

EL ALZAMIENTO

El doctor José de Jesús Arocha fué en coche a la estación a buscar a Hernández, sirviendo de cochero un caballero distinguido, partidario fiel, de nombre Eustaquio Fernández, dueño de una cochera. De allí lo llevaron al sitio de la Loma, a la salida de Valencia, donde montó a caballo y acompañado de Leopoldo Ortega, joven de grandes cualidades morales, y del general Daniel Pérez Borges, viejo oficial godo, siguió camino sin pérdida de momento, y a las dos horas de marcha, llegó el mismo día de la salida de Caracas, 24 de febrero, a un rancho de **varas en tierra,** hecho especialmente en la montaña del Socorro, en la posesión limítrofe con Queipa, por el lado oriental. El general Evaristo Lima, político distinguido, antiguo liberal, vino de su casa de Queipa a hablar con Hernández. Se acordó el alzamiento para el día 2 de marzo. Lima, viejo federalista, exigió a Hernández modificara el manifiesto preparado y Hernández aceptó de

buen grado, porque en su ánimo no abrigaba prejuicios políticos contra personalidades políticas, ni menos contra los principios liberales y federalistas que aceptaba en toda su amplitud.

La finca de Queipa, donde se realizó el alzamiento, constaba de una hacienda de caña de 150 tablones, y de un potrero con 500 vacas, pertenecientes a don Evaristo Lima. Este puso sus hijos y sus recursos al servicio de la revolución.En el acto empezóse a obrar. Se mandaron postas a toda la sierra y al llano que demora al sur, yendo a la primera y a Vigirima los hijos mayores de don Evaristo: Antonio, Manuel Felipe y Alfonso (7); y Evaristo Lima hijo, y Salvador Barreto al hato del general Luis Loreto Lima y a los de otros muchos llaneros en los Hatos Barreteros.

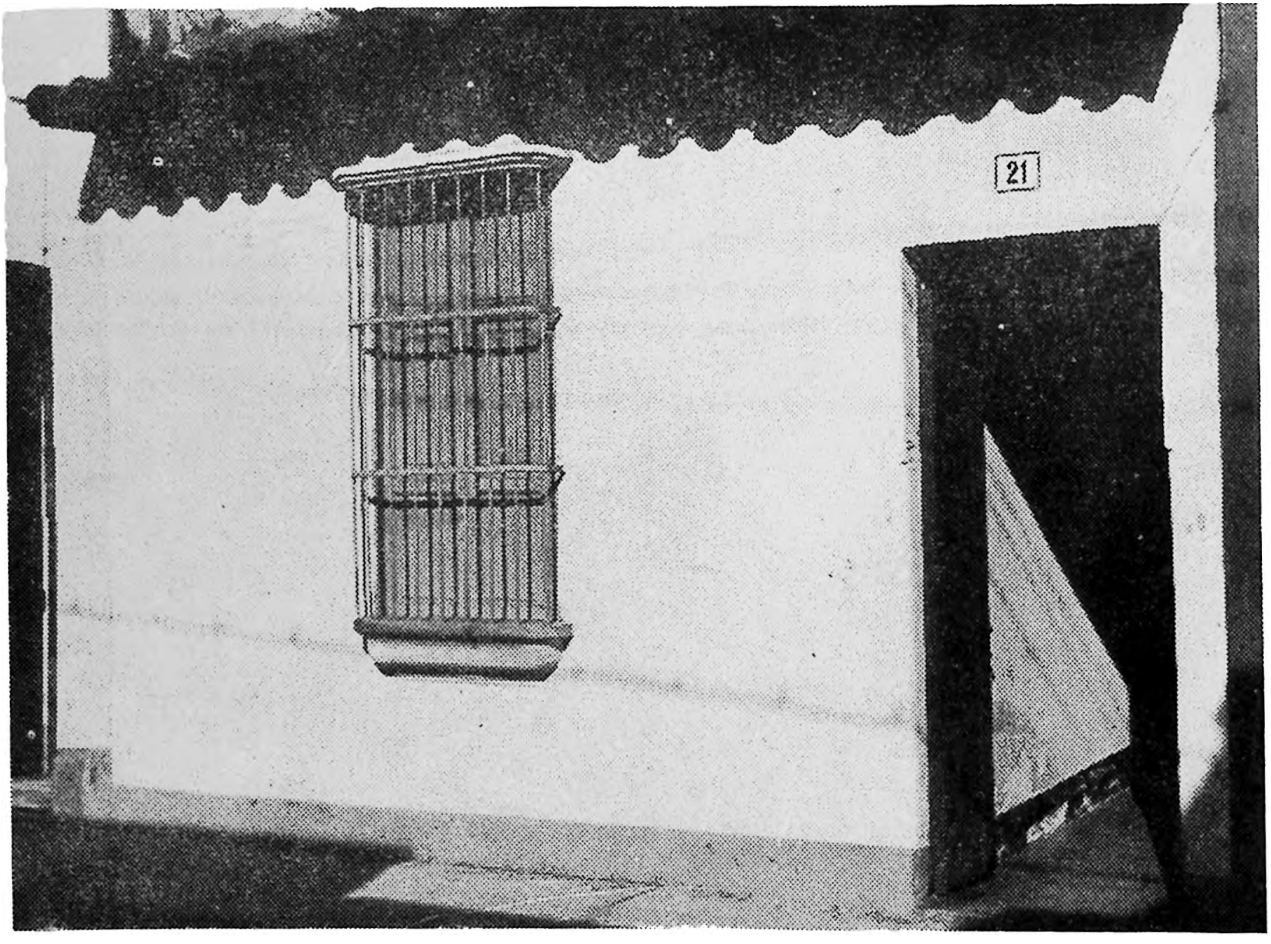
Dos días después llegaron de Caracas Pedro Merentes, Pedro Pérez y Gustavo Tirado y no fueron muchos otros por el sigilo en que se mantuvo el proyecto. Se contaba que de la sierra bajarían en la madrugada del 2 de marzo varios jefes con la gente que pudieran reunir, a saber: Carlos Lovera y Maximiliano Gosling,

(7) Salvador Lima fué a Valencia a hacer imprimir la proclama de Hernández.

ambos jefes de batallón en la guerra legalista; Juan Chávez, viejo soldado federalista, Cirilo Pelayo y Juan Hilario Hernández, de los Naranjos; se esperaba también a Tomás González de La Laguna; y de Valencia a Juan Loaiza y Aquiles Mancebo. Pero como en dicha ciudad se sospechó, por un aviso de El Yagual, lo que iba a pasar, se anticipó el movimiento y Hernández tuvo que salir alzado con sólo 45 hombres que se pudieron reunir en Queipa: lo acompañaban don Evaristo Lima y sus hijos, Leopoldo Ortega y José María Gordils.

El 1° de marzo en la noche marcharon hacia la sierra por el camino del Aguacate, buscando a Paya por Charcolargo y la Arenosa, a fin de incorporar a Gosling, Lovera, Amalio Aparacio y Gregorio Matute. Todos concurrieron menos Lovera, a causa de una reciente herida recibida en su trapiche, y Maximiliano Gosling, ausente en Valencia donde fué reducido a prisión. Fué tan oportuna esta salida que al pasar la partida de Hernández de la encrucijada del camino de Valencia a la Sierra, con el del Aguacate, vieron venir de Valencia 200 hombres del Gobierno al mando de Juan Fajardo, oficial veterano, quien durmió en Queipa esa noche, mientras Hernández,

marchando en toda ella, fué a amanecer a Paya, hacienda de caña situada en el corazón de la sierra. Allí levantó Clodomiro Duarte, oficial de Maximiliano Gosling, 80 hombres con el parque de 30 remingtons, 3 winchesters y varios cubanos pertenecientes a este último. Con este refuerzo la facción contaba 125 hombres, de los cuales 70 bien armados: 45 de remingtons, 10 de mosquetones, 15 de winchesters y los demás de escopetas y cubanos.



Casa propiedad del Gral. José Manuel Hernández, situada en la Parroquia de Santa Rosalía, en Caracas, entre las esquinas de Miguelacho y Misericordia. Es la más pequeña de la cuadra y de la parroquia.

PRIMEROS MOVIMIENTOS

El día 2 de marzo —con sólo cuatro horas de descanso— siguieron a las 8 a. m. por Cachinche hacia la parte central de la Sierra Occidental de Carabobo. Fueron a dormir a Caramacate, habiendo caminado 5 leguas por cerros muy empinados. En Cachinche atravesaron el camino real de Valencia al Pao.

De Caramacate se dieron órdenes a Gregorio Matute (viejo godo), a Amalio Aparicio y a los Calanche, alzados en las sierras limítrofes de Cojedes y Carabobo, de que procuraran aumentar sus fuerzas. En este día la de Hernández ascendió ya a 200 hombres. Permaneció en esta sierra hasta el 5, moviéndose, en esos días, con toda su columna por Mundo Nuevo y Mata de Cuero, dando tiempo a que se formaran las guerrillas que debían concurrir a la concentración fijada en las Cañadas, donde se incorporaron el oficial veterano Samuel Acosta, un joven distinguido Santiago Maza,

Juan Lesensaba y varios artesanos de Valencia con su capitán Jesús María González, albañil de profesión.

Se habían alzado además Pedro Conde, en Bejuma, y Eustaquio Rodríguez, en Sedeño, oficiales conservadores de renombre; Antonio Quintero en Cerro Azul y Antonio Vita (italiano) en Santa Rosa, ambos agricultores y comerciantes; Manuel Vicente Dorta en Montalban; Francisco Lucena cerca de Nirgua, y Bernabé Mora, zambo enérgico y caballero, propietario en los cerros de Tucuragua, de Sierra Pelona, con su segundo, el general Carrasco, federalista, oficial de Matías Salazar, apellidado el Mono (8); Jesús María Guerra, también federalista de Matías Salazar; Manuel Felipe Oliveros y Wenceslao Sánchez.

De esta parte de la Sierra, donde estuvo Hernández, como va dicho, hasta el día 5, partió para las Palomeras, en la Sierra Occidental, por el Sur de Tinaquillo, pasando cerca de Vallecito. Salió el 6 y llegó a las Palomeras el día 9 de marzo. En esta marcha se incorporaron Bernabé Mora y Eustaquio Rodríguez, ambos valientes y de prestigio, con 150 hom-

(8) Murió en el combate del Carmelero el 16 de abril.

bres cada uno, reuniendo Hernández con ellos 500 hombres, la mayor parte armados con viejos fusiles cubanos, y los menos con winchesters y remingtons. En la Cañada se habían organizado dos columnas así: la "2 de marzo" (los de Queipa y parte de la gente de Paya) a las órdenes de Samuel Acosta y José María Gordils; la "4 de marzo" a las órdenes de Amalio Aparicio y Remigio Hernández; en el punto de Vaca Vieja se formaron dos columnas más: la "Tucuragua" al mando de Bernabé Mora y del federalista Carrasco, y la "Sedeño" con Eustaquio Rodríguez y Rafael Ruíz, el primero de la revolución legalista y el segundo conservador viejo de Guacara. Gregorio Matute quedó en la Cañada organizando otras fuerzas. En Vaca Vieja se incorporaron el célebre Pedro Conde, Vita, Quintero, Dorta y Lucena.

En estos días, 9 de marzo más o menos, llegó el General Crespo a Valencia con tropas numerosas.

Afortunadamente para los revolucionarios, Juan Fajardo había permanecido en las sierras del Sur de Carabobo con su columna de 200 veteranos, sin intentar la persecución de Hernández, engañado por el alzamiento de

Daniel Pérez Borges en el Socorro, cerca de Queipa, y las partidas de Juan Chávez, Cirilo Pelayo y Juan Hilario Hernández, que no se habían podido incorporar al jefe nacionalista. Fajardo regresó a Valencia, y su reemplazante Ernesto Pérez Rivero derrotó a estas guerrillas en Panduro en los primeros días de marzo, quedando entre los muertos nacionalistas Francisco Hernández, agricultor estimable del lugar.

ENTRADA A TINAQUILLO

De las Palomeras se movió Hernández (el 10?) hacia Tinaquillo por el Helechal. En dos días llegó a Tinaquillo donde entró sin resistencia (el 12?), retirándose las autoridades, y siguió marcha a las dos horas de haber entrado a la plaza, buscando otra vez a las Cañadas. En Guabimas despachó a Conde, Quintero, Vita, Lucena y Dorta, con sus guerrillas mal armadas, a levantar más gente y a distraer y estorbar a los enemigos, camino del pueblo del Pao de San Juan Bautista. En este pueblo se separó de nuevo Gregorio Matute con su guerrilla que se había incorporado en la marcha. En Tinaquillo se incorporaron Rafael Abad Hurtado con 25 jinetes y Alfredo Franco, Félix Hurtado, Pedro González Pérez, Carlos Matute y otros jóvenes voluntarios. Hernández, en esta marcha forzada, estuvo poco tiempo en las Cañadas, fundación de ganado del viejo Matute, situada en la Sierra de Cojedes, en terrenos entrellanos como seis leguas al Noroeste

del Pao. Allí llegó la noticia de que el general Crespo había pasado a Tinaquillo cuando en realidad marchaba de Bejuma a Nirgua, como luego veremos, hacia donde creía encontrar a Hernández por los alzamientos de esa región de que hemos dado cuenta.

Días atrás se había alzado el célebre jefe llanero Luis Loreto Lima en el hato de Mal Paso, de don Magdaleno Barreto, diez leguas al sur del Tinaco, vía del Baúl, con 50 hombres a caballo. Enseguida salió para el Tinaco adonde entró el 9 de marzo con 200 jinetes, cuando ya se le habían incorporado Froilán Barreto, llanero respetable, circunspecto y enérgico; Teodoro Barreto del hato del Venado; Modesto Barreto del Totumo Barretero; Salvador Barreto, del hato de la Trinidad, y Evaristo Lima hijo que había llevado la orden del alzamiento, y Manuel Claro Barreto, de las Babas, todos valientes y animosos, de la notable familia de llaneros, hombres independientes y de trabajo que dominaban aquellas sabanas. También se incorporaron Julio Sánchez, excelente jefe de escuadrón que pronto debía distinguirse, y Rafael Montenegro, de la Trinidad, ambos hijos del célebre lancero de la guerra federal Anselmo Heredia, alias Málaga.

Mientras se efectuaban estos movimientos del general Hernández, el general Crespo que había llegado a Tocuyito el 11 de marzo, recorría los pueblos de Miranda, Bejuma, Salóm y Nirgua donde se detuvo tres días mientras Hernández regresaba a la parte oriental de la Sierra de Cojedes. Luego siguió Crespo por el Caballo Negro, Vaca Vieja, Cumbre de Vera y Cabecera del río Tamanaco al sitio de Tacamahaca, entre Tinaquillo y Pegones. Al otro día fué al Salto, y al siguiente, (18?) de marzo, entró al Tinaco.

Crespo había despachado a Gallegos el 11, de Tocuyito a San Carlos, con cinco batallones y un escuadrón, por todo 1.500 infantes y 70 jinetes, pero este jefe marchó con tal lentitud que no pudo alcanzar a Luis Loreto Lima, quien había salido el 9 del Tinaco rumbo a la Platera y que después de un rodeo por las Babas y el Venado presentóse de improviso, el 11, en San Carlos con 300 jinetes, tiroteó la pequeña guarnición de 80 hombres al mando de Coromoto Alba, tomó en la casa del señor Widemann un dinero propio, y enseguida por la vía de las Babas se fué al Baúl.

Poco después Hernández (el 14) marchó al Sur buscando a Luis Loreto Lima. Pasó por una sabana nombrada Rincón de Toros y se dirigió al Guamito, casa del general José Ro-

dríguez, adonde debía encontrarlo. Luis Loreto Lima había entrado al Baúl después de un ligero combate en el que tuvo dos muertos y siete heridos; incorporó a Ramón Matute Román, a Víctor Rebolledo y a Cornelio Flores, cada uno con un grupo de jinetes, por todo 100 hombres más o menos, y regresó a marcha precipitada a unirse a Hernández en el Guamito, lugar situado tres leguas al Noreste de los hatos barreteros.

Allí se reunieron alrededor de 700 hombres de los cuales 400 infantes y 300 jinetes, restando atrasados y enfermos. Este punto de el Guamito está en pleno llano. En los días 15 y 16 la fuerza marchó al Occidente, y en este último día tropezó la caballería de Luis Loreto que iba adelante, en Orupe, a mitad de camino del Tinaco a San Carlos, con la división de Gallegos, pero sólo hubo un ligero tiroteo por haberse arrimado Gallegos hacia los cerros después de haber dejado en manos de Lima algunos prisioneros entre ellos el general Lorenzo María Guevara del Tinaco. Pocos momentos después llegó Hernández con la infantería y todos juntos guiaron hacia el Tinaco. (9).

(9) Durante la escaramuza de Lima, Hernández venía marchando por la Peñita a dos kilómetros de distancia.

Interior de la Casa del Gral. Hernández.

Cuando Gallegos entró a San Carlos, el 16, llegaba a la misma ciudad Julio Montenegro con las fuerzas de Guanare; el 17 se le incorporó Juan Salustiano Mosqueda con un batallón y un escuadrón del Pao procedente del Tinaco, y como Gallegos tuviera al mismo tiempo informes de que Hernández había entrado al Tinaco, apenas hubo salido Mosqueda de dicho pueblo, despachó a éste y a Julio Montenegro el 17 con 700 hombres contra los revolucionarios; pero sucedió que Montenegro y Mosqueda, a quien encontraron en el Tinaco no fué a los revolucionarios sino al propio general Crespo, que venía llegando del Salto, pues Hernández sin detenerse siguió vía del Pao, y luego de la Peonía contramarchó a los hatos barreteros. Todas estas idas y venidas prueban que aquellos jefes subalternos de Crespo no tuvieron buenos espionajes ni la resolución firme de lanzarse sobre los enemigos.

¿Qué hizo el general Crespo en el Tinaco? Tomó informes sobre la extensión que habían dado a la insurrección los miembros de la numerosa familia Barreto, envió espías en todas direcciones, dictó diversas órdenes a sus columnas y siguió la vía del Pao. En la casa de don Félix Barreto, ex-presidente del antiguo Estado Cojedes, dijo públicamente: "Cuando yo coja este Mocho, los Barreto beberán leche si

jincan un matapalo". Tales eran las prácticas llaneras en nuestras luchas civiles. Menos de treinta días después, caía Crespo en la sabana del Carmelero.

El general M. M. Gallegos, en un artículo periodístico, proporciona estos datos de las operaciones del general Crespo: el 22 de marzo, de las Cañaditas, dió orden a Gallegos de mandar dos batallones a Lagunitas para cerrarle a Hernández el camino de la selva de Turén, y en efecto fueron despachados en el acto los batallones de Donato Rivero y Miguel Hernández. El 23, informado de la reciente contramarcha de Hernández, ordenó enviar a Quintana con un batallón a Tinaquillo, juzgando posible que Hernández se dirigiera a esa plaza, pero Quintana llegó después de haberla tomado y desocupado Hernández, como veremos enseguida. El 26, Crespo, desde el Pao, dió órdenes para que los dos batallones que habían marchado a Lagunitas, y uno que se hallaba en San Carlos, se enviaran a Tinaquillo al mando de Julio Montenegro, y el 28, cuando ya sabía la toma de Tinaquillo y el regreso de Hernández al Sur, modificó esta orden disponiendo que estos batallones, guiados por un buen baqueano, siguieran a su campamento, y en efecto se le incorporaron el 3 de abril en el hato del Totumo, propiedad de Modesto Barreto. De aquí dispuso Crespo

que Gallegos le remitiera los dos escuadrones de Ospino y El Baúl. Gallegos quedó en San Carlos reducido a la columna de Gómez Leal de 200 hombres y custodiando un parque. Estas órdenes fueron motivadas por los siguientes movimientos de Hernández.

El 18 (?) de marzo en la tarde marchó la fuerza nacionalista a Campo Alegre (3 leguas) donde durmió. El 19 pasó por el hato del Totumo Barretero, hacia el Potrero, al pie de las Galeras de Cojedes, donde se vió obligada a pernoctar por un accidente que sufrió Hernández en el camino a consecuencia del exceso de trabajo y de noches sin sueño. En esta marcha se incorporaron el Dr. Valentín Salguero, farmacéuta y médico práctico del Tinaco, quien asistió a Hernández, y siguió en el ejército hasta el término de la Revolución, y las fuerzas de caballería de Modesto y Teodoro Barreto. Hernández fué conducido en hamaca hasta el hato de las Babas.

COMBATE DE TINAQUILLO

Restablecido prontamente, el jefe liberal nacionalista movió el ejército el 20 en la tarde, a marchas precipitadas, rumbo al noroeste, buscando la Sierra de Tiramuto a sorprender a Tinaquillo, por noticias de que allí había un parque custodiado por unos 100 soldados solamente. En esta marcha dejaba a su izquierda el camino de las Babas al Tinaco, y se alejaba de las columnas del general Crespo, quien se dirigía del Tinaco hacia el Pao.

De un punto cerca de Tiramuto siguió Hernández hacia la abrupta serranía de Campo Alegre para entrar a Tinaquillo por la vía de las Placitas, o sea por el sur de Tinaquillo. Llegó a esta plaza el 24 de marzo a las 6 a. m., es decir, después de cuatro o cinco días de marcha, dando rodeos por las serranías, según las noticias que recibía de los diferentes cuerpos del enemigo.

Fué una sorpresa para el general Crespo y para la pequeña guarnición de la plaza, pero no completa para esta última, pues supo el movimiento al amanecer y estaba preparada a combatir. Eran 140 hombres, contando algunos jinetes, y todos tomaron posición armados de máuseres y bastantes municiones. La guarnición se apostó en la Iglesia y la casa fuerte, o sea la casa de Gobierno. Algunas guerrillas ocuparon las manzanas inmediatas a la plaza cubriéndose con las cercas de cardón de los solares. Unas partidas de Hernández, después de media hora de fuego nutrido, corrieron a envolver otras del gobierno. Leopoldo Ortega e Isaac Abadie coparon algunas de estas últimas por la parte oriental del pueblo; Manuel Felipe Lima y Pedro Gonzalo Pérez, quien murió allí valerosamente, hicieron otro tanto por la parte occidental; mientras Samuel Acosta, Bernabé Mora y Eustaquio Rodríguez rompiendo palizadas atacaban de frente. José María Gordils y Jesús María Guerra con secciones del "2 de marzo" y de "Tucuragua" dieron un rodeo para caer por detrás del enemigo. Los que quedaban del gobierno se redujeron a la plaza, a la casa fuerte y a la Iglesia. Los de Hernández armáronse con 60 máuseres cogidos a las guerrillas y unas pocas cápsulas. Protegidos por dos carros llenos de

barriles de agua, empujados por soldados, avanzaron por la calle de la Iglesia. Las familias del pueblo proporcionaron cápsulas que habían comprado anteriormente a soldados del Gobierno.

Las columnas llegaron hasta el borde de la plaza mayor, entrando algunos por los fondos de las casas y otros avanzaron a la casa fuerte, situándose debajo de los balcones, donde no podían recibir daño. Se amenazó a los del gobierno con volarlos con dinamita (que no existía) en momentos en que Froilán Barreto —que había sido rechazado al principio con parte de la caballería de Luis Loreto Lima— entraba por el fondo de la Casa fuerte con jinetes a pie y lanza en mano, por una brecha abierta por ellos mismos. Adentro hubo lucha al arma blanca. Rivas cayó prisionero y lo mismo su segundo el comandante Avelino Figuera. Este con tres heridas. Inmediatamente se rindió la Iglesia. Hernández tuvo 15 muertos y 27 heridos, el Gobierno 18 muertos y 40 heridos. Hernández cogió 120 máuseres y cerca de 5.000 cápsulas.

Mientras sucedía el combate, Luis Loreto Lima tenía el grueso de la caballería en la sabana al Naciente de Tinaquillo, vigilando el terreno por donde podían venir los cuerpos del gobierno, y dispuesto a entorpecer su marcha.

Apenas se rompieron los fuegos enviáronse secciones de caballería por diferentes rumbos por donde podía venir el enemigo, lográndose un servicio eficaz y suficiente.

HERNANDEZ BURLA LA COMBINACION DE CRESPO

Informado Crespo del movimiento de Hernández sobre Tinaquillo, dispuso lo siguiente, según noticias recogidas posteriormente por los nacionalistas:

1o. — Una columna de 1.000 hombres al mando del jefe de Estado Mayor, doctor Atilano Vizcarrondo, contramarchó de Vallecito (dos leguas del Tinaco y siete leguas de Tinaquillo) sobre Tinaquillo el 24 en la mañana.

2o. — Otra columna de 600 hombres al mando de Julio Montenegro marchó sobre Tinaquillo el mismo día 24 de marzo, probablemente por el camino de las Palomeras del Tinaco, a caer a Pegones, sabana y altiplanicie situada a dos leguas al occidente de Tinaquillo.

3o. — Una tercera columna, también de 600 hombres, salió por las Placitas buscando las huellas de Hernández, al mando de José Ramón Quintana y Julián Sangrona, también el 24 de marzo.

4o. — El grueso del ejército del Gobierno, calculado en 2.500 hombres por los nacionalistas, pero que no debía sumar más de 1.200 a 1.300 hombres, con el general Crespo a su cabeza, partió de inmediaciones del Pao, por la vía de Cachinche a salir a las Mesas, a tres leguas al Sureste de Tinaquillo. Este cuerpo y el de Vizcarrondo eran los más atrasados en la marcha sobre Tinaquillo. Con el general Crespo venían cuatro batallones a cargo de Widemann, Donato Rivero, Martín Muguerza y Miguel Hernández.

El general Hernández tuvo noticias de estos movimientos, naturalmente incompletas, pero suficientes, desde antes de entrar a Tinaquillo y durante el combate, por lo que apenas se recogió y distribuyó el parque cogido en la plaza, se puso en marcha a la 1 p. m. del mismo día 24 por el camino de los Arucos hacia el Naciente, camino de Valencia. Pero siguió esta vía nada más que media legua y cruzó atrevidamente a la derecha, hacia el sur, por los chaparrales —colinas o pequeños cerros de poco monte— que rodean a Tinaquillo por ese lado. Con este movimiento simulaba buscar al cuerpo que dirigía Crespo en persona y que era el cuerpo enemigo que venía más distante. En el punto de Cerro Gordo se incorporaron Juan Pablo Hernández y José Rodríguez, de Vigiri-

ma, con 180 hombres. Al oscurecer Hernández cambió de rumbo otra vez, y a poco siguió por el lecho de la Quebrada de Matagea, quedando así oculto su movimiento en la oscuridad de la noche. El enemigo se hallaba tan cerca que la descubierta y avanzada formadas por una guerrilla nacionalista de Amalio Aparicio y otra de Gregorio Matute, avisaron a media noche que fuerzas enemigas se hallaban en las cumbres inmediatas a dicha quebrada y al parecer como a un kilómetro más o menos de donde desfilaba Hernández. De las fuerzas de éste se oyeron los alertas de fuerzas enemigas que. según se dijo después, eran probablemente las de Widemann.

Hernández caminó hasta la madrugada por dentro de la Quebrada y fué a amanecer a La Peonía a ocho leguas de Tinaquillo y a tres leguas también al Este del Tinaco. De la Peonía, pequeño hato o fundación de Urbano Barreto, en la entrada del Llano, camino del Tinaco al Pao, siguieron los liberales nacionalistas, sin detenerse, al Caribe, a inmediaciones de Tiramuto, y acamparon en la sierra de Caramacate, como a las 11 del día 25. Abrumados de cansancio se detuvieron allí hasta la media noche. Mataron reses y comió bastante la tropa. Suponían, como era verdad, a todo el enemigo a retaguardia. El 26 de mar-

zo a las 2 de la madrugada marchó la fuerza nacionalista por el camino real del Baúl, caminando al sur, en dirección del hato de la Trinidad, de Salvador Barreto, donde acamparon después de muchas horas de marcha, y siguieron el 27 rumbo a Mata Oscura, y por Pelayerito al Rincón de la Sabana, y fueron a acampar en Agua Verde a las 12 a. m., lugar a orillas del río Tinaco y como a trece leguas al sur del pueblo de este nombre.

CRESPO ACTIVA LA PERSECUCION

Al amanecer del 28, Crespo marchaba con todo su ejército y atravesando la Galera, fué a acampar al mediodía al hato Leandrero o sea el Totumo Barretero, también a orillas del río Tinaco, tres leguas de donde estaba Hernández, pero antes, en ese día, durante la marcha, Crespo se acercó a la retaguardia de Hernández, al norte de las Cajobas, a dos leguas o dos leguas y media solamente, más sucedió que acosadas de la sed las tropas de Crespo, en lugar de seguir a Hernández se desviaron hacia el río, para continuar enseguida la persecución.

El espionaje de retaguardia, a cargo del excelente jefe de caballería Julio Sánchez, vigilaba de cerca a Crespo, y dió aviso de que lo había dejado en el paso de la Canoa. Luis Loreto resolvió darle una sorpresa.

En el verano el río del Tinaco se corta y se reduce a pozos de trecho en trecho. Lima y sus llaneros juzgaron que Crespo se acamparía en la Guamita. En consecuencia, Lima esco-

gió 50 jinetes bien montados y entre ellos los oficiales Leopoldo Ortega, Salvador Barreto, Modesto Barreto, Julio Sánchez, Salvador Lima, Evaristo Lima hijo, José del Carmen García, Rafael Heredia, Juan Pedro Avila y otros, partió por las calcetas y montes del Totumo Barretero, lejos del río, y a las dos y media de la tarde presentóse de improviso en el campamento de Crespo, por el lugar donde acampaba la caballería de éste, compuesta solamente de 40 hombres. Todas las bestias del enemigo pastaban en la sabana, desensilladas y amarradas con cabrestos. Los nacionalistas las arrearon hacia el campamento de Hernández, entraron al campamento enemigo, cogieron la mula que cargaba una ametralladora y dispersaron los primeros grupos de soldados que encontraron haciendo el rancho. Estos abandonaron sus armas en pabellón. Pero los nacionalistas no pudieron seguir adelante. Varias secciones de tropa enemiga apostadas a corta distancia, formaron rápidamente e hicieron fuego violento en todas direcciones. El terreno montuoso protegía a los asaltantes. Estos sólo tuvieron un hombre muerto y pocos caballos heridos. Cuando el fuego se concentró los jinetes de Lima retrocedieron cubriéndose con los montes de las calcetas y llevándose algunos de los caballos quitados al principio.

A las once y media de la noche regresaron al campamento. Según decían habían llegado cerca de la casa donde descansaba el general Crespo.

Dos días antes, Froilán Barreto había ido a recoger bestias y jinetes por los contornos de Campo Alegre, Santo Domingo, La Yagua y hato de la Culata. A su regreso oyó los tiros de la sorpresa del Totumo o la Guamita y al salir a los claros de la Yagua, vió el ejército de Crespo marchando al Sur Oeste por la orilla del bosque del río. En el acto recogió unas majadas de ganado, las colocó convenientemente y las lanzó sobre la retaguardia de Crespo, produciendo desorden en el cuerpo enemigo y la deserción consiguiente. Barreto permaneció en estos lugares durante las marchas subsiguientes de Hernández y el combate del Carmelero.

MARCHA AL SUR

El mismo día, 28 de marzo, momentos después de la reincorporación de Luis Loreto Lima, Hernández emprendió marcha a media noche al Sur Oeste, por Barraguán, y fué a dormir, en la noche del 29, en una sabana muy distante. Al otro día siguió por una gran sabana de Chigüireras, y al medio día acampó en la fundación de Rafael Mejías, quien se incorporó con 30 jinetes. (30 de marzo).

Crespo no llevaba caballería. Quizá por este motivo, en vez de seguir a Hernández, tomó al sur, rumbo del Baúl, bien para incorporar dos escuadrones que se estaban formando allí, o creyendo cortar a Hernández, suponiendo que se dirigía hacia ese pueblo. Hernández durmió en la sabana de las Patillas y torció a la derecha, vía del pueblo de Lagunitas, adonde entró al siguiente día 31 de marzo. En este lugar los nacionalistas coparon una pequeña guarnición de 20 hombres, quedando heridos Rafael Abad Hurtado, jefe de la guardia de

Hernández, y Jacinto Herrera Barreto. Pasaron allí todo el día y a las 5 p. m. fueron a dormir bastante lejos, ya en la selva de Turén. El 1° de abril marcharon por la misma selva en dirección del pueblo de la Aduana y durmieron en plena montaña. No faltó ganado para las tropas. El 2 de abril entraron a Sabaneta de Turén o Villa Bruzual (?), pueblo de 500 habitantes, y siguieron la marcha a dormir otra vez en la montaña. Dentro de esta selva, a trechos grandes, de muchas leguas, se encuentran sabanas y pequeñas fundaciones de ganado. El 3 de abril continuaron marcha hacia la Florida, pueblecito a orillas del río Portuguesa, donde durmieron. En verano el camino de la montaña es bueno, aún para la caballería que siempre encuentra buen pasto.

Al campamento de Hernández llegó la noticia de que el general Crespo, del Baúl había marchado al pueblo de Sucre, a la margen derecha del río Cojedes, en el rumbo que seguían los nacionalistas.

Hernández, de la Florida enrumbó el 4 de abril hacia la Aduana, es decir, al Noroeste, adonde llegó después de dos largas jornadas el 5 de abril en la noche. El 6 de abril siguió a marchas forzadas al Noroeste y así continuó el 7 y lo mismo el 8, día en que acampó en el hato de Mata Urape.

HERNANDEZ CRUZA HACIA EL NOROESTE.

Las últimas marchas, que alejaban a Hernández de los lugares en que había encontrado más ardientes partidarios, podían sugerir a Crespo que los nacionalistas, acosados en Cojedes, continuarían al Sur a la sección Barinas, y consiguientemente era de esperarse que, siguiendo ese rumbo, perdería dos o tres días en la persecución, tiempo que podría aprovechar Hernández para dar un golpe a una de las columnas dejadas a retaguardia. En consecuencia, de Mata Urape cruzó atrevidamente hacia el Noroeste.

A aquel punto habían llegado a las 5 de la tarde y en el acto destacaron un escuadrón de 50 hombres por la vía de Sabaneta de Turén, que iban a seguir para que tuviera preparada carne asada para raciones en el tránsito. Salieron de Mata Urape a las 4 de la madru-

gada del 9 de abril y caminando todo el día, fueron a dormir a Platanal; el 10 siguieron la marcha y con un ligero descanso al mediodía continuaron marchando toda la tarde y la noche del 10 y acamparon en Villa Bruzual o sea Sabaneta de Turén, el 11 de abril a las 11 de la mañana. Repartieron a la tropa carne de marrano y otros víveres. Continuaron la marcha a las 5 de la tarde y muy avanzada la noche se detuvieron en un punto situado media legua antes del pueblo de Píritu. El 12 de abril entraron a éste muy temprano, pasaron de largo y acamparon a dos leguas del pueblo de la Aparición de la Corteza; siguieron el 13 y entraron temprano (8 a. m.) en dicho pueblo. Prosiguieron la marcha a las 4 p. m. y pernoctaron en el sitio de Belona, en plenas sabanas del río Guache. No lejos se veían montes altos de la selva de Turén.

Mientras tanto el general Crespo hacía marchas tan incesantes como Hernández. De las márgenes del río Tinaco se dirigió al caño de Santo Domingo, el 1° de abril, y luego al paso de la Ave María Leonera, muy cerca del Baúl. De allí siguió a San Miguel, donde se detuvo dos días, el 3 y 4 de abril. En esos parajes incorporó dos escuadrones. Al otro día

cruzó el río Tinaco, atravesó el Baúl y remontando por la izquierda del río Cojedes fué a acampar en el Eneal. Luego sus marchas fueron por Santa Rita, el 6 de abril, Santa Cruz (?) el 7 de abril y El Amparo (?) el 8 de abril. Enseguida acampó en la punta de la selva de Turén, en un pueblito nombrado El Playón. El 10 de abril se hallaba en Santa Rita.

Por la Florida esguazó el Portuguesa el 11 de abril a las 10 de la mañana y fué a pernoctar al hato del Castaño, en plena sabana. Otra marcha larga lo condujo a la Aduana, el 12 de abril, ya bien informado del rumo de Hernández, y fué a dormir en el charco de Guamito donde había vivaqueado Hernández. Luego pasó por San Pedro y por el Hoyo. Allí dejó atrás a Miguel Hernández con dos batallones, el parque y la impedimenta, con orden a este último de pasar por Acarigua y San Carlos. Luego pernoctó sucesivamente en Payara y Cojedes. A este punto llegó el 15 de abril cuando Hernández se batía en el Carmelero con la división de Arana y Maduro.

El 14 de abril los nacionalistas partieron de madrugada del punto de Belona; al mediodía se detuvieron en la Ceiba, sitio en que había una sola casa. Allí mataron varias reses. Si-

guieron al pueblo de Payara. En esta marcha desfilaron a dos leguas del pueblo de Acarigua. Llegaron al atardecer a Payara, lo atravesaron sin detenerse y acamparon a la oración en Peñalito, pequeño caserío con labranzas en una punta de la selva de Turén. Las tropas se detuvieron tres horas para comer la carne asada de antemano.

COMBATE DE PEÑALITO

Cuando estaban en esta operación se presentó, a las 8 de la noche, una columna de 600 hombres al mando de Arana y Maduro, destacada por Gallegos desde Acarigua, con el objeto de atacar a Hernández. Desertores del Gobierno dijeron erróneamente que dicha columna era la vanguardia de Crespo. La columna "2 de marzo" contestó al fuego del enemigo. Este no podía avanzar por lo tupido del bosque y la oscuridad de la noche, y suspendió el fuego.

COMBATE DEL CARMELERO

Después de un rato de descanso Hernández puso la caballería adelante y siguió marcha buscando un sitio donde los jinetes pudieran maniobrar. En el campamento había dejado hogueras encendidas, y una compañía de la "2 de marzo" al mando del comandante Estanislao Gil y del capitán Juan Ceballos, a fin de ocultar su movimiento. En la marcha se oían descargas. Amanecieron el 15 de abril en la sabana inmediata a la montaña de La Culebra. A la una del día acamparon en el hato de El Carmelero. Enseguida Hernández escogió el punto en que se debía esperar al enemigo. Se mataron varias reses.

La columna "2 de marzo" regida por el sereno y disciplinado Samuel Acosta, se situó en la mata principal. A la derecha, en las orillas de un guaical, (monte bajo de guaycas), se apostó la columna "Tucuragua" del impertérrito Bernabé Mora, y a la izquierda, en las cabeceras de un caño, la columna "Sedeño" al man-

do del valiente Eustaquio Rodríguez. Estas fuerzas, apoyadas en las matas, formaban un arco abierto sobre el camino por donde debía desembocar el enemigo.

En reserva se establecieron las pequeñas columnas de Juan Pablo Hernández y Amalio Aparicio, denominadas "Cachinche" y "4 de marzo"; y a la derecha, también en segunda línea, la caballería.

Los enemigos llegaron a las 3 de la tarde: dejaron el camino a su izquierda y entraron desplegados en batalla sobre la izquierda de Hernández. Mientras tanto Loreto Lima avanzó con la caballería por la derecha de Hernández y fué a caer sobre el flanco izquierdo del enemigo. Lo recibieron con vivo fuego de fusiles. La derecha de Hernández empeñó también el combate. Hernández reforzó sus dos alas con las dos columnas de reserva y ordenó una carga general a derecha e izquierda sin moverse el centro. La caballería, rechazada, se rehizo y volvió a cargar por el mismo punto. El fuego se prolongó largo rato. Luego cargó la "2 de marzo" avanzando a la vez que la caballería rodeaba en parte al enemigo por detrás. En este momento se declaró la derrota. Eran las 6 de la tarde o poco menos.

José María Gordils, segundo jefe de la "2 de marzo" avanzó demasiado durante el combate con un grupo de soldados y cayó prisionero antes de la derrota.

Las pérdidas de Hernández fueron 11 soldados muertos y 28 heridos. La columna enemiga se desbandó y tuvo muchos muertos y heridos que no se pudo precisar. Los nacionalistas cogieron 80 prisioneros, 170 máuseres, 3.000 cápsulas, y el tambor, corneta y equipaje del coronel Maduro. Las tropas durmieron en las mismas posiciones que ocupaban antes del combate. Aunque se presumía que el general Crespo estaba todavía a dos jornadas, no se podía perseguir a los derrotados so pena de encontrarse con él.

COMBATE DEL CARMELERO

(Conclusión)

El propósito de Hernández en el momento fué dirigirse a los hatos barreteros (la Trinidad, el Totumo, Mal Paso, Las Babas, San Ignacio, etc. etc.) con el objeto de incorporar contingentes que desde hacía algunos días se preparaban para alzarse, entre ellos los nacionalistas que reconocían a Angel Díaz Arana, Felipe Angarita y Pío Brizuela, y el de buscar el terreno en el que gozaba de mayores ventajas por el conocimiento que tenían sus hombres de la localidad y el apoyo de las poblaciones.

Con este fin se dió la orden de seguir la marcha al amanecer. El ayudante Salvador Lima, y el comandante de escuadrón Modesto Barreto, exploraban el terreno hacia donde había huído el enemigo la víspera, distante del campamento unos tres kilómetros, poco después de amanecer, cuando vieron entrando a la sabana del Carmelero un grupo numeroso de jinetes con banderolas amarillas. El ayudante Lima ordenó a la guerrilla que conducía retro-

ceder por el cauce seco del caño y avanzó solo por la sabana a inspeccionar al enemigo. En ese momento el ejército de Crespo salía a la sabana y enseguida desfiló hacia su derecha, pudiendo Lima distinguir tres batallones. Inmediatamente retrocedió a dar el parte. Del ejército de Hernández no se distinguía al enemigo porque las tropas ya habían cambiado de puesto y se organizaban del otro lado de los árboles que forman la Mata del Carmelero, para ponerse en marcha hacia el Este. Junto con Lima llegó Modesto Barreto dando la misma información. Luis Loreto Lima y Evaristo Lima, opinaron por dar el frente al enemigo. Hernández sin vacilar adoptó este dictamen y dispuso en el acto las tropas al combate, haciéndolas ocupar las mismas posiciones del día anterior. La infantería se situó en una sola línea formando un arco, como la víspera, dispuestos todos a vender cara la vida. Como ya conocían el terreno, por la experiencia, se acomodaron mejor para la defensa, aprovechando los accidentes naturales para cubrirse. La caballería nacionalista, dando un rodeo a fin de evadir un gran terronal, entró a la sabana por la derecha de Hernández a encontrarse con la caballería enemiga, al mando de Ramón Molina Blanco, que venía por ese lado. Estos eran doscientos hombres bien montados, recién for-

mados en el Baúl, y aunque tenían lanceros expertos no esperaron el choque de los cansados caballos de Lima; volvieron riendas a toda carrera y desorganizaron a la vanguardia de Crespo, que después se supo era el batallón La Guardia, al mando de Widemann.

El general Crespo avanzó rápidamente desplegando en batalla, con bastante precisión, tres batallones cada uno en tres líneas de tiradores, al parecer a cien metros más o menos una de otra, y quedó comprendida esta línea dentro del arco que formaban las escasas tropas de Hernández. Estas constaban en aquel momento solamente de 450 infantes, pero tenían la ventaja de la protección del bosque y el apoyo de los 300 jinetes de Lima para hacer frente a los 1.000 infantes selectos de Crespo, quien además disponía, a algunos kilómetros atrás, aproximándose al sitio nombrado Caño de Agua, de dos batallones con 600 hombres al mando del jefe maturinés Miguel Hernández, de cuya existencia no tenían noticia los nacionalistas a aquella hora. Las tropas de Crespo recibían fuego cruzado sobre muchas partes de su línea, aprovechando su fuego con gran eficacia los nacionalistas. Loreto Lima, creyendo que la retirada de la caballería de Crespo podía ser una estratagema para envolverlo por retaguardia, formó su caballería en

martillo; los jinetes cuyos caballos estaban cansados habían echado pié a tierra y armados desde temprano con máuseres quitados la víspera al enemigo, hacían fuego sobre la izquierda de Crespo, y los restantes a caballo daban frente hacia el lugar por donde podían venir los jinetes enemigos que no aparecieron más.

Uno de los asistentes que acompañó al ayudante Lima, al amanecer, en sus reconocimientos, hijo natural de Rafael Lavado Hurtado y apodado El Chingo, cayó prisionero en una avanzada del enemigo; lo llevaron al lado de Crespo y éste lo tomó de guía interrogándole sobre el combate del día anterior y la posición del enemigo. Después de un rato de fuego vivo, en el momento que pareció disminuir el fuego de los nacionalistas, Crespo dió orden de avanzar sobre la Mata o el bosque en el que aquellos se abrigaban. El fuego volvió a animarse, las fuerzas de Crespo tuvieron muchos muertos y heridos y entre estos varios jefes y oficiales. Ya duraba el combate más de una hora cuando se detuvo el avance del enemigo y en gran parte suspendió éste sus descargas quedando sólo algunas secciones de sus tropas haciendo fuego. A poco rato se presentó El Chingo en la línea de Hernández diciendo que había caído junto a él un gran jefe, sin saber decir quien era. Las municio-

nes casi estaban agotadas en el campo nacionalista. En el centro del enemigo se formó un gran pelotón de tropas y a poco se puso en retirada.

Las otras secciones del enemigo sucesivamente retrocedían en grupos irregulares. El general Hernández intentó mover sus hombres hacia adelante, pero el cansancio de las marchas anteriores, la fatiga de dos combates, la escasez de municiones y el estado de los caballos, estropeados e inútiles para una persecución activa, lo determinaron, de acuerdo con Luis Loreto Lima, a no perseguir al enemigo influyendo también en esta errónea determinación el temor de que las fuerzas que se retiraban se reconstituyeran detrás de los batallones de Miguel Hernández que debían hallarse ya en Caño de Agua, y de cuya existencia acababan de recibir informes ciertos; contentáronse pues con recorrer el campo de batalla y recoger montones de máuseres, pocas cápsulas y algunos prisioneros que no sabían decir con precisión quien era el jefe que había muerto. Los heridos de ambos bandos fueron conducidos a la casa del Carmelero. En la misma mañana se enterraron a los generales Juan Pablo Hernández, nacionalista, muerto a la mitad del combate, y

al general Carrasco, antiguo compañero de Matías Salazar y segundo de Bernabé Mora, muerto hacia el fin del combate. También murió al lado de su jefe Juan Pablo Hernández el intrépido coronel Payares, natural de Cachinche.

Los liberales nacionalistas tuvieron 30 soldados y oficiales muertos y 59 heridos. Los del enemigo, más numerosos, no se contaron. De los nacionalistas quedaron heridos Samuel Acosta, el capitán Vita, comandante Entrena del Yaracuy, capitán Silva de Queipa, Sixto Matute del Pao, capitán Evaristo Villanueva del Tinaco. Además de los nombrados se distinguieron Leopoldo Ortega, Santiago Maza, Manuel Felipe y Salvador Lima, Isaac Abadie, Alfredo Franco y Carlos Matute, ayudantes; Salvador Barreto, Julio Sánchez y Evaristo Lima hijo, jefes de escuadrón; y los jefes de infantería Bernabé Mora de Sierra Pelona; Rafael Ruíz, de Guacara; Eustaquio Rodríguez, de Nirgua; Amalio Aparicio de Cachinche; Gregorio Matute del Pao; Víctor Rebolledo del Baúl; Pedro Merentes, de Caracas y Rafael Abad Hurtado, de Tinaquillo.

Enseguida los nacionalistas recorrieron el campo y recogieron cuantos máuseres podían llevarse, inutilizaron otros y a las 11 de la mañana del mismo día 16 de abril, se pusieron en

marcha en la misma dirección que traían antes del combate, pero acercándose más a San Carlos a fin de observar al enemigo, cuya fuerza no se había podido apreciar exactamente. La marcha fué por Camoruco, adonde fueron a dormir, y al otro día siguieron hasta el hato del Charcote, de Manuel Figueredo, nueve leguas del Carmelero adonde fueron a dormir tarde de la noche.

SOBRE LA MUERTE DEL GENERAL CRESPO

En el mismo campo del Carmelero no se pudo comprobar la noticia dada por el asistente de Rafael Abad Hurtado de la muerte de un gran jefe. Se presumía que fuera Crespo por declaración de un oficial herido y capturado por el ayudante Alfredo Franco. Los otros prisioneros declararon que Crespo estaba presente mas no tenían noticias de que hubiera sido ni siquiera herido. La retirada se explicaba por las pérdidas sufridas por el enemigo, entre las cuales citaban los prisioneros las heridas de varios jefes y oficiales. Se decía que el jefe muerto era Rivero. Se temía que Crespo volviera al ataque con tropas de refresco. Gran parte del ejército de Crespo se hallaba en Tinaquillo (2.000 hombres) a las órdenes del jefe de Estado Mayor, Vizcarrondo, pero este hecho era todavía desconocido en la región del Carmelero. Estas circunstancias, y la necesidad de remontar la caballería, determinaron la

marcha hacia el Charcote. Influyó también una epidemia de grippe que azotaba a las tropas y de la que cayeron enfermos los generales Loreto Lima y Evaristo Lima. El parte dado por el Jefe de Estado Mayor, general Evaristo Lima, empezóse a escribir en el Carmelero la noche del 15 y se terminó en la del 17 en el Charcote, apareciendo fechado en el Carmelero. En ese parte no se da cuenta de la muerte de Crespo, porque no se tenía la seguridad de que fuera cierta.

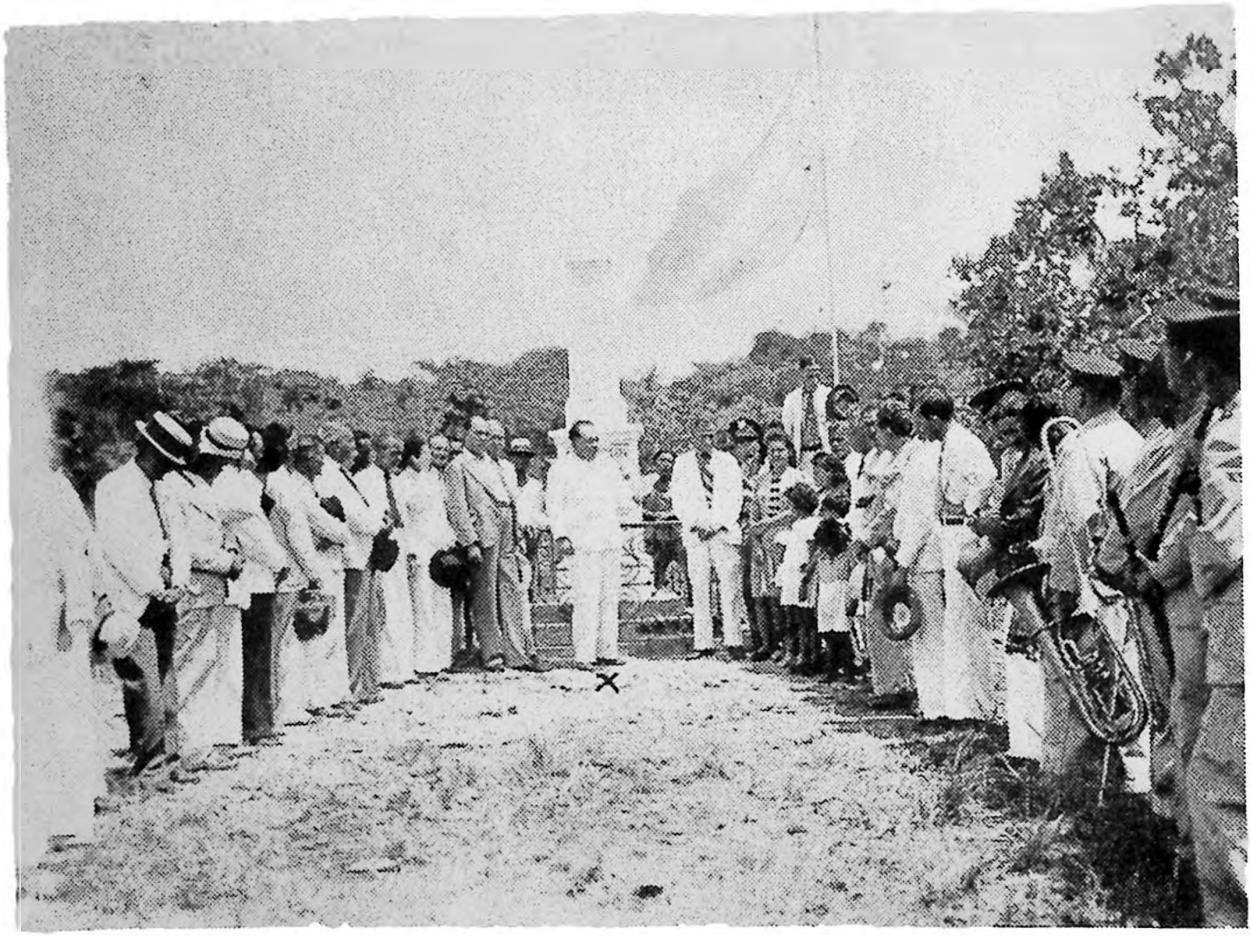
Fué en la marcha del día siguiente —18 de abril— del Charcote hacia el Oripopo, cuando se supo positivamente la muerte de Crespo por noticias de San Carlos, dadas por los derrotados; por esa ciudad habían pasado el mismo 16 numerosos dispersos, entre ellos los músicos de la banda militar de Crespo, asegurando la muerte de su general. Inmediatamente el ejército nacionalista tomó la vía de San Carlos, adonde entró el mismo día 18 de abril.

Poco antes se incorporó el general Felipe Angarita con su guerrilla de la Sierra de Manrique. Este jefe sabía también por desertores la noticia de la muerte del general Crespo.

Es bien singular que un general como Hernández, que había desplegado tan extraordinarios esfuerzos hasta obtener una brillante vic-

toria, sin decaer un instante durante 45 días en que derrochó el valor y la audacia, no prolongara estos esfuerzos por unos días más lanzándose en persecución del enemigo. La muerte del caudillo en una batalla no siempre produce el desmoronamiento de su ejército. Boves murió en los primeros actos de la batalla de Urica y su ejército quedó vencedor. Lo mismo el ejército federal después de la muerte de Zamora en San Carlos. En ambos casos quedaban otros jefes de suficiente influencia para mantener el orden en las tropas y los ejércitos respectivos sostenían causas de raigambre en la masa popular, mientras que Crespo era todo entre los suyos; sus tropas defendían nada más que un régimen personal, basado únicamente en las condiciones del hombre que se hallaba a su frente, y naturalmente al desaparecer éste el ejército debía deshacerse al menor empuje. Que los caballos estuvieran despeados, la gente cansada, Luis Loreto Lima enfermo, no eran motivos suficientes para dejar de recoger el premio de la victoria. Las tropas de Crespo, en los días subsiguientes, se hallaron en un estado moral tan aflictivo que no hay duda que si Hernández se lanza sobre ellos los resultados habrían sido extraordinarios. Cierto que no se supo en el campo nacionalista, de manera positiva, la muerte de Crespo, pero ¿cómo expli-

carse la derrota del ejército que de repente suspende el combate y se declara en fuga, sin haber sido destruído? ¿Porqué no lo siguieron unas horas, siquiera con la caballería despeada? Hernández dijo después que no intentó perseguir al enemigo por temor a que reorganizándose rápidamente al amparo de los dos batallones de Miguel Hernández, que no habían combatido, volviera a la carga y le arrebatara el triunfo. Esta razón no es convincente. A Hernández le faltó la mirada de águila de Bolívar para darse cuenta exacta de la situación psicológica respectiva de las fuerzas en lucha.



Un lugar histórico.—Momento en que fue inaugurada en la Mata de El Carmelero una columna recordatoria del lugar donde murió el Gral. Joaquín Crespo, el 16 de abril de 1898.

MARCHA HACIA VALENCIA

Parte de las fuerzas de Crespo, del campo del Carmelero se retiraron hacia Acarigua con el cadáver de su general. De este punto lo enviaron a Barquisimeto con el jefe de guerrilla Barráez, y siguieron marcha precipitada a San Carlos de donde continuaron al Tinaco. Perdida la oportunidad de perseguir al enemigo con la mayor ventaja, el general Hernández, después de reorganizar y aumentar sus tropas y de darles un poco de descanso, emprendió marcha hacia Valencia en línea paralela al camino real, por donde se retiraban las de Crespo. En el Tinaco comienzan los cerros abundantes de posiciones defensivas; Hernández llevaba 600 infantes nada más, contando la guerrilla de Angarita y los que se incorporaron en San Carlos. Los generales Loreto Lima y Evaristo Lima siguieron a los Hatos Barreteros, enfermos ambos de grippe, a remontar la caballería y recoger nuevos infantes. Froilán Barreto, quien se había mantenido durante estos

últimos sucesos en los Hatos Barreteros, se incorporó a Hernández con un escuadrón fresco a inmediaciones del Pao, con lo que las fuerzas del Jefe de la Revolución subieron a 750 hombres.

El general Salustiano Mosqueda, con 200 jinetes del Gobierno, se mantenía a inmediaciones de Hato Nuevo, camino del Pao al Baúl por el Barbasco; tenía preso a Alfonso Lima, hijo de don Evaristo, a quien había sorprendido casi sólo en los Hatos Barreteros, y entabló negociaciones con Froilán Barreto, ofreciéndole garantías. Al tener noticia de la muerte de Crespo huyó hacia el Guárico.

OTROS ALZAMIENTOS EN MARZO

La República no estaba preparada para una revolución. Hernández, en la gira electoral manifestaba, aún a sus más íntimos amigos, su fe en el proceso eleccionario. Quería dar un ejemplo para el porvenir, aunque en su fuero interno dudara de las promesas de Crespo. Por otra parte, las circunstancias no permitían otro sistema. Cualquier medida revolucionaria, descubierta por el Gobierno, habría producido la represión inmediata. Aunque la propaganda electoral fué acogida en todas partes por los elementos extraños al Gobierno, en la conciencia de los pueblos pesaba la autoridad militar de Crespo. Así se explica que los alzamientos fueran relativamente débiles.

El 17 de marzo Antonio Vita, de Nirgua, sostuvo un combate en Santa Rosa con el jefe del gobierno Guillermo Barráez, sin que éste pudiera vencer. Al día siguiente Pedro Conde se sostuvo brillantemente en La Hoya o la Encrucijada, contra la columna de Sangrona reforzada por Fajardo y Arvelo.

En el Oriente del Guárico Nicomedes Ron peleó en Guaribote, el 28 de marzo, al coronel Oleta del Gobierno, y el 29 el nacionalista Ciriaco Olivo batió a los jefes del Gobierno Briceño y Manuitt, en la Laguna de Potrerito. Más importante fué el alzamiento, en la misma región, del valeroso Francisco Belisario, de la distinguida familia de este apellido que había dado tantos hombres de armas desde los días de la independencia. Al Occidente del Guárico formaron guerrillas Hermógenes y Luis Mirabal.

Durante el mes de abril fueron más numerosos los combates. Pedro Alfonzo combatió el 2 en Manuare al jefe del Gobierno Pedro Juan Díaz: Ramos batió el 9 a los nacionalistas Mirabal en los Pozotes de Guayabal; el 9 Alejandro Pérez, nacionalista, batió a Antonio José Orihuela en Cerro Blanco, oriente del Guárico, y en la misma región Francisco Belisario, el más prestigioso de los jefes nacionalistas, derrotó completamente el 13, en Jácome, las columnas de Rengifo y Pacheco, quedando éste muerto en la acción.

Dos días antes de la muerte de Crespo, el nacionalista Pío Brizuela rechazó en la Loma del Hierro, cerca de Manrique, en Cojedes, después de ardiente combate, al mismo Rivas vencido por Hernández en Tinaquillo.

Zoilo Vidal, joven valeroso y honrado, había logrado levantar algunas guerrillas en el Yuruary, región en que abundaban los liberales nacionalistas. El 20 sostuvo un brillante combate en los Caros, logrando sostenerse contra ataques repetidos del coronel Mora, a la vez que Inocente Fernández atacaba atrevidamente en Guasipati a los jefes del Gobierno, Briceño y Betancourt.

En Carabobo, Pedro Conde fué infatigable: con marchas rápidas lograba evadir las fuerzas superiores del Gobierno. El 20 tuvo que retirarse después de un brillante combate en el Portillo, contra Salvatierra. En el Oriente del Guárico un nuevo alzado, Ramón Hurtado Sánchez, peleó el 26 en Morichal de la Ceibita al jefe del Gobierno García Fuentes. El Gobierno al anunciar estos combates se decía vencedor, pero el hecho es que las guerrillas subsistían y aumentaban en número.

DE VALENCIA AL YARACUY

¿Qué efecto produjo la muerte de Crespo? Por una parte, sus numerosos partidarios y muchos del Gobierno, se sintieron anonadados, pero todos los elementos hóstiles a Crespo del Partido Liberal Histórico, entre los cuales se hallaban los descontentos, por diversas causas, del régimen imperante, hombres de armas y políticos activos, vencidos en la guerra de 1892, o que se habían separado de Crespo, cobraron ánimo y rodearon al Gobierno, señalándose entre estos últimos el eminente y honorable general Pulido, hasta entonces en el destierro; a este movimiento se unió otro muy fuerte, producido por la creencia bastante esparcida de que bajo la administración Andrade, sin la tutela del caudillo, dueño absoluto del poder, la República emprendería la marcha normal apetecida. Por otra parte el partido liberal nacionalista, de fundación demasiado reciente, no había adquirido todo su desarrollo. A esto se agrega el grave error de Hernández y sus com-

pañeros de no perseguir hasta su destrucción al ejército vencido en el Carmelero, en el cual la desaparición del gran jefe llanero por una reacción igual al prestigio de que gozaba, produjo tal pánico en los días subsiguientes a la catástrofe, que cualquier ataque sostenido por los vencedores habría originado su destrucción absoluta, al decir de muchos testigos. A esto alegaban los nacionalistas, como hemos dicho, los esfuerzos sobrehumanos que hasta entonces había realizado aquel puñado de hombres en tantas marchas fatigantes y en dos combates seguidos. Sólo un Bolívar, con la luz que lo guiaba en la obscuridad de las situaciones difíciles, habría penetrado con exactitud el estado moral de aquel ejército en el cual una parte de los batallones no se había batido. Estas son las ocasiones en que sólo los grandes guerreros saben tocar los resortes morales necesarios para exigir nuevos esfuerzos a hombres agotados.

El general Manuel Antonio Matos, aguijoneado por antigua ambición del poder y por celos partidarios, era uno de los más fervorosos enemigos de la revolución. Apasionado y enérgico logró en una noche de gestiones activas que Andrade desistiera de nombrar de sucesor de Crespo, en el mando de la primera circunscripción militar, al general cumanés Manuel

Morales, hombre valeroso, de prestigio local pero sin hazañas militares que inspiraran en el ejército la reacción necesaria; y que designara en su lugar a Ramón Guerra, caudillo célebre y afamado desde la campaña de 1892, y a la sazón descontento, apartado del gobierno y en tratos con el comité revolucionario, que de sus escondites dirigían el doctor Alejandro Urbaneja y don José Herrera. El efecto fué inmediato: Guerra llevó a la campaña a dos antiguos jefes del partido conservador, Leoncio Quintana y Martín Vegas, de gran prestigio en el centro de la República, de quienes se esperaba se adhirieran al partido liberal nacionalista, por su antigua enemistad al partido liberal histórico, pero que celosos de Hernández, su antiguo subalterno o compañero en las luchas contra el gobierno de Guzmán Blanco, salieron a combatirlo. Estos tres hombres galvanizaron en Valencia con su presencia al ejército vencido.

Dejamos al general Hernández marchando hacia Valencia; de San Carlos fué al Tinaco y de aquí a Mata de Cuero el 19 de abril. El 20 su vanguardia sorprendió al guerrillero Arvelo en Cachinche. El 21 pasó por la sabana de Carabobo y fué al Alto de Uzlar, donde se detuvo varios días. No se veía en ninguna parte el efecto que debían producir los últimos

sucesos, pues, como ya hemos dicho, hubo más decisión por servir al Gobierno, entre los hombres de influencia y de acción, que en adscribirse al movimiento revolucionario. En cambio en la masa popular, en los hombres jóvenes y viejos ajenos a las actividades políticas, creció enormemente el partido de Hernández, ventaja que no podía dar su fruto en corto tiempo. En el Alto de Uzlar no se incorporó ninguna fuerza ni ningún grupo de hombres con armas, sino ciudadanos llenos de entusiasmo pero sin elementos de lucha, a la vez que se formaban nuevas columnas para el Gobierno y hombres como el potentado general Raimundo Fonseca, el valeroso Antonio Paredes y muchos otros entraban a regirlas.

En cuenta Hernández de la reorganización del ejército del Gobierno en Valencia, y no pudiendo resistirlo, resolvió dirigirse por el Occidente de Carabobo al Yaracuy.

Del Alto de Uzlar salió en la noche y fué a dormir a Gavilán. El jefe del Gobierno, José Ignacio Pinto, que cubría a Bejuma con 400 hombres, se retiró y dejó el paso franco. Hernández se unió en Bejuma a Pedro Conde y lo dejó en esos lugares haciendo frente a las fuerzas del Gobierno con sus 300 hombres. Hernández siguió a Miranda, acampó en Hato Viejo, al día siguiente pasó por Nirgua y siguió

a dormir a las Carpas, donde se incorporaron Antonio Vita, su segundo Francisco Lucena, Antonio Quintero y Luis Mata, coronel del ejército de Cuba.

De este punto siguió a El Mango, Boraure, Cocorote y San Felipe. En el primero de estos lugares se incorporó Amalio Noguera con una guerrilla, y en el último Juan María Isaba quien trajo cerca de 500 peones muy mal armados y 30 jinetes del coronel Tacoa. Hernández dispuso que quedaran en su distrito distrayendo las fuerzas del Gobierno que se suponía vendrían sobre los nacionalistas. Muy entrada la tarde fué a dormir a las Tapias. Enseguida se dirigió a Yaritagua. En la Cueva del Tigre una avanzada de Hernández, al mando de Rafael Mejías y Alfredo Franco, sostuvo un corto combate con un tal Pablo el Gato que intentó detenerla.

Hernández, ya cerca de Yaritagua, se situó en batalla en la Sabana de Parra a esperar la división Juárez que no osó atacarlo. Enseguida resolvió una marcha rápida hacia el Llano para evadir fuerzas superiores del Gobierno que debían venir pronto contra él.

El 6 de mayo flanqueó a Yaritagua y tomó el camino de Sarare por los Desapartaderos de Agua Blanca, Araure y Acarigua, adonde llegó el 10. En este pueblo desalojaron la guarni-

ción de 200 hombres sin mayor resistencia. Angarita atacó por el cementerio, Froilán Barreto entró por la calle real con la caballería, apoyado por una columna de infantes al mando de Leopoldo Ortega. El enemigo huyó hacia Garabote. En la oficina del Telégrafo se encontró un parte de Santiago Sánchez, de Guanare, en que pedía refuerzos para asegurar el parque que se hallaba allí a su cargo. En el acto se resolvió la marcha en la esperanza de capturarlo. El 11 fueron a dormir a la sabana de Chorro y el 12 en los Marines. En Ospino batieron, después de corto combate, a Doroteo Hurtado y José León Macías que disponían de 150 hombres.

EL DESEMBOCADERO

Tomado Ospino el 12 ó 13 de mayo, Hernández siguió a marchas forzadas a Guanare en persecución del parque de 50.000 tiros que conducía Santiago Sánchez y se hallaba en dicha ciudad. En Guanare se detuvo sólo unas horas, el 14, y siguió tras de Sánchez, pero el ejército de Ramón Guerra, que venía velozmente sobre sus huellas, lo alcanzó en el río de Guanare y trabó el combate en el punto del Pajal, en el Desembocadero, río por medio, el 15 de mayo. Las fuerzas de Hernández rechazaron las columnas que intentaron formar el paso. Hubo muchos muertos y heridos de ambas partes. El ayudante de Hernández, Abadie, gravemente herido murió a pocas horas. Guerra, aún disponiendo de fuerzas superiores, no intentó ninguna maniobra que pudiera conducir a una solución inmediata.

Hernández continuó la marcha río arriba por Biscucuy y las Adjuntas, ascendió la fila entre los ríos Çhabasquencito y Chabasquén

hasta Sabana Grande, entre Anzoátegui y Guarico (1.800 m.); el general Juan Antonio Gil Garmendia vino del Tocuyo con un batallón (250 hombres), por Guarico, y se apostó el 1º de mayo en el alto de la Montañuela a dos kilómetros de Sabana Grande, dominando todos los alrededores. Hernández lo atacó en dos columnas, pero cuando éstas iban a encerrarlo, Garmendia abandonó el campo. El combate duró de las 3 a las 5 y media p. m. retirándose Garmendia a una posición situada a larga distancia. En el campo quedaron 46 muertos y muchos heridos. Hernández siguió a Guarico, valle tributario del río Tocuyo. De aquí, subiendo a la fila del Avispero, fué a caer al valle alto del Portuguesa y pasó este río por Ojo de Agua y Palo Grande, y bajando por el estribo que separa la cuenca del Portuguesa del Morador, llegó hasta la Raya de Ospino, a 50 km. de Guanare y algo menos de Ospino. Su objeto era regresar a los llanos, pero aquí le cerraron el paso, el 23 de mayo, dos divisiones del ejército de Guerra, al mando de Ceferino Castillo y de Eduardo González M. No hubo combate sino simples reconocimientos, con fuego a largas distancias.

Hernández retrocedió por el mismo camino hasta cerca de los Hoyos, y de este punto bajó al río Portuguesa por una vereda casi in-

transitable para un simple pasajero. El Portuguesa en ese lugar es torrentoso y se hallaba crecido. El paso del ejército costó trabajos indecibles. Cerca de Valle Hondo (al amanecer del 24 de mayo) un guerrillero del Tigre, lugar inmediato, llamado Aquilino Colmenares, con muy pocos hombres hizo fuego a los nacionalistas largo rato desde un lugar impenetrable.

Del Tocuyo había venido con un batallón Rubén Alvarado (250 hombres) y por Guarico fué hasta Villanueva y Tamporal. Mientras Hernández desfilaba por la cima de El Cumbe, Alvarado le hacía descargas a larga distancia desde un punto inaccesible, posiciones frecuentes en aquellos cerros escarpados, a cuyas descargas no contestaron las fuerzas de Hernández. Estas cruzaron la quebrada de Piedras Amarillas y ascendieron la fila de Chabasquén o La Florida a la fuente del río Chabasquencito, y por éste bajaron al pueblo de Chabasquén el día 24 de mayo.

El general Torres Aular, Presidente del Estado Lara, se presentó en el teatro de estas operaciones con dos batallones (500 hombres) procedentes del Tocuyo. También por Guarico fué hasta el Ojo de Agua, mientras Hernández desfilaba por el Cumbe, pero regresó porque este último ya había pasado a Chabasquén.

Al bajar Hernández de las fuentes de Chabasquencito lo esperó Casimiro Rivero, emboscado en un punto inaccesible, e hizo fuego con su guerrilla apuntando a los jefes con el objeto de matar a Hernández. Los tiros menudearon sobre el doctor Zalguero, boticario de San Carlos, que hacía de médico del ejército, recibiendo tres balazos la mula que montaba. El general Froilán Barreto, jefe de caballería, fué gravemente herido en un muslo, y desde entonces sus hombres tenían que subirlo y bajarlo del caballo, por haber quedado inválido. Rivero, mestizo de indio, alto, fuerte y casi blanco, de ojos oblícuos, era un hacendado del lugar, activo y trabajador, padre de una familia estimable. Días antes se había presentado a Hernández como amigo y éste le había dado armas y municiones para que levantara una guerrilla. Hernández pudo haber incendiado la casa de Rivero como lo pedían las tropas, y no le hizo ningún daño. Más adelante, en la segunda revolución de Hernández, José Antonio Oropeza, nacionalista de Carora, en venganza puso una celada a Rivero, quien estaba al servicio de Castro, y lo mató a él y a gran parte de su gente en un combate heróico en el lugar de Santa Elena a orillas del Tocuyo, más

arriba de El Molino. Oropeza tenía una guerrilla de 60 hombres más o menos, igual a la de Rivero.

Frente al pueblo de Chabasquén, pasó Hernández el río de este nombre, y por la fila de Santa Rosa subió a la Cordillera de la Palomera para caer al valle del río Tocuyo, cruzó este río y entró a Humocaro Alto el 26 de mayo. De aquí pasó al sitio de la Peña (1.800 m. de altura) donde se estableció por dos días, extendiéndose las tropas a las posesiones cercanas de la Montañuela y el Rodeo. Ninguna fuerza lo siguió en esta marcha. Aquí se incorporó el valeroso joven Bartolo Yépez, del Tocuyo, con 30 hombres.

De la Peña pasó al sitio de Agua Obispo, luego a San Pedro, y por el Bucare entró tranquilamente a la ciudad de Carora el 1° de junio. Cerca de Agua de Obispo se unió el general Juan Adames, viejo servidor del partido liberal, con 46 hombres selectos de Cuicas.

¿Qué hacía entretanto el ejército del Gobierno? Del Desembocadero Guerra retrocedió a Guanare y luego fué a Barquisimeto y Duaca contentándose con enviar las divisiones de Castillo y González a la Raya de Ospino cuando supo la aproximación de Hernández por esa vía. Esta operación no cerraba los caminos del Uano. El jefe nacionalista, después

de este encuentro, guió hacia occidente, porque quiso hacerlo así esperando erróneamente encontrar decidido apoyo en las poblaciones de esa región, las cuales no podían decidirse por él viéndolo relativamente desarmado. En el caso de Hernández habría sido mucho mejor dirigirse de Guanare o desde Chabasquén hacia los llanos del centro donde el caballo y la lanza podían compensar la superioridad en parque de las fuerzas del Gobierno. Mientras Hernández realizaba las últimas marchas que dejamos descritas, de Barquisimeto se movía el Ministro de la Guerra Antonio Fernández, y del Tocuyo emprendía marcha el Presidente del Estado Lara, Torres Aular, sobre Carora, sin que podamos precisar por cuales caminos fueron uno y otro, ni el número de batallones que llevaban.

Hernández tenía 1.000 infantes selectos semi-desnudos, pero decididos y enérgicos, y 150 jinetes de lanza formados por los Barreto y los Lima. Las fuerzas de Fernández se apreciaban en 1.800 infantes, y las de Torres Aular en 500. Hernández no tenía más de 5.000 a 6.000 cápsulas de fusil. Con Hernández iban muchos oficiales de todas graduaciones, antiguos compañeros de Matías Salazar, y así mismo lo acompañaban oficiales liberales de otras procedencias y de otras guerras, siendo más numerosos los oficiales de origen libe-

ral que los del antiguo partido conservador o del de los azules. También militaban con él muchos hombres que no habían formado en los viejos partidos históricos.

La revolución, a pesar de las causas adversas que se han señalado, tomaba cuerpo y se extendía por muchas regiones, pero distantes y sin contacto con el jefe principal. En el mes de mayo fueron todavía más numerosos los combates que en el mes anterior.

El general Miguel Márquez había hecho un movimiento importante en el Apure. El 5 de mayo atacó la plaza de San Fernando y aunque fué rechazado, conservó sus fuerzas intactas. Cuatro días después Márquez sostuvo un combate en el Paso Real de Arauca contra el general Parra Pacheco, en el que ambos contendientes se atribuyeron el triunfo. El 17 de mayo Márquez avanzó al río Payara y a sus orillas, en el sitio de Malnombre, volvió a combatir, esta vez con el comandante Osío.

En Cojedes el jefe de caballería Ramón Matute Román, que hemos visto incorporarse a Luis Loreto Lima en el Baúl, combatió el 10 de mayo en el Carrereño a una columna del Gobierno regida por Cárdenas; el 17 peleó en Tucucito el nacionalista Rafael Delgado contra Manuel Rodríguez; y el 28 Amalio Apari-

cio, en Buenos Aires de Tinaquillo, rechazó los ataques de la columna de Antonio Paredes.

Carabobo fué teatro de pocos pero sangrientos combates en este mes. El 23 el nacionalista Santiago Sanabria combatió en Nirgua contra Pedro José Ostos, y el 29 Pedro Conde atacó denodadamente en las Parchas, cerca del pueblo de Miranda, a las fuerzas superiores de Simón Colmenares y Casto Salinas, y se retiró del campo después de haber inflingido serias pérdidas a los jefes del Gobierno.

En el Tuy se había alzado el valeroso oficial Norberto Borges, célebre desde 1892 por sus cualidades morales y su valor. El 5 de mayo rechazó en el Calvario de Cúa al jefe Naranjo, pero el mismo día, en Aniagua, lo alcanzó la columna del Gobierno al mando de Alcántara y después de un combate reñido fué dispersado. En Baruta, cerca de Caracas, Antonio Ramos, jefe civil de la parroquia de Candelaria, en la capital, el mismo ante quien Hernández protestó el día de las elecciones, dispersó el 7 de mayo a los revolucionarios Pedro Macero y Tiburcio Oramas, recién alzados con muchos hombres pero sin armas. Pocos días después se alzó en Barlovento Narciso Istúriz y fué batido en Merecure el 27 de mayo por el valiente Natividad Mendoza, quien bajo la dirección del general Ramón Ayala, sostenía al

Gobierno en los valles al sur de Caracas. Estos dos jefes célebres, adversarios de Crespo como tantos otros, habían tomado servicio a la muerte del caudillo. En el Guárico se contaban en mayo 3.000 nacionalistas alzados, pero sin armas suficientes, de los cuales Francisco Belisario tenía 800, casi todos jinetes de lanza estacionados en la mesa de la Araña. Varias veces salió a provocar las fuerzas del Gobierno, pero éstas no fueron a atacarlo. García Fuentes, destinado a combatirlo con 500 hombres muy bien armados, no pasó del hato de Barrancas, donde se entretuvo en recoger ganados.

El 15 de mayo, Agustín Rico, de El Sombrero, con 200 caballos y 100 infantes, batió en Barbacoas al revolucionario Jesús María Bravo.

Evangelista Solórzano se alzó en la Loma, junto al Corozo; fuerzas del comandante general Luis Crespo Torres, hermano del caudillo, lo dispersaron en la Estacada el 17 de mayo.

A fines de marzo unos nacionalistas simularon un telegrama de Crespo para Crespo Torres, llamándolo hacia Tiznados, con el objeto de alejarlo hacia el norte. La estratagema surtió efecto y entonces ocurrieron muchos alzamientos en el sur. El propietario Manuel Felipe Rojas y un oficial de apellido Volcán y apodado Bachaco, por su pelo colorado, reunie-

ron una fuerza importante de caballería y algunos infantes. En Jobo Mocho los batieron Agustín Rico y Nicolás Santana. En la persecución este último, cuando ya Rojas iba solo, lo mató de un lanzaso y se apoderó de un hermoso brillante que llevaba Rojas en la sortija. Una fuerte columna marchó al sur a las órdenes de Alejandro Lefevre y Emigdio Daboín. En Santa Rita dispersaron e hicieron prisionero a Antonio Tovar, pero en el callejón de Cabruta, Pablo Garrido, emboscado a uno y otro lado del camino, hizo huir la retaguardia de Lefevre y éste difícilmente se abrió paso combatiendo en retirada. Este suceso aconteció a fines de mayo. Poco antes, el día 21, Felipe Ramos de Guayabal, con 300 jinetes, y Agustín Rico del Sombrero, con 200, habían batido en las Garcitas al nacionalista Simón Vega. En la Unión hubo otro combate el 24 contra el revolucionario Jesús María Balda, y el 28 Alejandro Landaeta, del Gobierno, batió a José Isabel Aponte en Caño del Medio.

Una división de infantería y caballería a las órdenes de Martín Marcano y de Pablo Guzmán marchó de Barcelona a pacificar el Yuruari. Zoilo Vidal y Rafael Fernández habían reunido una fuerza importante. El combate, favorable al Gobierno, se dió el 19 de mayo en San Pablo de Guri, pero los nacio-

nalistas no fueron destruídos. El 30 volvieron a pelear en los Aceiticos. En los valles de Aragua levantáronse Antonio Machado y Narciso Arana; Juan Báez los persiguió y tuvieron unos tiros el 20 en el sitio de Juan Mateo.

Juan Zapata, alzado en el Estado Sucre, sostuvo un combate el 23 de mayo en los cerros de Sedeño, contra José Vicente Rojas.

En las tres secciones del Estado Los Andes ocurrieron alzamientos importantes. Pedro Araujo Sánchez tuvo un combate en Ejido, sección Mérida, en que batió completamente al jefe del Gobierno Marco Tulio Cano, quien quedó muerto en la acción. Al día siguiente otra columna del Gobierno atacó a Araujo en Jají, quedando indeciso el combate. En la sección Trujillo Juan B. Bravo Cañizares y Manuel Durán pelearon valerosamente en la Encomienda, el día 20, contra fuerzas superiores del Gobierno mandadas por R. González Pacheco y Rafael Montilla.

Réstanos señalar los movimientos en Falcón y Lara, adonde debía concurrir Hernández en esteril travesía hasta caer prisionero en El Hacha.

Desde Caracas había marchado un comisionado a Falcón y Lara a invitar a numerosos jefes de uno y otro estados a secundar a Hernández en la revolución.

El comisionado Vicente Lecuna salió de Caracas el 24 de febrero hacia Valencia en el mismo tren en que iba Hernández oculto, acompañado de Antonio Vallenilla Lecuna. Partió de Puerto Cabello el 26 en la tarde, a Cumarebo, en una goleta. De aquí siguieron en bote a La Vela. De Coro salieron en bestias alquiladas en la madrugada del 28, y al mediodía continuaron de Sabaneta en otras bestias, por Guasiqui y Suruy, adonde llegaron el 1° de marzo en la tarde, y en la noche pudo el comisionado hablar con el general Felipe Franco, viejo veterano del tiempo de los azules, honrado y valiente, que andaba huyendo como era frecuente en aquella época en muchas regiones del Interior. En todo el trayecto mencionado el comisionado habló con diferentes nacionalistas enemigos decididos de Crespo pero escépticos respecto al éxito por considerar inoportuno el momento en que se inauguraba un Gobierno que podía reaccionar contra Crespo, aunque algunos no tenían esperanzas a este respecto. Quejábanse de que, después de los sacrificios de 1892, lejos de mejorar el régimen político, era más arbitrario y absorbente. Generalmente proclamaban la necesidad de un cambio, pero aducían que sin armas no podían hacer nada. Tal era el sentir del general

Franco, reconocido como jefe del nacionalismo en el Estado Falcón. Gran parte de los habitantes del Estado se habían pronunciado por el nacionalismo, pero este sentimiento no estaba generalizado sino en personas sin influencias políticas, y aunque se extendía a las clases pobres, aún a los indios de los lugares más retirados, víctimas siempre de la arbitrariedad y la recluta, faltaban jefes y elementos. La popularidad del nacionalismo y la lealtad del pueblo explica que el comisionado pudiera salvarse a pesar de la activa persecución que se le hizo desde su salida de Sabaneta, y que lograra seguir su propaganda en el Estado Lara, donde reinaban exactamente los mismos sentimientos que en Falcón. En los primeros días la persecución la hizo desde Coro el general La Concha y en Lara el general Sulpicio Gutiérrez. Entre aquellas honradas gentes sólo se encontró un traidor, un tal Clodomiro García, licenciado de presidio, que habiéndose prestado como baqueano fué con ánimo de matar al comisionado y a su compañero para robarlos, y como éstos se salvasen por un oportuno aviso de Pedro Pernalete, de Piedra Grande, Clodomiro García se unió al piquete del Gobierno para indicarle donde se hallaban aquellos descansando, pero quedaron frustradas sus maqui-

naciones por la astucia y lealtad de corianos y larenses, hombres casi todos rústicos, a quienes se había confiado el comisionado.

En el occidente de Lara el jefe reconocido del nacionalismo, general Meléndez, notable por sus servicios a la revolución legalista de 1892, también refugiado en el monte desde hacía meses para salvarse de la cárcel, opuso las mismas objeciones que el general Franco. Se aducía que la revolución de 1892 había sido burlada, el descontento era general, pero no se tenía confianza en el triunfo además de carecer de armas la revolución, y de esperanzas de que ningún gobierno de estado ni ningún jefe de influencia y de ramificaciones feudales se pronunciara por ella, (factores decisivos en la revolución legalista); Se hallaba ahora al frente del Gobierno, aunque el título de Presidente lo llevara otro, un caudillo temible y respetado militarmente por toda la República, cuando en 1892 la silla presidencial se puede decir que se hallaba vacía, consideraciones muy fuertes que explican lo exiguo de los contingentes que prestaron estos estados. En los llanos eran más fáciles los alzamientos a pecho descubierto y sin apoyo, por la protección del desierto en caso de insuceso o derrota y porque la lanza y el caballo estaban al alcance de todos.

El 6 de marzo Pedro Rafael Pereyra se

alzó en Piedra Grande; al saberlo el general Franco se resolvió a levantar una parte de su gente, de Suruy, pero a poco Gregorio Medina los dispersó después de un corto tiroteo. El general Franco y muchos otros quedaron huyendo por los montes. Poco después Augusto Prieto, valiente oficial de la guerra de 1892 y hombre de méritos morales, inició un movimiento en Mamoncito, en el Estado Lara, mas tuvo que suspenderlo porque no estaban preparados sus compañeros. Lo mismo sucedió a Jesús María Bouquet en Pururéche.

A principios de abril se levantaron en Bobare José Félix Solares y Eugenio Ballesteros; reunieron 80 hombres mal armados y se retiraron hacia la línea de Carora y Baragua buscando refuerzos. En Río Tocuyo se les incorporaron Salustiano Santeliz y sus hijos, todos hombres de trabajo, con 50 voluntarios. El 1° de mayo tuvieron un tiroteo en el paso del Tocuyo. El mismo día se alzó Augusto Prieto en Mamoncito y pronto reunió 100 hombres. El 4 se reunieron estas partidas en las Mamitas. El 9 rechazaron una descubierta del Gobierno en Río Tocuyo, y el 18 en la Cumbre reconocieron como Jefe a Candelario Riera, caballero distinguido y valiente, de Baragua. Poco antes se había incorporado Francisco Jiménez, de Cuara en el Yaracuy, con 20 hom-

bres bien armados. También se unieron Domingo Arrieta y J. Párraga, de Siquisique, con algunos amigos. Se juntaron por todo 300 hombres casi todos armados de fusiles viejos de pistón o de escopetas y muy pocos con armas de precisión.

Esta columna partió a provocar la guarnición de Carora y luego se retiró hacia Baragua. La fuerza de Carora al mando de José I. Alvarez Arroyo y del coriano Rafael Acosta, vino en seguimiento de los nacionalistas y los alcanzó en el cerro de la Bomba o Carrizal. Prieto rompió los fuegos. Ildefonzo Romero y los Santeliz se situaron a la derecha, Arrieta a la izquierda, Ballesteros en el centro. El combate fué corto y empeñado. Una grave herida que recibió Prieto facilitó el avance de los del Gobierno. Acosta, con una columna, avanzó haciendo descargas por el centro. Lo recibieron con la mayor serenidad Ballesteros y el general Candelario Riera. En el choque Acosta cayó muerto. Los del Gobierno, aunque tuvieron la ventaja, se retiraron a Carora y los nacionalistas a Baragua, llevando al general Augusto Prieto en una hamaca. Esta fuerza casi destruída en el combate se disolvió a los pocos días. Mientras tanto Franco y Bouquet, cada uno por su lado, se habían alzado en Falcón y logrado algunas ventajas.

CHURUGUARA

Tal era la situación cuando llegó el general Hernández a Carora. El creyó sacar grandes contingentes de estos Estados, pero no fué así. Las causas enunciadas atrás, y principalmente la falta de armas, retrajeron a muchos de alzarse. El 1° de junio Hernández fué a dormir a Carpintero, al norte de Carora; el 2 al paso de Tamayare y el 3 a los Horconcitos, cerca de Baragua.

El Ministro de Guerra, Antonio Fernández, había marchado de Barquisimeto y el Tocuyo sobre Carora, y de aquí siguió en persecución de Hernández. Su vanguardia lo alcanzó en Pocos Grandes. La columna "2 de marzo", a las órdenes de Samuel Acosta, dió el frente y rechazó a la vanguardia del Gobierno. Acosta siguió la retirada, pero desgraciadamente encontró un paso estrecho, entre el cerro casi vertical y el barranco profundo, en el que los hombres y los caballos no pudieron pasar con la velocidad que se requería, lo que dió

tiempo a que las columnas del Gobierno lo cortaran. Allí se perdieron la "2 de marzo" y la caballería de Barreto. Samuel Acosta, Salvador Barreto y Pedro Merentes quedaron prisioneros.

Mientras tanto Hernández se había situado a 3 kilómetros de distancia, en los peñascales de Mamoncito, en fuerte posición, donde se juntan dos caminos, resuelto a esperar al enemigo. Allí se detuvo en vano varias horas. Se oían fuertes descargas. Había ocurrido un caso raro y curioso. Perdida la "2 de marzo", Bouquet quedó de retaguardia y desalentado con el estado de las cosas, resolvió dirigirse a sus correderos, y se había retirado hacia el norte por una vereda. Los batallones de Fernández creyeron que por allí iba el grueso del ejército y gastaron tiempo en alcanzarlo, en desplegar por aquellos cerros abruptos y desttuir su pequeña guerrilla con un fuego nutrido a larga distancia. Torres Aular que venía por el camino real y debía haber caído, simultáneamente con Fernández, a Mamoncito, torció a la derecha buscando el fuego, y también se tiró por la vereda tras de Bouquet, salvándose así Hernández de combatir aquel día con fuerzas tres veces superiores. En esta persecución inútil Fernández perdió más de un día. Subiendo la serranía Hernández fué a dormir a un

cerro muy alto denominado el Ralo. El 5 siguió hacia Churuguara y acampó cerca de este pueblo teniendo al frente y a la vista al enemigo, con una quebrada profunda por medio.

Al amanecer del día siguiente entró a Churuguara. El enemigo que se había visto acampado la víspera, la división de Juan Naranjo y los Castillos, hermanos de Ceferino Castillo, de 500 hombres, asesorada por el general Claudio Hermoso Tellería, que sin tener cargo público se prestó a acompañarla en el combate, situóse en una loma elevada al sur de la plaza. Hernández podía tomar cómodamente al norte el camino de Maparará y enseguida penetrar en la selva virgen que empieza allí mismo y se extiende al Este hasta el Yaracuy. Dificilmente el ejército del Gobierno lo hubiera seguido por esta vía y en todo caso la defensa en el bosque tupido era fácil. Tal era la opinión de Franco que se había incorporado pocos días antes con su columna. Pero Hernández creyó batir a los corianos antes de la llegada de Fernández y ordenó el ataque.

Simultáneamente subieron a la loma haciendo prodigios de valor las columnas nacionalistas. A la derecha Mora y Mata, por el centro Yépez y Angarita, y por la izquierda

Franco. Después de grandes esfuerzos destrozaron al enemigo. Bernabé Mora y Luis Mata cayeron mortalmente heridos. Angarita recibió una herida de bala en la cabeza, Guerra cinco balazos, y así otros jefes. El triunfo fué brillante y completo, pero cuando los nacionalistas recogían los despojos se presentó por la izquierda, a las 11 de la mañana, el ejército de Fernández.

Hernández situó convenientemente las fuerzas que tenía a mano, al mando del valeroso Bartolo Yépez, incorporado cerca del Tocuyo con una pequeña columna para hacer frente al ejército del Ministro. Se comprometió otra acción muy corta mientras se retiraban las columnas de Hernández del campo en que habían combatido al pueblo y de éste al camino de Maparari. Hernández dió pruebas de abnegación personal para salvar el mayor número de hombres. Yépez se sostuvo hasta agotar el último tiro; el enemigo ocupó el pueblo y quedaron interceptados los que habían adelantado en persecución de los carianos.

De sus 1.200 hombres, Hernández salvó 600 solamente. Este golpe fué decisivo. El ejército de Hernández, antes compacto, vigoroso, disciplinado, quedó reducido a una columna de reliquias de diferentes cuerpos, sin una cápsula para defenderse. Las pérdidas fueron

sensibles. Bernabé Mora era el hombre más fuerte y más dispuesto del ejército. Arrogante y bueno, no economizaba esfuerzos, bien para proporcionar ganado a las tropas o para cualquier otro servicio. De hermosa presencia y cara noble, como Rondón, el héroe de Pantano de Vargas, daba la impresión de un rey africano. Dos veces fué rechazado, volvió al ataque, y al coronar la cima, cayó mortalmente herido. Entregó su faja para que la llevaran a su esposa y dió su revólver como recuerdo al joven Antonio Vallenilla Lecuna que lo había acompañado constantemente. Luis Mata no era menos brillante por su valor y su arrogante figura. Español o cubano domiciliado en Venezuela, era amado por su carácter franco: el ejército, después de su muerte, se dolía de una hija, niña interesante, que Mata había dejado en Bejuma.

Hernández esperó hasta el último momento, dando paso a los que salían. Como las fuerzas de Fernández coronaran un barranco al pié del cual debían desfilar los nacionalistas, situó al ayudante Rafael Tovar García con algunos soldados para hacerles frente, y acompañado de Santiago Maza, Leopoldo Ortega y Vicente Lecuna siguió tras de los últimos que pudieron tomar el camino de Maparará. El enemigo no los persiguió. Esa noche fueron a

acampar a ocho leguas de distancia a la sabana de Taratarare, rodeada de cerros y a gran altura sobre el mar.

De aquí en adelante las marchas fueron fáciles, casi siempre debajo del bosque, por veredas de buen camino, pero a través de lugares desiertos, sin recursos de ningún género. Los hombres marchaban silenciosos en perfecto orden, esperanzados de reponerse al llegar al Yaracuy. El día 7 caminaron ocho leguas y acamparon en la Trocha del Tigre, en plena montaña. Al día siguiente siguieron a Agua Blanca, siete leguas. El 9 pasaron por Agualinda y fueron a dormir al Cubes, nueve leguas del punto anterior. En cada uno de estos sitios no había sino un solo rancho de indios miserables. Este día ocurrió un incidente que revela el carácter de Hernández. Se le había dicho que no era conveniente que dejara de retaguardia la fuerza de Adames, formada en Cuicas y que se le había incorporado antes de la entrada a Carora. Fundábase el consejo en que esos hombres eran los únicos que había allí de occidente y probablemente no querrían seguir al centro de la república en el estado en que se hallaba el ejército. Hernández, en el campamento de Agua Blanca, habló expresamente con Adames, hombre serio y respetable. Le expuso, con el optimismo que le era habitual, las ven-

tajas adquiridas por la revolución, y quedó satisfecho de los ofrecimientos de Adames. Al día siguiente, a poco de comenzada la marcha, cuando los soldados de Cuicas se dieron cuenta de que cruzábamos rumbo al centro y viéndose sin obstáculo material, retrocedieron al pasitrote. Dada la alarma, Hernández detuvo la marcha y fué sólo a alcanzar la retaguardia que se le escapaba. Demorándose en regresar, el general Franco dijo: "Señores, no debemos dejar solo a nuestro general", pero Santiago Maza, joven de Valencia, abnegado y valiente, que siendo ayudante hacía de jefe de estado mayor, desenvainando la espada exclamó: "El general dijo **firme** y **firme** todo el mundo". Las tropas quedaron inmóviles, en silencio, largo rato. Al fin regresó Hernández con los de Cuicas. "Viejo canalla, le decía al general Adames, poniéndole el revólver en la cara, creías que yo era cualquier palo de maracas! No te mato, porque soy muy bueno". Los soldados fueron distribuídos en los cuerpos, y Adames y los oficiales conducidos presos hasta El Hacha. Del Cubes en adelante la situación era angustiosa por el hambre que devoraba a las tropas. La casa del Cubes, de paja bien hecha, abrigaba una familia honrada y parecía tener algunos recursos, sin embargo quedó intacta, como todos los sitios por donde pasó

Hernández. Tal era la disciplina de sus hombres. Sus tropas, es verdad, vivían del país, pero él hacía las requisas con orden perfecto, sin violencias, apelando al patriotismo de los partidarios y pagando los víveres cada vez que tenía dinero. Los mismos arrieros que tropezaban con su ejército eran respetados y cuando se veía obligado a exigir víveres lo hacía en proporción de los recursos de cada uno y dando recibos. Sólo una vez se negó a esta formalidad, por dos reses propiedad de Ceferino Castillo, antiguo jefe conservador, ahora del Gobierno, diciéndole al mayordomo: "Escríbale a Ceferino que me venga a pedir el recibo a mí".

El amo de la casa del Cubes se prestó a servir de baqueano. Al día siguiente, 10 de junio, a las cuatro leguas, las tropas pasaron al mediodía por el pueblecito de indios nombrado Guaydima, también respetado por la hambreada tropa. Allí los soldados cogieron a un negro que después se supo era espía de Ramón Guerra. Desgraciadamente el oficial, de Guarico, encargado de su custodia, lo dejó escapar. Allí aconsejamos a Hernández que botara el parque, compuesto únicamente de máuseres sin municiones, y las bestias, y nos llevara por algún sendero de la selva, abandonando el camino trillado que seguíamos, si quería regresar

al centro, o bien que nos dejara enguerrillados y por la costa se embarcara a Curazao, a buscar armas en el extranjero. Días antes había venido al ejército un guerrillero llamado Vásquez que podía servir de guía, pero Hernández no quiso adoptar estos expedientes. Por su orden se había interrogado al negro espía y por él se supo que Ramón Guerra estaba en Duaca con el ejército principal del Gobierno. Ahora bien, esta posición, disponiendo Guerra del ferrocarril y de teléfonos en las estaciones, le daba la ventaja de poder concurrir en corto tiempo a cualquier sitio de la línea de Barquisimeto a Tucacas que forzosamente debíamos cruzar para seguir al centro, por lo que se podía decir que era seguro el encuentro con el enemigo, fresco, superior en número y con municiones sobrantes, mientras los nuestros estaban aniquilados por el hambre, con las bestias despeadas y sin cápsulas. El ejército acampó tres leguas más adelante, a la orilla derecha del río Tocuyo, bastante hondo en el paso. La marcha el 11 fué de 10 leguas, yendo las tropas a acampar en el sitio, despoblado como todo el trayecto, de las Vegas. Al día siguiente debíase cruzar la línea del ferrocarril en Yumare, cerca de El Hacha.

Angarita, vendada su herida en la cabeza, llevaba la vanguardia de 100 hombres. Poco

después seguían, formando el cuerpo de batalla, el viejo Matute, Froilán Barreto, Antonio Quintero, Antonio Vita y otros, cada uno con las reliquias de sus cuerpos. Leopoldo Ortega llevaba los restos de la "2 de marzo", de hombres que por veredas se habían salvado del desastre de Pocos Grandes y habían venido buscando al ejército.

Las fuerzas de Ramón Guerra estaban emboscadas a uno y otro lado del camino, ocultas por el monte espeso, y tenían orden de dejar pasar la vanguardia sin disparar un tiro, creyendo que Hernández iría en el cuerpo principal. Pero no fué así. El había pasado la línea férrea con Angarita cuando reventó el fuego del enemigo. Hernández se devolvió solo y se unió al cuerpo principal. Todavía pudo salvarse llevándose las tropas que tenía a mano, pero no quiso abandonar a los demás. Situó algunas guerrillas para contestar el fuego con fusiles de pistón, únicos que tenían algunas municiones. El fuego del enemigo hacía caer una lluvia de hojas sobre los de Hernández, causando muy pocas bajas. Cuando Hernández cargaba con un puñado de hombres para que los suyos siguieran la marcha, una columna del Gobierno cortó la línea y lo hizo prisionero con los que lo acompañaban. Muchos, agobiados por el hambre, se entregaron a las

fuerzas del Gobierno, pero muchos también no quisieron rendirse y se salvaron. Viendo Hernández más tarde, en El Hacha, entre los prisioneros, a casi todos los amigos que más estimaba, recomendó al general Leoncio Quintana, su amigo personal, jefe de Estado Mayor del Gobierno, hiciera solicitar a los que no estaban allí, así es que varias compañías recorrían el campo voceando los nombres de estos. Dos días después Froilán Barreto y Vicente Lecuna, los principales de los recomendados por Hernández, entraron al pueblo de La Luz, cada uno con un grupo numeroso, a solicitar garantías que les fueron concedidas. Así terminó el ejército de Hernández, el 12 de junio, y su valiente e infortunado jefe fué conducido al castillo de San Carlos en el Zulia. Sólo se salvó Angarita con sus 100 hombres, internándose en el Yaracuy. Años más tarde, después de la segunda revolución del nacionalismo, Hernández y Ramón Guerra ocuparon largo tiempo un mismo calabozo del castillo de San Carlos.

ULTIMOS SUCESOS

El 1° de junio, una columna del Gobierno, mandada por Lorenzo Guevara, peleó en el paso de Manapire a Francisco Belisario. El Gobierno se atribuyó el triunfo, pero el 4 los mismos contendientes se batieron de nuevo en la Morita. En la misma región del oriente del Guárico combatieron: el 5 de junio el nacionalista Candelario Abad y el jefe del Gobierno J. M. Díaz; y el 18, en el Paso de la Quebrada de Cartanal, el revolucionario Lorenzo Corado y A. M. García Fuentes.

En Carabobo también hubo varios combates en este mes: Santiago Sanabria, nacionalista, contra José Ostos en Nirgua el día 1°; Salvador Gordils se batió tres veces, a saber: el 4 en Guayabal contra el gobiernista J. R. Quintana, el 8 en el Naipe con J. A. Rodríguez Maceira, perteneciente a la división Fonseca, y el 16 haciendo frente al célebre liberal Gregorio Cedeño en Paya, quedando el nacionalista siempre en pié a pesar de una grave herida re-

cibida en este combate. Mientras tanto otro personaje del partido liberal, el general Raimundo Fonseca, operaba sin éxito contra Pedro Conde, por los lados de Bejuma, en cuyas cercanías tuvieron un combate el 13 en el sitio nombrado Los Potreros.

En la sección Barcelona se señaló un nuevo alzado, Gregorio Bastidas, y tuvo un combate en Macapaina de Mamo contra los jefes locales Hernández y Maica.

En Cojedes hubo dos combates nobles en junio: el 5 en Camoruco, entre Landa del Gobierno y Antonio Rodríguez Orozco, y el 18 en el Paso de Orupe, cerca de Pavones, entre Luis Loreto Lima y el valiente indio barcelonés Braulio Yaguaracuto. Este combate consistió en meras escaramuzas de caballería, en las que Lima inflingió pérdidas al Gobierno.

También se combatía en la región de Caracas, rigiendo las armas del Gobierno Fernando Pacheco. Ramón Perdomo, nacionalista, el 5 en Naiguatá hizo frente a Delfín Rodríguez, y el 14 en el sitio de Pacheco, en Barlovento, Natividad Mendoza dispersó a Narciso Istúriz. En la misma ciudad de Caracas, un grupo de revolucionarios acaudillado por Roseliano Sandoval, fué dispersado el día 13 al norte del Hospital Vargas, cuando se organizaba para alzarse.

Los combates del mes de junio en Guayana fueron estos: Sergio Morales en Curagua, el 12, contra el gobiernista Tomás Briceño, y José Angel Urbina, de la revolución, en Becerra el 29, contra M. J. Contreras. El mando superior, por el gobierno, lo ejercía Diego B. Ferrer.

En Trujillo se había puesto en armas Blas Biceño, denominado El Chato. Unido a Araujo Sánchez sostuvieron el 6 de junio un combate en la Loma de las Palmas, cerca de Jajó, contra el general Espíritu Santo Morales.

En el Táchira los alzamientos fueron de los más importantes. Buenaventura Macabeo Maldonado levantó el estandarte de la rebelión con el mayor éxito. El 6 batió en Borotá a Matías Ramírez y el 12 sostuvo un combate indeciso contra el general Juan Pablo Peñalosa en el puente de San Cristóbal. Luego entró en acción el Dr. Carlos Rangel Garbiras, jefe de un partido importante, y unido a Maldonado pelearon a J. M. Salazar, en los Pericos, en los días 14 y 15 de junio, pero al otro día fueron batidos por Peñaloza en San Josesito.

En los primeros días de julio todavía se dieron algunos combates: Sergio Morales el día 4 en la Sonora, y Zoilo Vidal en Aracaima el 14 y en el Yuruary. Este último combate lo

sostuvo Pablo Guzmán con sus tropas de Barcelona.

El 6 de julio Pedro Antonio Matute, en Pavones, de Zamora, luchando contra Parra Pacheco.

En casi todos estos combates el Gobierno se atribuía el triunfo y no hay duda que en la mayoría llevaría la ventaja: facciones mal armadas y escasas de municiones tenían que ceder el campo a fuerzas homogéneas provistas de armas de precisión, pero las facciones se retiraban y volvían a la carga, cada vez más pujantes. Si Hernández, en lugar de la esteril marcha al occidente hubiera maniobrado en los llanos, donde la infantería bien equipada del Gobierno es menos eficaz, es muy posible que prolongándose la lucha y descomponiéndose rápidamente el Gobierno por la falta de una voluntad enérgica que supiera sofrenar tantas ambiciones y organizar la hacienda, la revolución habría triunfado. En la rápida enumeración que hemos hecho se ha visto cómo el nacionalismo, a pesar de las causas adversas señaladas páginas atrás, fué aumentando sus fuerzas en muchas regiones del país.

APENDICE

A continuación se insertan varios documentos relacionados con el relato anterior, los que el autor quiso incluir aquí para mejor información de los hechos narrados y sin hacer modificación alguna a la redacción de los mismos.

PROCLAMA DE QUEIPA.

EL GENERAL HERNANDEZ A LOS VENEZOLANOS.

Venezolanos!

He sido el primero en condenar las revoluciones armadas como medios ocurrentes para resolver los problemas y conflictos de la política nacional.

Con la palabra, con el ejemplo, en todos los instantes de mi diáfana vida pública, logré infundir y mantener en el ánimo de mis decididos partidarios, el más profundo respeto a las Instituciones, un odio franco a la guerra, un culto religioso por la libertad y un amor ferviente por la paz de los pueblos.

Venezuela íntegra me ha visto atravesar de un extremo al otro de la Patria con la rama de oliva en una mano y el Decálogo de los grandes principios del Partido Liberal Nacio-

nalista en la otra, sorprendida y regocijada ante el nuevo espectáculo del alborear de la República.

Hombres de buena fé, corazones sencillos, juventud limpia de máculas se alistaron bajo el glorioso tricolor de la Nueva Causa, proclamando mi candidatura a la Presidencia de la Nación para el período que debió comenzar el anterior veinte de febrero. Pero ¿habrá olvidado nadie el sangriento sarcasmo de setiembre, ni el torpe corolario de octubre?

El general Crespo, con felonía sin igual en los anales cómicos de nuestras libertades públicas, después de signar cien veces el juramento no pedido de amparar el derecho de los pueblos, de acatar su voluntad soberana, consumó bajo las sombras de la noche del 31 de agosto, el más trascendental de los crímenes políticos, formando el ejército en el sitio de la ciudadanía: el primero de setiembre de 1897, quedó herido de muerte en la plaza pública, y a nombre del Gran Partido Liberal, el sufragio de los venezolanos, e impuesto un extranjero para regir los destinos de la Patria en el período de 1898 a 1902....!

Entonces, inspirado como siempre en la virtud del patriotismo, decidido a coadyuvar al mantenimiento de la paz, juzgué oportuno derivar las corrientes bélicas de la opinión gene-

ral, acudiendo a los tribunales de justicia en demanda de la gran reparación debida a la Ciudadanía; y cuando, —concluído el expediente de la querella que había de someterse a la decisión de la Alta Corte Federal, en que se pedía la anulación de un proceso de elecciones viciado en sus comienzos o raíces por obra de la fuerza más deshonestamente descarada— ya se aprestaban los hombres del Foro a incoar las acciones conducentes a devolver sus fueros a los electores y su prestigio al sistema republicano, el general Crespo persiguió y redujo a prisión a sus más leales adversarios, sin encubrir siquiera bajo velos de legalidad el atentado; impidió con esto el procedimiento regular de las leyes, ganando el litigio por virtud de las brutalidades de la fuerza, como lo hicieron siempre la sinrazón y la injusticia en todas las épocas vergonzosas de la historia.....

Parto de tan enorme monstruosidad política, fué la imposición del general Ignacio Andrade para presidir a Venezuela rompiéndose desde aquel momento el hilo de la constitucionalidad y el libro de las Leyes augustas que dictamos, los hombres del Legalismo, en la Asamblea de 1893!

No es, pues, un Presidente constitucional, el señor general Ignacio Andrade, y no habrá poder ni consideraciones terrenas capaces de

borrar su pecado original!... El país que ha dado tantos ilustres hijos a la tierra americana no puede consentir en caer bajo la férula del extranjero, afiliado al partido de los despotismos tradicionales en Venezuela. Sería una ignominia!

Para sostener sus funestas imposiciones y consolidar un encubierto continuismo, el general Crespo acaba de organizar militarmente la República, vulnerando una vez más los derechos de los Estados Federales, cuyas autonomías amengua y abate con decretos ignaros e ilegítimos; y a fin de afianzar su personal predominio sobre el vicioso régimen impuesto por las manoplas de la fuerza, ha colocado a la cabeza de aquellas moribundas Entidades, a los sombríos cómplices de sus largas fechorías quinquienales; ha sustraído las armas del Ejército del Parque Nacional y traspuéstolas con sigilo a los cuarteles de su feudo de Maracay; ha comprometido las Rentas futuras del País, esquilmando el Tesoro con escandalosas exacciones; ha recrudecido la miseria de las clases laboriosas; creado la holgazanería por la avaricia de instintos mercantiles y prácticas torcidas, que desenvuelve y realiza por medio del contrabando.

!Y es ése, Ciudadanos, el legado de vergüenzas que el Candidato extranjero, impuesto

por la bota del feroz Dictador, **ha jurado cumplir, respetar y trasmitir**.....! Es ése el sistema de Finanzas con que habrá de resucitar nuestro Crédito ante el mundo, el heredero de Crespo!! Esa la política que desarrollará ante vuestros ojos sorprendidos.

Conciudadanos! Es una dolorosa imposición de las circunstancias, la guerra civil; porque es el camino único que puede conducirnos a un cambio radical en los sistemas políticos y administrativos, cuando la oligarquía de los de arriba cierra, con tenacidad conservadora, las puertas y los oídos a las aspiraciones populares!

Bajo el dominio de la oligarquía amarilla, encerrada en el castillejo feudal de sus exclusivismos, incompatible con el progreso de las ideas, con la marcha ascendente de la Democracia y con los principios científicos de una Federación **positivamente federalista;** bajo el imperio de esa bandería oligárquica, el país ha retrogradado hacia el absolutismo colonial, hacia la más despótica y absorbente centralización política! Para apartarlo de esa vía, sembrada de ruinas y desolaciones, en la que el carácter se degrada, la virtud se vilipendia y descuellan la inepcia y la maldad por sobre las florescencias del bien, la guerra es una necesidad imperiosa... Agotados los recursos aconse-

jados por la tolerancia, la insurección es un derecho inmanente de los oprimidos.... Sólo ella, bajo la égida de una Causa más humanitaria y expansiva, más fiel a sus orígenes y propósitos, puede salvar el país del abismo de miserias a que se le conduce. Y la causa única, llamada a realizar el milagro de la reconstitución moral, política y económica de la Patria, es la LIBERAL NACIONALISTA, que me honra con su primacía directiva y tremola por enseña el lábaro tricolor de los padres libertadores; porque ella quiere imprimir al Capitolio el sello de una austera probidad, tanto más necesaria hoy, cuanto que ya es moneda escasa, en los círculos y en los hombres de la política, virtud tan propicia al engrandecimiento nacional, al respeto de las Naciones y a la prosperidad de los venezolanos; y porque quiere definir con la práctica constante de los principios democráticos, cuál es la energía de que han menester los Partidos y los Gobiernos para realizar los fines supremos de la Causa y de los pueblos, diversa de la energía de los déspotas, que sólo tiene por auxiliares el terror y el hierro, para imposición del mal, y de los caprichos de la soberbia y la estulticia.

Conciudadanos! Recojo el guante de acero con que ha sido rota y ensangrentada la faz de la República!

Compatriotas! Respondo al llamamiento que me hacéis para encabezar la hermosa cruzada de la redención de Venezuela! Y os prometo, en cambio de vuestros esfuerzos y en pago de vuestro patriotismo, —con el triunfo más rápido y feliz— el planteamiento y práctica del Programa de la **Causa Liberal Nacionalista**, de la que es una somera síntesis mi **carta de 20 de febrero del año retropróximo!**

Soldados! Os prometí, con el cese del reclutamiento forzoso, el término de vuestros dolores y desgracias, aglomeradas sobre vuestras espaldas en más de cinco lustros de opresión y servidumbre! Vengo a cumpliros mi palabra; venid vosotros a engrosar las filas de mi Ejército, para que, con las hazañas épicas de que sois capaces, os hagais más dignos aún de merecer tal recompensa! Sabed, soldados! que bajo las banderas amarillas alzadas por la Usurpación en el Capitolio, no caben los militares pundonorosos, sino los sostenedores de la ilegalidad y la traición, los cómplices del delito del primero de setiembre! Los soldados leales a la ley, leales a la República, leales a la Democracia y enemigos de la Oligarquía, cabrán siempre holgadamente bajo el tricolor estandarte de las libertades, enseña de la Causa Liberal Nacionalista!

Estados federales! La hora de reconquistar vuestra perdida autonomía acaba de sonar en el reloj de los sucesos faustos! Para romper los vínculos forzados con la Tiranía del Centralismo de Caracas os mantiene unidos contra toda justicia, contra toda equidad, explotando vuestras riquezas sin fiscalización ni orden; imponiéndoos gobernantes que no son hijos de vuestro suelo, no os queda otro camino, ya que tenéis agotados los de la paz y la prudencia, que el de la guerra civil pronta, potente y eficaz! Os he prometido la Autonomía que preside el gobierno de los países federativos y la tendréis cumplida por obra de vuestro entusiasmo y de vuestro derecho.

Juventud de Venezuela! No es en la molicie de las grandes ciudades, sino en los combates por la Patria y la libertad donde se cosecha el laurel de una gloria inmarcesible; donde se forman los soldados invictos, los libertadores de los pueblos oprimidos!

Venid! jóvenes íntegros y briosos a ofrendar vuestra sangre en los campos de batalla; a superar los hechos magnos de los genitores; a acometer proezas dignas de la inmortalidad de la epopeya por la redención de vuestros hermanos, por la vindicación de los derechos populares, vilmente rotos y escarnecidos por la mano sacrílega de los déspotas! Venid, jóve-

nes patriotas a comandar legiones de hombres libres, prontas a romper todos los yugos que pesan sobre el pueblo de Venezuela!

Juventud! La pasividad y la indolencia son los grandes cómplices de los graves males que afligen a la Patria. No sancionéis con un solo acto en un solo instante de flaqueza, el inaudito crimen de setiembre!...

No caben componendas ni transacciones con el mal! Legaríais a vuestros pósteros una herencia infamante, si escucháis los halagos y siguiéseis las banderas de un Poder inícuo, nacido del seno de la traición, en la noche infausta del 31 de agosto de 1897!

Juventud de la República! El ejército nacionalista reclama vuestro coraje y vuestros sacrificios para vencer los opresores del Pueblo! El pabellón nacional necesita de vuestros brazos para ser clavado en la cima del Capitolio de Caracas!

Compañeros de armas! En el momento que os hablo, cinco mil combatientes aguardan vuestra voz y vuestro ejemplo, para ir a paso de vencedores a la Capital de la República! Y vosotros, los que habéis compartido conmigo los laureles conquistados desde Araciama hasta Orocopiche, superad con vuestros nuevos hechos, las heroicidades que realizásteis bajo el iris nacional!

Soldados de Guayana! De la boca de vuestros fusiles y de la punta de vuestras lanzas depende la ventura y la gloria de Guayana! Cada uno de vosotros vale tanto como un ejército! Id LIBERALES NACIONALISTAS al frente de las legiones de la Libertad, a la restauración de vuestra Autonomía, al sojuzgamiento de los tiranos!!

Viva la República!!

Viva el Partido Liberal Nacionalista!!

Viva la Bandera Nacional!!

Cuartel General en Queipa a 2 de marzo de 1898.

José Manuel Hernández.

SOBRE LA MUERTE DEL GENERAL CRESPO

COMUNICACIONES DEL SR. JOSE RAFAEL NUÑEZ, QUIEN FUE SECRETARIO DEL GRAL. CRESPO.

Caracas: 26 de Enero de 1934.

Sr. Dr.

Vicente Lecuna

Presente

Apreciado Dr. y amigo:

Me es grato contestar la atenta carta de Ud. fecha 8 del corriente, relativa al itinerario de marchas de la campaña del Gral. Crespo contra las fuerzas nacionalistas del Jefe rebelde Gral. Hernández.

De la salida del ejército de Maracay, estada en Valencia, paso por Tocuyito, La Mona, pueblo de Miranda, Bejuma, Salón y Nirgua no conservo datos ni fechas. El Secretario del ejército, Dr. Eduardo Henríquez, (de Valencia), era quien llevaba el Diario Militar de la campaña. Por este motivo no puedo precisar las fechas comprendidas en el lapso de tiempo del día 11 al 22 de marzo de 1898.

Para corresponder a los deseos de Ud. tomo de las pocas notas que he logrado conservar el itinerario de marchas, que tengo el honor de acompañar a la presente carta, junto con algunas notas sobre la campaña, deseando que puedan servir al noble propósito de Ud., de trasmitir a la posteridad hechos gloriosos del Gran Caudillo, que ofrendó su vida por la Patria.

Las notas sobre la muerte del Gral. Crespo las escribí hace algún tiempo y se publicaron con algunas supresiones.

Reitero a Ud. las consideraciones de mi distinguida amistad y me suscribo su atento S. S. y amigo,

José Rafael Núñez.

El día 14 de Abril de 1898, después de un pequeño descanso en "Sabana de Are", la columna lijera que conducía el Gral. Crespo continuaba su marcha de persecución sobre el rastro de las fuerzas revolucionarias del Gral. José Manuel Hernández.

Esta columna se componía del primer Batallón de la Guardia, al mando del Gral. Isidoro Wiedemann, y de dos Batallones de línea, mandados por los Generales Donato Rivero y Martín Muguerza.

Por la noche acampamos a campo raso: serían las 10 p. m. cuando se oyeron disparos de fusil algo distantes; eran fuerzas del Crnel.

Elías Maduro que a esa hora habían alcanzado la retaguardia del Gral. Hernández, en el lugar llamado "Peñalito". Las fuerzas del Crnel. Maduro, pertenecían al Estado Zamora, y aunque bajo las órdenes del General en Jefe, no se nos habían incorporado todavía.

En la mañana temprano del día 15 llegamos a "Peñalito": allí tuvimos noticias del tiroteo de la noche anterior: el enemigo había continuado marcha y el Crnel. Maduro le seguía de cerca; recogimos en el campo y se curó un soldado herido de las fuerzas del Gral. Hernández, continuando nuestra marcha hacia "Las Majaguas", donde acampamos a las 12 m.

Hasta esa hora sólo sabíamos que el enemigo había pasado por aquellos lugares, en marcha precipitada, y que el Crnel. Maduro le seguía de cerca. Nuestro sistema de espionaje era desgraciadamente deficiente e ineficaz. Por nuestra marcha sobre la huella del enemigo y algunos vagos informes sólo podíamos calcular que el encuentro tan deseado sería pronto e inevitable, como era el supremo anhelo del General en Jefe.

En "Las Majaguas" se racionó la tropa y se le dió descanso hasta la tarde que salimos para acampar en el pueblo de Cojedes; aquí se nos informó que esa misma tarde, de dos a cuatro, se había oído un vivo tiroteo en la sabana.

Eran las fuerzas del Crnel. Maduro contra el enemigo que se encontraba ocupando la fuerte posición de "La Mata Carmelera".

Durante toda la noche se mantuvo la mejor organizada y más activa vigilancia que soldado experto pueda observar en campo enemigo, en vísperas de un choque que debía definir los destinos de la guerra; pero ni desertor, ni fugitivo, ni heridos, ni posta alguno llegó a nuestro campamento. Circunstancia singular que llamaba la atención del General en Jefe, y lo hacía conjeturar que la columna del Crnel. Maduro había sido aniquilada en una emboscada, tan frecuente en la guerra de asaltos de los llanos, con caballerías lijeras, dirigidas y mandadas por audaces y habilísimos lanceros como los Loreto, los Lima, los Barreto, etc., o lo había abandonado, pasándose al enemigo.

Triste conjetura que debía acarrear más tarde tremenda, desastrosa consecuencia.

El Crnel. Maduro, oficial veterano, distinguido y valeroso, en contacto con el enemigo por más de 48 horas tuvo la imprevisión de no comunicar al Gral. en Jefe noticia alguna del enemigo, ni sus fuerzas, ni sus condiciones, ni su posición y cometió la imprudencia de comprometer una acción personal que le fué funesta.

En la madrugada del día 16 de Abril, ignorando lo acontecido el día anterior, pero impacientes por dar alcance al enemigo, se levantó el campamento y nos pusimos en marcha hacia las sabanas de Cojedes, donde suponíamos que el enemigo había pasado la noche.

Ese día debía ser dolorosamente cruel para el Ejército, y trágicamente funesto para la Patria y el Partido Liberal: estaba señalado para ver desaparecer, fulminado por bala enemiga, envuelto en la bandera de su Causa, al más gallardo, al más heróico, al más valiente y abnegado, al último Gran Caudillo del Liberalismo Venezolano: El Gral. Joaquín Crespo.

Serían las 7 de la mañana cuando empezamos a divisar en la llanura, por entre matorrales y chaparrales, pequeños grupos de gente a caballo que iban siendo más numerosos y visibles a medida que avanzábamos: el Gral. Crespo mandó hacer alto para reconocer el terreno y tomar las disposiciones de combate; en ese momento empezamos a experimentar un vivísimo fuego sobre nuestra línea de batalla y el grupo que, detrás de nuestra línea, formaban el Gral. Crespo y sus Ayudantes, entre los cuales se encontraban los distinguidos oficiales Dres. Isaac y Ernesto Capriles, Antonio Luisi, (italiano), Jesús Montenegro, Crnel. Rafael María Carabaño y el suscrito. Estaba allí

también el Gral. Wiedemann, Jefe del batallón de vanguardia.

Ya el Gral. Crespo, con la precisión de gran táctico que poseía, había reconocido y apreciado el campo enemigo y su posición, y con la serena calma y la sangre fría admirable, inseparables de su alma heróica, que constituían sus más grandes dotes de guerrero insigne, aún en los momentos más graves y decisivos, como en "Caño Amarillo", "Arauca", y "La Cortada del Guayabo", sonriente, tranquilo, indiferente a las balas, nos señalaba el campo, la fuerte posición del enemigo, que debía ser nuestro objetivo en el combate, y radiante de alegría, como un héroe de la Roma de Fabio, Scipión, Cincinato, nos decía: "Aquí pelearemos duro"; nos hablaba de la victoria y de la gloria; aconsejaba a Wiedemann, siempre fogozo, pelear con calma, y le ordenaba ir a ocupar su puesto, y al Crnel. Carabaño y al suscrito, quienes, en el momento del combate, hacíamos las veces de capitanes de compañía, que fuéramos a ocupar los respectivos puestos que nos había señalado en la línea de batalla.

Ya en nuestros puestos esperábamos que el clarín de guerra nos ordenáse el principio de la batalla. Vana espera!

El fuego del enemigo se hacía por momentos más y más intenso.

El Gral. Crespo se había desmontado de la mula que cabalgaba, y hacía ensillar el caballo peruano. Crespo, a quien el humo de la pólvora comunicaba un valor temerario, prodigaba imprudente su persona y exponía su preciosa vida: su talla hercúlea, llevando gran sombrero de Panamá, manta blanca, que flotaba al soplo del viento, y montado en aquel hermoso corcel de guerra, a campo raso, era blanco demasiado visible, expuesto inexorable, fatalmente a los certeros disparos de los cazadores que subidos a las copas de árboles seculares de "La Mata Carmelera" tenía apostados el Gral. Hernández, asechando la vida del insigne, gran Caudillo.

Serían las 8 de la mañana, cuando de ese grupo de cazadores emboscados, partió la bala que hirió por el pecho y arrebató la existencia al héroe glorioso que consagró toda su vida al servicio de su Patria y de su Causa, y que si fué grande, generoso y magnánimo en los consejos del Gobierno, lo había sido aún más en los campos de batalla.

La muerte del Gral. Crespo en tan tristes y trágicas condiciones, será siempre una alevosa cobardía, un baldón eterno, que la Historia sin miramiento alguno arrojará sobre sus enemigos; pero Crespo, caído en el campo de batalla, frente al enemigo, ofrendando en holocaus-

to una vida ilustre, llena de virtudes heróicas, en defensa de las Instituciones Liberales, que habían constituído para él, desde niño, su ideal, su credo, su religión, espera el fallo justiciero de la Historia y la apoteosis que las generaciones del porvenir tienen el sagrado deber de consagrar a sus magnos hechos, a su glorioso nombre, a sus eximias virtudes píblicas y privadas de ciudadano, de soldado, de caudillo insigne.

La muerte del Gral. Crespo fué instantánea. Sus Ayudantes cumplieron valiente y lealmente su deber. En hamaca sacaron del campo de batalla, bajo los fuegos enemigos, el cadáver de tan ilustre Jefe y lo llevaron a Acarigua, donde, con los elementos de que podían disponer, lo prepararon para conducirlo a Caracas, como lo hicieron vía Barquisimeto.

El enemigo que ignoró la muerte del Gral. Crespo abandonó el campo de batalla sin recorrerlo.

Los restos de nuestras fuerzas contramarcharon hacia el pueblo de Cojedes para la debida reorganización y la continuación de la guerra.

Caracas: 5 de febrero de 1,922.

El Comisario General de Guerra
Secretario de Ejército,

José Rafael Núñez.

ITINERARIO DEL EJERCITO DEL GOBIERNO

(Relación hecha por el Sr. José Rafael Núñez)

26 de Marzo	Llegada a El Pao. De este pueblo salió el ejército el día
27 de Marzo	y fué a acampar por la noche al sitio de Agua-buena de donde salió el día
28 de Marzo	que acampó en la Paja-brava.
29 de Marzo	Salida y marcha por el camino de La Peonía y acampó en el sitio de La Canoa.
30 de Marzo	Salida por camino real de El Baúl. A las 12 m. se acampó en El Totumo-Barretero.
31 de Marzo	Se continuó la marcha, pasando por el hato de Campo Alegre, la puente de Santo Domingo, y se acampó en la laguna de El Manco.

1° de Abril	Salida de este campamento por La Yagua - Las Culatas. A la 1 p. m. descansó en el caño Santo Domingo y durmió en Las Garzas.
2 de Abril	Salida de Las Garzas, pasó por el Ave-María a tomar campamento al pueblo de El Baúl.
3 y 4 de Abril	Permanencia del ejército en El Baúl (San Miguel) para descansar de marchas largas y forzadas, y hacer provisiones.
5 de Abril	Sale el ejército de El Baúl, pasó por el caserío Sucre y fué a descansar y comer al Eneal de Bejuquero, donde pasó la noche.
6 de Abril	Salida de El Eneal; se contramarchó hasta el paso real de Cojedes, pasando por Santa Rita, donde acampó.
7 de Abril	Salida de Santa Rita, costa del río Cojedes, hasta Santa Cruz, donde acampó.
8 de Abril	Salida de este lugar, hacia Sabaneta de Turén, acampando en El Amparo.

9 de Abril	Salida de aquí para acampar en Canoita, de donde se destacaron dos batallones a ocupar y dormir en Chingalí.
10 de Abril	De Canoita salió el ejército vía El Playón (Santa Rosalía) donde acampó.
11 de Abril	Salida de Santa Rosalía. A las 10 a. m. pasó La Portuguesa por el puerto de La Florida, y acampó en El Castaño.
12 de Abril	Salida de El Castaño para La Aduana, donde se le dió algunas horas de descanso a la tropa, para continuar la marcha por la tarde y dormir en Charco de Guamito.
13 de Abril	Salida de este sitio a San Pedro, donde descansó para ir a dormir a Sabana de Are.
14 de Abril	Marcha y campamento cerca del vecindario de Peñalito.
15 de Abril	Marcha temprano, vía Peñalito (Payara), hasta Las Majaguas, donde comió la tropa, saliendo por la tarde

a pasar la noche en el pueblo de Cojedes, donde se tomaron las disposiciones para el combate que se debía efectuar al día siguiente,

16 de Abril

según todas las probabilidades. Así sucedió en efecto en el sitio "Mata de la Carmelera" que debía ser funesto para el Ejército Nacional, porque al iniciarse el combate, cae mortalmente herido en la línea de fuego, frente al enemigo, el glorioso soldado, el Caudillo ilustre de la Causa Liberal, el noble y valeroso CRESPO. Después del desgraciado combate, concentrados los efectivos de las fuerzas que en él tomaron parte, se dispuso la retirada hacia el pueblo de Cojedes, pasando la noche en San Rafael de Onoto.

17 de Abril

Continúa la retirada por Camoruco - San Carlos - El Tinaco. Desde esta población trasmitió el suscrito el

parte oficial del combate de la Mata de La Carmelera al Jefe de Estado Mayor, Dr. Atilano Vizcarrondo.

19 de Abril Llegó el ejército a Taguanes - Tinaquillo, donde se hizo la entrega por el suscrito de las fuerzas que había logrado reunir y conservar, con su parque, heridos, banderas, etc. del ejército que estaba al mando del Gral. Crespo, al nuevo comando Militar designado por el Gobierno Nacional, bajo las órdenes del Gral. Ramón Guerra, quien continuó dirigiendo las operaciones de la campaña hasta el término de la guerra.

El Gral. Hernández, que abandonó sus fuertes posiciones precipitadamente, sin recorrer el campo de batalla, ignoró la muerte del Gral. Crespo, porque es inconcebible que un Jefe experto y de pericia militar, dejara de aprovechar aquel

momento decisivo y único en los combates, para redoblar el ataque y activar la persecución, sin descanso, del enemigo que se retiraba sobrecojido de temor ante la tremenda tragedia de la muerte fulminante de aquel gran caudillo. Error militar muy grave, cometido por el Gral. Hernández, y que afortunadamente para la Patria, dió tiempo al Gobierno Nacional para organizar un nuevo ejército, que dos meses más tarde debía terminar la guerra con la derrota del ejército nacionalista y la captura de su Jefe el Gral. José Manuel Hernández, en un sitio llamado Pueblo Nuevo, cerca de la estación El Hacha, en la línea del ferrocarril Bolívar.

José Rafael Núñez.

RASGOS DEL GENERAL CRESPO SEGUN JOSE RAFAEL NUÑEZ

El General Crespo, hombre sencillo y sincero, de convicciones honradas y profundamente arraigadas en su corazón patriota, era a la par de valiente, discreto, y no adelantaba apreciaciones sobre la campaña; tenía como objetivo primordial dar alcance al ejército enemigo y para ello multiplicaba sus esfuerzos en una persecución activísima, tenaz, obstinada, efectuando marchas y contramarchas forzadas de largas horas, sin descanso, siguiendo los movimientos del enemigo. Notable falta hacían cuerpos de caballería, auxiliar eficaz para la persecución del enemigo, el que sí disponía de ellas, mandadas por Jefes valerosos, hábiles y audaces, prácticos del terreno, y acostumbrados a ese género de guerra de emboscadas y asaltos, en sabanas extensas, cubiertas de selvas y de bosques, tostadas por el ardiente sol de verano, que les permitía ocultar sus movimientos y evitar el encuentro.

A medida que el enemigo aumentaba su núcleo de fuerzas se hacían más lentos sus movimientos lo que permitía que se estrecharan las distancias de los dos ejércitos y le permitiera al Gral. Crespo perseguirlo de cerca, darle alcance y obligarlo al combate, como sucedió el 16 de Abril, en Sabana de Cojedes, en el sitio denominado Mata de La Carmelera.

El más vivo y ardiente deseo del Gral. Crespo era devolver al país su preciada paz, su prestigio a las instituciones, y al Gobierno Nacional su seguridad, su fuerza y estabilidad en el poder.

El Gral. Crespo tenía gran confianza en el triunfo de las armas nacionales y esperaba, pacificado el país, realizar los proyectos que hacía tiempo tenía en estudio para organizar sus intereses particulares. Con entusiasmo hablaba y acariciaba la idea de trasladarse al Caura para dedicarse a la ganadería en alta escala, por métodos modernos y razas de ganados seleccionados, en aquella inmensa propiedad, formando pastos apropiados y estableciendo estancias como las de la Argentina, con gente experta que traería de aquella República.

Las zonas agrícolas las haría cultivar por métodos científicos e intensivos con colonos europeos y canarios para siembras de arroz,

caña, cereales, &., y prestar al mismo tiempo atención especial a la explotación de los productos naturales, balatá, caoutchouc, sarrapia, y a la inmensa variedad de maderas finas de tinte y de construcción.

Los ganados ya formados y desarrollados los traería por el Orinoco hasta el hato de Santa Clara —en Barrancas— magnífica propiedad donde se haría la ceba y la exportación en ganados vivos, tasajo o en frigoríficos. En Barrancas se formaría una gran factoría y centro comercial de ganadería, en contacto y relación con todos los ganaderos del Oriente, Guayana, Guárico y Apure.

Esos eran los proyectos y propósitos del Gral. Crespo, en su inmenso amor a la Patria, para la que deseaba un porvenir de gran progreso, prosperidad y grandeza

(firm.)

José Rafael Núñez.

INDICE

INDICE

Pág.

Prólogo.. 9

Introducción.. 17

Gira Electoral.. 37

Burla de las Elecciones.. 55

El Alzamiento.. 69

Primeros movimientos.. 73

Entrada a Tinaquillo.. 77

Combate de Tinaquillo.. 85

Hernández burla la combinación de Crespo.. 89

Crespo activa la persecución.. 93

Marcha al Sur.. 97

Hernández cruza hacia el Noroeste.. 99

Combate de Peñalito.. 103

Combate del Carmelero.. 105

Combate del Carmelero (conclusión).. 109

Sobre la muerte del Gral. Crespo.. 117

Pág.

Marcha hacia Valencia.. 121

Otros alzamientos en Marzo.. 123

De Valencia al Yaracuy.. 127

El Desembocadero.. 133

Churuguara.. 149

Ultimos Sucesos.. 161

APENDICE

Proclama de Queipa (El Gral. Hernández a los Venezolanos).. 167

Sobre la muerte del Gral. Crespo, (Comunicaciones del Sr. José Rafael Núñez, quien fue Secretario del Gral. Crespo.. 177

Itinerario del Ejército del Gobierno.. 185

Rasgos del Gral. Crespo, según José Rafael Núñez.. 191

Indice.. 196

GRABADOS:

Uno de los últimos retratos del Dr. Vicente Lecuna. . . . 6

Gral. Joaquín Crespo.. 33

Candidatos presidenciales para 1898.. 57

Gral. José Manuel Hernández.. 65

Casa propiedad del Gral. Hernández, en Caracas.. 73

Interior de la casa del Gral. Hernández.. 81

Un lugar histórico: Sitio de la Mata Carmelera, donde murió el Gral. Crespo.. 121

Se terminó de imprimir
este Libro
en los Talleres de la
C. A. TIPOGRAFIA GARRIDO
Veroes a Jesuítas, Nº 31,
el día
26 de Marzo de 1954.
Caracas.

Obras editadas por
La TIPOGRAFIA
GARRIDO

De Laureano
Vallenilla Lanz:

Cesarismo Democrático
Disgregación e
Integración

De Pío Gil:

El Cabito
Los Felicitadores
Cuatro Años de mi
Cartera
Amarillo, Azul y Rojo

De Mariano Picón
Salas
Los Días de Cipriano
Castro

De José Carrillo
Moreno:

Matías Salazar

De Vicente Lecuna
La Revolución de
Queipa

En Prensa:

De
Alejandro E. Trujillo.
La Respuesta del
Destino
(La Rotunda por
Dentro)

De Pío Gil
La Guerra del 14
(obra inédita)

Del General
Antonio Paredes
Como llegó Cipriano
Castro al Poder

COMPAÑIA ANONIMA

"TIPOGRAFIA GARRIDO"

EDICIONES VENEZOLANAS

VEROES A JESUITAS 31

TELEFONOS: 84302 - 94152